

DAD A  
CIÓN G

THE  
BIBLIOTE



EVIDENCE

IN THE

RELIGION



BX1780

E8

1826

v. 1

c. 1

213



1080047337

*José Angel Benavides.*

6#H 6#83



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA RELIGION CATÓLICA  
CONTRA  
LA INCREULIDAD Y EL CISMA.

UANL

®



# EVIDENCIA

DE LA RELIGION CRISTIANA

CONTRA

LA FILOSOFIA DE LA INCREDELIDAD,

Y

VOZ DE LA IGLESIA CATÓLICA

A LOS PROTESTANTES:

PUESTA EN ESPAÑOL

POR EL DOCTOR DON LUIS MONFORT,  
PRESBITERO.

*Los Impios me referian cuentos;  
mas no como tu Ley*  
Salm: 136 v. 86.



TOMO I.

Capilla de la Consina

Biblioteca Universitaria

VALENCIA:

IMPRESA DE ILDEFONSO MOMPIÉ

1826.

55525  
FOND. BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Bx1780

E 8

V. 1  
1826

Esta obra es propiedad absoluta de la casa  
de Don ILDEFONSO MOMPIÉ, del comercio  
de libros de Valencia.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

PROEMIO DEL TRADUCTOR.

**P**oca filosofia aleja de la Religion, y mucha filosofia conduce á ella, decia Bacon de Verulamio; y nadie niega que hay un Dios, si no es aquel á quien importa que no le haya. En efecto una debil y escasa claridad confunde y desfigura á nuestra vista los obgetos sensibles, y aun nos suspende y burla con falsas representaciones; pero la luz clara desvanece los engaños de las sombras, y nos pinta su imagen en nuestra alma en su propia forma, situacion y colores. Y es cierto tambien que buscan la oscuridad, el error y el crimen para lograr la impunidad y la seduccion. La luz eterna vi-

no al mundo para enseñar á los hombres los caminos de la justicia y de la salvacion; y los hombres amaron mas las tinieblas de la ignorancia y del pecado en que vivian sepultados, que la luz que se les ofrecia, porque sus obras eran malas. Porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que obra verdad, viene á la luz para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios, y conformes á la ley y á su espíritu. (Juan 3. 19.) Asi la ignorancia y el vicio producen la Incredulidad, y el hombre sabio y el hombre de bien, hallan en el Evangelio la vida, la verdadera luz de los hombres; luz que resplandece en las tinieblas que el pecado ha esparcido en el corazon de los hombres; mas las tinieblas no la

comprendieron. (Id. 1. 3.) Jesucristo, el Hombre-Dios, que á terra con su Cruz victoriosa de la muerte y del pecado, al prevaricador que entre la deplorable perspectiva de la nada y un formidable juicio, abjura la Religion, y aun niega la existencia de su Criador allá en su cenagoso corazon, cuyos malignos vapores le oscurecen el entendimiento. El apóstata es un hombre inutil, camina con boca perversa, con corazon protervo maquina el mal, y siembra rencillas á toda hora. (Prov. 6. 12.) A este vendrá repentinamente su perdicion, y de improviso será quebrantado, y no tendrá mas remedio. Estas son las negras facciones y funesto esterinio de la Incredulidad que á tantos ha precipitado desde que se hizo de moda en medio de un pueblo amable y caprichoso, empeñándose en esta liga todos

los amores propios. Las siete cabezas de esta Hidra Lernéa son: El Estúpido, que no habiendo elevado jamas su pensamiento hasta el Autor y destino del universo, no conoce los fundamentos de la Religion ni la debilidad de las obgeciones, y pronuncia blasfemias como un eco, sin saber el miserable lo que dice con ademan de presuncion: El Libertino, que ahogando en su germen las facultades que darian elevacion á su alma, sacrifica al deleite sensible honor, probidad, salud, bienes, Religion; se embrutece de dia en dia, reprime los movimientos de la conciencia y las luces de la razon; todo le agita y sobresalta; nada espera despues de la vida, y por entre temores y delitos llega á una lastimosa catástrofe: El Secuaz del buen tono, guarda el nivel del siglo, esto

es del mundo contrario al espíritu de Jesucristo; comete el vicio con descaro; alza bandera y cátedra de impiedad, y se cree filósofo, cuando se distingue del pueblo, no creyendo nada revelado, con la ridicula mania de ser el arlequin de la comparsa de los ilustrados: El Afectado, que adopta un aire grave y austero para desacreditar la Religion; es una máscara de una cabeza vacía; su corazón carece de sentimiento y su espíritu de inteligencia; propala que ha buscado la verdad en sus manantiales; que la naturaleza le ha hablado; que ha leído las mejores obras de los hombres célebres de la época de las luces, y se ha despreocupado, y todo es para él efectos de una educacion añeja; es un impío por vanidad: El Irreligioso por principios, si existe semejante ente dilucidado,



habrá contraído su error de alguna perniciosa doctrina, que haya complacido á sus apetitos en su juventud, de mirar la verdad por un falso punto de vista, alumno de su amor propio. Los Reformadores, que para restituírnos los cristianos á los días felices de la Iglesia, clamando, fuera abusos, fuera supersticion, fuera fanatismo, abren tal vez el paso á la inmoralidad, descreencia, rebelion; entre estos las hermosas apariencias y los libros hacen todo el estrago: Los Cismáticos, que con su pretendida reforma inducen á todos los errores, siendo natural que el cisma venga á parar en la ruina de la Fe, y que el ateismo se manifieste en la heregía.

¡Cuándo se hundirá para siempre en el abismo el monstruo infernal de la Incredulidad para que ten-

gan paz los hombres, libres ya de su maligna influencia! Mientras que llega tan venturoso dia, ahuyentémosle de nuestra vista con el resplandor de la Fe del Crucificado, y con toda la eficacia de nuestro celo descubramos á la faz del universo la perversidad y seduccion de su falaz filosofia; rindamos á sus impíos secuaces á la Evidencia de la Religion Cristiana, y enlazados á nosotros los Protestantes con los dulces vínculos de la caridad, y á la Voz de la Iglesia Católica, humillemos su orgullo al irresistible imperio de la razon en harmonía con la revelacion divina.

Animado de tan benéficos deseos el autor de las Delicias de la Religion, el Doctor Lamourette, se propuso hacer ver por contraposicion la verdadera y sólida filosofia de nuestra creencia, y escribió los Pen-

samientos sobre la Filosofía de la Incredulidad, y los Pensamientos sobre la Filosofía de la Fe. Con este mismo designio tan conveniente á nuestra situación, emprendí yo la traducción de estas dos producciones, mas no habiendo podido lograr la segunda, he creído suplirla con la Evidencia de la Religión Cristiana, en que el Señor Jennings con las pruebas del Evangelio, y por la moral de este sagrado código, demuestra la verdad del Cristianismo; y con el Plan que delineó el sabio Fenelon, para tratar una materia tan importante á nuestra salvacion. Sin embargo aun me quedaba que reunir á nuestros hermanos disidentes entorno del Arca Santa contra los nuevos filisteos que quisieran arrebatarla; cuando felizmente se me ofreció llenar este vacío con la Voz de la Igle-

sia Católica á los Protestantes por el Presbítero Martin de Noirlieu, para que profesando una misma Fe, asi como reconocemos un mismo Señor y un Bautismo, la vengamos juntos de los ultrages de la incrédula filosofía.

De estos cuatro escritos ha resultado la presente obra de la EVIDENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA CONTRA LA FILOSOFÍA DE LA INCREDELIDAD, Y VOZ DE LA IGLESIA CATÓLICA Á LOS PROTESTANTES; y la he distribuido en tres partes: En la primera titulada Filosofía de la Incredulidad se reflexiona sobre el espíritu y designio de los filósofos irreligiosos de este siglo, abominable origen y siniestras miras de la Incredulidad, su indole destructora y sediciosa, las razones frívolas con que detiene á sus alumnos en la desunion de opiniones, y

en la nulidad de recursos para substituir á los de la Fe; y se manifiesta que la licencia desenfrenada de sus plumas que con groseras calumnias se esfuerzan en desacreditar la Religion, causa el desorden de las costumbres públicas. La segunda denominada Evidencia de la Religion Cristiana, demuestra que el Cristianismo, siendo un sistema de religion y de moral, sacado del nuevo Testamento, nuevo en su objeto y en sus máximas, diferente y superior á quanto ha producido el entendimiento humano, no puede haber sido invencion de los hombres, y por consecuencia es la obra evidente del poder y sabiduría divina, esto es, que toma su origen del mismo Dios. A lo cual he añadido un artículo sobre el Aprecio y ventajas que nos proporciona la Revelacion. En la ter-

cera, bajo el epigrafe de Voz de la Iglesia Católica á los Protestantes, se describen los caractéres de esta nuestra Madre comun de todos los fieles, para que sin equivocacion nos concentremos en su gremio bajo una misma cabeza, dóciles á la voluntad de un Señor que siendo uno solo, quiere ser adorado en la unidad de una misma Fe. Y como solo se habla aqui de la sagrada Eucaristia como sacrificio, la muestro como Sacramento en un discurso original mio, y despues termino por algunas reflexiones sobre los escándalos que se observan en la sociedad de los cristianos. = Asi esta obra nos presenta la Religion Católica en su belleza, magestad y esplendor, contrapuesta á la tenebrosa y maléfica Incredulidad y voluble Cisma, y en dos cortos volúmenes nos suministra el an-

*tidoto contra la lectura de los libros de sus partidarios, y el preservativo del contagio de sus errores. ¡Desgraciado el hombre que se alista bajo los estandartes de la Incredulidad para abandonarse al desenfreno de sus pasiones! ¡Vive en las amarguras de la irreligion, y le amenaza la muerte con la desesperacion de una conciencia impenitente! ¡Cuan envidiable es el cristiano, que obedeciendo á la luz del Evangelio, adora á Dios en espíritu y en verdad!... Es feliz en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y le alienta la dulce esperanza de una venturosa inmortalidad.*

## FILOSOFÍA

### DE LA INCREDULIDAD,

Ó SEA ESPÍRITU Y DESIGNIO

DE LOS FILÓSOFOS IRRELIGIOSOS

DE ESTE SIGLO.

*En los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la Fe, dando oídos á Espiritus de error. S. Pablo 1. Tim. c. 4. v. 1.*

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*tidoto contra la lectura de los libros de sus partidarios, y el preservativo del contagio de sus errores. ¡Desgraciado el hombre que se alista bajo los estandartes de la Incredulidad para abandonarse al desenfreno de sus pasiones! ¡Vive en las amarguras de la irreligion, y le amenaza la muerte con la desesperacion de una conciencia impenitente! ¡Cuan envidiable es el cristiano, que obedeciendo á la luz del Evangelio, adora á Dios en espíritu y en verdad!... Es feliz en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y le alienta la dulce esperanza de una venturosa inmortalidad.*

## FILOSOFÍA

### DE LA INCREDULIDAD,

Ó SEA ESPÍRITU Y DESIGNIO

DE LOS FILÓSOFOS IRRELIGIOSOS

DE ESTE SIGLO.

*En los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la Fe, dando oídos á Espiritus de error. S. Pablo 1. Tim. c. 4. v. 1.*

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PRÓLOGO.

Los discursos de que se compone esta obra son el resultado de una correspondencia amistosa; y como las reflexiones que contienen han sido útiles á la persona á quien se destinaron, he creído que seria igualmente provechosa á otros su lectura.

Como estoy muy distante, mi amado Lector, de dar á luz este escrito en el concepto de una produccion de grande consecuencia, y no aspiro á la gloria de que se inscriba mi nombre en el catálogo de los literatos de este siglo, ni menos todavía á la de entrar en la gerarquía de los respetables escritores, que han sostenido fundamentalmente la Religion, contra las tentativas de la incredulidad; la publico con todas las faltas de correccion, de precision y de método, que me he permitido á mí mismo en la libertad de un comercio epistolar. Hubiérame sido, á la verdad,

muy lisongero ofrecer al público cosa mas conforme al respeto que le tengo, y mas digna tambien de la atencion del grande Príncipe, que con tanta benignidad ha aceptado el homenaje de mi trabajo; mas para ello me era preciso refundirle, invirtiendo mas tiempo del que podia disponer, sin añadirle en el fondo mucho valor ni solidez.

Con todo, si no os preciais de *grande filósofo*, quiero decir, que si no os desentendeis de la buena fe y de la verdad, no podreis contestar á este libro el doble mérito de presentar pinturas verdaderas, y de ponerlas al alcance de todos los que tienen ojos. Abunda en descripciones y caracteres; y las escenas de la Religion, contrastando con las que nos deja ver la Incredulidad, hacen mas sensible por la riqueza y escelencia de los obgetos que presentan, la profunda corrupcion de todos los sistemas irreligiosos.

Desde que la misma filosofia de los enemigos de la fe nos ha puesto de manifiesto el verdadero designio de sus intri-

gas, debemos estar radicalmente convencidos de la inutilidad de hacer nuevas tentativas para reducirla á la senda de la razon.

No debemos ya tomarnos el trabajo de probar cosa alguna á un incrédulo, sabiendo que generalmente hablando, un incrédulo, no es un filósofo que se extravía y se engaña inocentemente en la indagacion de la verdad; sino antes bien es un ente, que acosado por la virtud y el deber, se ciega voluntariamente á los principios que reprimen sus hábitos, ó contrarian su carácter, y abraza la *descreencia* sobre la palabra tan solo de los escritores y de los libros que enseñan el menosprecio del Evangelio y de su divino Autor; sin cuidarse ya en toda su vida, de emplear un solo minuto en el examen serio de la Religion. Por el contrario adornará la memoria con ciertas fórmulas filosóficas, de que hará alarde muy envanecido, sin llegar á recelar que haya personas sensatas, que descubran por entre aquel mezquino aparato dogmáti-

co, su ridícula y miserable figura.

Así no esperéis ya, Lector mio, que yo trate con mucho honor la filosofía, ni en sus gefes, que no pueden defenderse hoy dia del desacierto de haber corrompido á los hombres, y aumentado su desgracia; ni en sus Adeptos, que tan solo se distinguen entre los demas hombres por el descaro con que lo atropellan todo. Los que se creen con razones para no querer que se sondee el verdadero espíritu de los filósofos irreligiosos, me notarán sin duda de exagerado, de injusto y aun quizás de algo peor; mas si habeis conocido y observado de cerca tan extraña especie de hombres, y juntaís á esta amarga esperiencia algun respeto á la verdad, amor á la virtud, y celo por el reposo de vuestros conciudadanos, facilmente nos pondremos de acuerdo, de que me he quedado muy atras en la pintura de su falaz y deplorable filosofía.

## DISCURSO PRIMERO.

*Espiritu y designio de los filósofos irreligiosos de este siglo.*

**E**straño, mi amado Vizconde, ver á un hombre como vos, dotado de un entendimiento tan recto, y de un corazon naturalmente ingenuo y honrado, empeñarse en el mas absurdo y tenebroso sistema, que jamas haya podido producir el abuso de la filosofía.

Ciertamente es un partido muy violento y arriesgado abjurar la fe, y sacrificar todas las esperanzas de la Religion al falso honor de entrar en el número de las *buenas cabezas*, ó bien á la engañosa ilusion de vivir sin regla y sin dependencia. ®

Convenís vos mismo en que *vuestro respeto al Cristianismo ha empe-*



*zado á debilitarse cuando habeis dejado de hallarle practicable. ¡Qué prevención contra esos mismos principios que adoptais! ¡Y cómo podrá un buen entendimiento quietarse en unas opiniones, que han tomado ascendiente en el extravío del corazón? Es bien afrentoso para la Incredulidad servir de asilo fácil para los que abandonan la sabiduría; y si la Religión, contra la cual se declara, fuera falsa, sería entonces el único caso en que una doctrina tuviese contra ella á un mismo tiempo, la fuerza de la verdad y el interés de todos los vicios.*

*Si vos fuerais de aquellos entes frívolos y vanos, que blasonan de incrédulos para darse un falso tono de pensadores, dando á su ignorancia una actitud orgullosa y dogmática, me guardaría yo bien de perder el tiempo*

*en hablaros con el lenguaje de la razón, que es tan exótico para todo ese vulgo filosófico. Mas conozco bien el temple de vuestro carácter, mi querido Vizconde, y no os haré la injusticia de confundiros con los secuaces ilusos de la irreligion, que se ven farsear como arlequines por todas las reuniones; porque vos de buena fe, si esto fuera posible, y no de otro modo, hubierais abandonado la Religión. Dotado de una exquisita sensibilidad, os habeis ido comprometiendo en ciertos hábitos y relaciones, que reprueba la severidad del Evangelio; y si jamas hubierais visto á vuestro alrededor esos filósofos, tan diestros en quitar á los hombres toda sugestión, no os hubiese venido al pensamiento añadir á la desgracia de haber cerrado vuestro corazón á la virtud, la de apagar el sentimiento de*

la Fe. Pero el crecido número de los que se habian emancipado antes que vos de la importunidad de este yugo, os ha alentado á seguir su egemplo; y este es el origen de vuestra incorporacion en la mas perversa compañía que hay en el mundo.

*Yo no creo, me decis, que entre los mismos que hacen profesion de permanecer firmes en el Cristianismo, haya muchos que gusten sinceramente de la austeridad de los preceptos que impone; y así casi todos los hombres son incrédulos en su corazon. Yo quiero poner á mi razon acorde con mi voluntad. Pues yo por mi parte os digo, que si cayera en la desgracia de verme inducido por mi debilidad, sin poder resistir á la tiranía de mis sentidos, continuaria tributando á la Religion todo el homenaje de mi espíritu y de mi razon, y*

con mi respeto á la verdad procuraria consolarme de estar separado de la virtud. ¡Cuanto se pierde á un mismo tiempo inmolando con los puros deleites de la sabiduría la esperanza siempre preciosa de reconciliarse con ella, y de pasar tranquilamente en su seno los últimos años de la vida. Ni vos ni yo debemos decidir acerca de lo que sucede en el corazon de aquellos, que se distinguen de los incrédulos por la profesion exterior del Cristianismo; y poco importa aclarar un punto tan ageno de lo que nos corresponde y nos interesa personalmente. Es un gusto de harmonía muy mal entendido pervertir voluntariamente la razon, para hacerle abonar las debilidades de un corazon desarreglado; como si la unidad y el concierto pudieran resultar jamas de una depravacion mas uni-

versal é incurable; y como si el ser filósofo consistiera en no dejar nada sano en el alma, cuando se halla corrompida en una de sus facultades. ¿Qué diriais vos, Señor Vizconde, de un hombre que estando tullido de las piernas, para guardar simetría, porfiara en sacarse los ojos? Pues á semejante frenesí supera todavía el que produce la Incredulidad de la mayor parte de nuestros incrédulos filósofos.

La esperiencia y la madurez de la edad os desengañarán algun dia, mi caro Vizconde, de las ilusiones de los sentidos, de la vanidad de los deleites sensibles, y de la puerilidad de las pasiones. Con una alma como la vuestra no tardareis en reconocer, y al recobrar la circunspeccion de unas costumbres dulces y sólidas, os avergonzareis de la disipacion en que

habeis consumido la mejor parte de vuestra existencia, mirando entonces con hastío y menosprecio todas esas ideas vagas y groseras, que son el triste apoyo de un corazon, que su misma depravacion le abate y abisma en una profunda melancolia. El hombre de bien, tomando esta palabra en su genuina acepcion, y como significativa de aquella probidad sobresaliente y delicada, que tan escasas veces se encuentra bajo los pabello- nes de la Incredulidad; el hombre de bien, digo, se halla tan cerca del Cristianismo, y sus principios se aproximan tanto á la moral del Evangelio, que con justa razon se puede mirar al que es buen ciudadano, amigo sincero, y tiene el corazón franco y celoso de la honradez y de la virtud como si ya empezase á ser cristiano, y que para llegar á su perfeccion

solo necesita avanzar en la misma línea en que se halla, y obedecer á la tendencia natural de la feliz impresion que está recibiendo. Y pues este gusto de la virtud y de sus deberes, Señor Vizconde, no está todavía aniquilado en vos, sino tan solo adormecido y retirado por algun tiempo en el fondo de vuestra alma, le sentireis despertarse, y aparecer en toda su fuerza luego que los mezquinos intereses del momento presente hayan perdido á vuestros ojos toda su importancia. No os comprometais sin discrecion á no ser jamas virtuoso, y en medio de vuestros estravíos y debilidades, venerad siempre la Religion, respetad su culto, honrad á todos aquellos que viven sometidos á sus leyes, como á los hombres mas incorruptibles de la tierra, y conservaos constantemente separado de la

incredulidad, y sereis muy feliz un dia al recobrar esa Fe, cuya estima renace con el amor de la sabiduría, hallareis en su seno, siempre abierto á la fragilidad humana, los ausilios y las consolaciones, que calmarán el rubor y la agitacion de vuestro espíritu al considerar el tiempo en que la habeis profanado en vuestro corazon. Grande es por cierto la pérdida de la virtud; empero este naufragio, aunque tan deplorable, como sea el único, no degrada enteramente al hombre, pues le deja vivos todos los gérmenes de las inclinaciones loables. Mas aquel desventurado que en lugar de salvar de la ruina de su inocencia la veneracion y aprecio de una Religion, que da tan grande valor á las lágrimas del arrepentimiento, corre aun á precipitarse en el abismo de la impiedad, es un hombre, que erige

en sistema de filosofía su profunda corrupcion, y se obliga públicamente á sellar con el último suspiro la renuncia de Dios, y de la virtud. ¡Qué horror!

Hemos visto caer en pocos años y casi una sobre otra las principales columnas del edificio filosófico. Aquellos *Prelados* de la Incredulidad, despues de haber escandalizado al mundo con la inaudita arrogancia de su enseñanza, han querido sorprenderle y amedrentarle, resistiéndose ferrozmente á concederle el último instante de su vida á las sollicitaciones y ofrecimientos de la Religion, que los reclamaba como marcados con el sello de sus promesas. Su resolución á morir sin fe y sin esperanza era tan solemne; y como la cohorte infernal que los rodeaba con curiosa perspicacia, no apartaba la vista del lecho de

honor, en que deseaban ver estallar el último triunfo de la filosofía en sus mas ilustres defensores, no les era posible privarse ellos mismos de aquella gloria, y á los espectadores de un egeplo tan patente y memorable de firmeza y de inmutabilidad.

Me son conocidas, mi amado Vizconde, las pruebas que habeis dado de intrepidez y de ardimiento contra el enemigo del Estado; pero aquel valor y aquella constancia, que os han distinguido con tanta gloria en medio de los peligros y de los combates, dista mucho del frenesí filosófico, que desafia al cielo y á la tierra, y que inspira á la perversidad sistemática la rabiosa saña de morir blasfemando; antes bien el mismo principio de virtud y de honor, que habeis sostenido bajo las banderas, hará que os rindais un dia á la fuerza de la verdad

doblando la rodilla ante la magestad de la Religion. Os predigo confiadamente esta apetecible revolucion, porque os conozco á fondo, y la elevacion de vuestro entendimiento, vuestra vocacion esencial para todo lo que hay de real, de bello y de sólido, vuestra tierna veneracion á la memoria de un padre, que os ha dado tan atractivos egemplos y tan persuasivas lecciones, y que visteis morir en las dulzuras de una paz tan deliciosa y profunda, todo en fin os pone en la precision de recurrir luego á la virtud, y por consiguiente al Cristianismo. Reflexionad pues cuan terribles obstáculos tendriais que vencer para restituiros al sendero tranquilo y amable de la sabiduria, si temerariamente aspiraseis á la reputacion de *espíritu fuerte*. ¿Es prudencia no reservarse la libertad de reconciliarse con la Fe,

sin incurrir en el menosprecio de los insensatos, y sin que la Incredulidad pueda reconvenirnos de una desercion? Bien sabeis que la mayor parte de esos filósofos que mueren en la impiedad, no los detiene otra cosa en aquellos últimos momentos, que el temor de que tengan por ridícula su conversion; y la afrenta, en que se creen, de arrepentirse á la vista de aquellos bárbaros amigos, que los alientan á que atropellen por todo hasta el último término, hace entonces toda su incredulidad. El mas osado de todos los que violan las virtudes y los deberes que prescribe la Religion, el que los infringe con menos disposicion á reformarse un dia, se espone sin precaucion á frustrar sus esperanzas rompiendo hasta el postrer vínculo que le unia á la Religion, y se impone á sí mismo la du-

ra necesidad de estraviarse sin remedio. El hombre sensato jamas renuncia voluntariamente y para siempre de lo que puede serle necesario; y en negocios de esta importancia conviene tomar precauciones que superen á toda verosimilitud. Ó mi amado Vizconde, si es tanta nuestra desgracia y nuestra debilidad, que no nos mantengamos firmes é imperturbables en la virtud, seamos por lo menos bastante razonables y justos para no cesar en ningun tiempo de adorar la verdad.

## DISCURSO SEGUNDO.

*Frivolidad de las razones que empeñan en el partido de la Incredulidad.*

**O**bservo, mi estimado Vizconde, que fuera de la condescendencia con que la Incredulidad nos convida á vivir sin inquietud y sin remordimientos á satisfaccion de todos nuestros deseos, le conservais una adhesion de aprecio que acabaria de perderos, si no os desengañais del error en que se funda. Este error es la idea singular de que no puede ser cristiano el que sabe discurrir por sí mismo, y que el descrédito de la Religion es una consecuencia necesaria del progreso de las luces, y de la perfeccion de los conocimientos filosóficos.

ra necesidad de estraviarse sin remedio. El hombre sensato jamas renuncia voluntariamente y para siempre de lo que puede serle necesario; y en negocios de esta importancia conviene tomar precauciones que superen á toda verosimilitud. Ó mi amado Vizconde, si es tanta nuestra desgracia y nuestra debilidad, que no nos mantengamos firmes é imperturbables en la virtud, seamos por lo menos bastante razonables y justos para no cesar en ningun tiempo de adorar la verdad.

## DISCURSO SEGUNDO.

*Frivolidad de las razones que empeñan en el partido de la Incredulidad.*

**O**bservo, mi estimado Vizconde, que fuera de la condescendencia con que la Incredulidad nos convida á vivir sin inquietud y sin remordimientos á satisfaccion de todos nuestros deseos, le conservais una adhesion de aprecio que acabaria de perderos, si no os desengañais del error en que se funda. Este error es la idea singular de que no puede ser cristiano el que sabe discurrir por sí mismo, y que el descrédito de la Religion es una consecuencia necesaria del progreso de las luces, y de la perfeccion de los conocimientos filosóficos.



*Preciso es confesar, me decis, que las palabras de REVELACION, de MISTERIO, de PROFECIA, y de MILAGRO, no pueden conciliarse con las ideas de filosofia, y que un entendimiento acostumbrado á analizar las verdades, y á contemplarlas en su enlace y correspondencia, ha de hallarse como en tinieblas ante los obgetos indescifrables que la Fe le propone. Hacedis mucho honor á los filósofos, Señor Vizconde, en creer que saben descifrarlo todo en otras materias, y que no les falta la penetracion sino para los obgetos de la Religion cristiana. No quiero insistir en esta reflexion, por no emplear este tiempo en combatir una estravagancia, en que no temo que tomeis parte. Un entendimiento sin cultura podrá caer en este absurdo, y tomar sencillamente por filósofos, á unos hombres que lo*

saben y lo conciben todo; y esto es precisamente lo que ha dado á la Incredulidad la especie de consideracion que goza en las concurrencias de los ignorantes y frívolos; porque aun tiene en su seno mas *simples fieles* que la Religion; y el fondo del *filosofismo* está todavía mas recóndito á los ojos de la turba de sus partidarios, que lo está para el cristiano el principio de los misterios que adora. Pero vos que habeis estudiado la naturaleza con tanta detencion, y con tan profundo examen, como la mayor parte de los que se precian de haber descubierto todos sus secretos, vos que teneis la prueba personal de la invencible impenetrabilidad del menor átomo; vos que sabeis, que es tan imposible á todos los filósofos del mundo deciros lo que es una gota de agua, como lo es á todos los

teólogos de la tierra daros la vista clara de lo que es la Trinidad; vos por consiguiente, que debéis ver con evidencia que si en el orden de la Religión Dios nos oculta la inteligencia de lo que nos revela, no hace mas que seguir su primer plan, tratándonos en esta materia proporcionalmente como en la economía de la naturaleza, ¿podiais mirar el hábito de aplicarse á la filosofía como una buena razon para ser inaccesible á la creencia? ¿La oscuridad de la Fe puede asombrar jamas al que mirando filosóficamente el grano de arena que respluce en la yema del dedo, se halla como delante de un abismo? ¿Qué hombre debe estar mas bien dispuesto á anonadarse á la vista de las profundidades de Dios, que el filósofo que posee la certeza experimental y completa de la insuficiencia del entendi-

miento humano para sondear los arcanos que le rodean por todas partes? Al verdadero sabio no le es arduo ceder á lo incomprendible; al hombre ilustrado y de buena fe, sus luces, su probidad y sus conocimientos le disponen felizmente á creer lo que no alcanza á comprender; porque la repugnancia á creer, ó mas bien en reconocer por verdadero lo que no puede esplicarse, es una absurda ostentacion y una prueba decisiva de mediocridad y de ignorancia. Algunas ideas de filosofía truncadas y superficiales podrán acaso estraviar de la Fe á muchos frívolos y casquivanos que ignoran sus principios, empero la asidua aplicacion y la abundancia de luces inclinan siempre con su benéfico impulso á los entendimientos sólidos y circunspectos hácia la Religión, porque ella sola puede ilustrar-

nos plenamente acerca del origen de las cosas, empleo de nuestras facultades, y último destino de todo lo que existe, y así ella es la verdadera y la perfecta filosofía.

La falsa es la que no puede sufrir que se le hable de *revelacion y de misterio*; pero vos, mi querido Vizconde, que estais hecho para la verdadera, decidme: ¿Un filósofo que no hubiera oído hablar jamás de la Religión, se hallaría fuera del distrito de su ciencia si alguno le propusiera estas cuestiones? „ El Ser infinito que « solo conoce lo que pasa en la in-  
« mensidad de su Esencia, ¿podría co-  
« municar á unas inteligencias cria-  
« das el conocimiento de algunas de  
« aquellas particularidades, que solo  
« él ve, como que estan profunda-  
« mente ocultas en su seno? Y que-  
« riendo enseñarnos alguna cosa so-

« bre su naturaleza, ó acerca de sus  
« designios eternos, ¿lo que nos dige-  
« se se conciliaría con nuestras ideas?  
« ¿todo lo hallaríamos al alcance de  
« nuestro modo de concebir? En fin  
« ¿no podría Dios imprimir á los ór-  
« ganos que escogiera para partici-  
« parnos su gloria y los planes de su  
« sabiduría, el sello de su autoridad;  
« por ejemplo describiéndoles el ve-  
« lo á aquellas cosas que se ocultan  
« para todos los otros en la oscuri-  
« dad del porvenir, ó haciendo con  
« su voz escepciones sensibles y ma-  
« ravillosas en las leyes de la natura-  
« leza?” No se me oculta de qué ma-  
« nera recibiría semejantes cuestiones  
un filósofo de los que conocemos, y  
así me dirijo á uno que no sea de  
aquella cábala. ¿Qué razon tendría pa-  
ra responderme, que este género de  
examen no es del resorte de la Filo-

sofia? ¿Y que un hombre acostumbrado á contemplar las verdades en su enlace y correspondencia se halla como en tinieblas á la vista de estas materias indescifrables? ¿Podria presentarme una sola cuestion metafisica mas natural, mas distinta, ni mas filosófica, que las que acabo de proponerle? ¿No se trata aquí de una posibilidad que tiene en su apoyo la evidencia de nuestras ideas mas familiares, y que se halla en la correspondencia de las verdades que se perciben con mas claridad? ¿Quién se atreveria á afirmar, que Dios no puede decir nada á los hombres, ó que hablándoles de si mismo no les diria sino cosas que ellos pudiesen comprender? ¿Le es acaso imposible comunicar á quien le place el conocimiento que tiene de lo venidero, ó suspender cuando es de su agrado el curso

de las leyes que él mismo ha establecido libremente?

Mi querido Vizconde, nada de lo que es verdadero puede ser ageno de la filosofia, pues que ella consiste esencialmente en la indagacion y en el amor de la verdad, en cualquiera orden de cosas en que resida. El que no quiere reconocerla, sino en donde se le presenta visible á los ojos del cuerpo, merece no hallarla en ninguna parte. Jamas filósofo alguno razonable ha designado la intuicion personal, como el único testimonio de la verdad, y el solo apoyo de nuestra certidumbre; y la filosofia del sentido comun dicta á todos los hombres, que no siendo la medida de lo verdadero la comprensibilidad, llegará á su colmo la extravagancia del que deseche por falsa una cosa, sin otra razon que ser inaccesible á su

percepcion propia. Dista mucho de ser exacto este raciocinio: *yo no quiero creer misterios ni milagros, porque no los concibo*. Idea ridícula y precipitada, que jamas se adaptará á los principios de la sensatez, á las reglas de la prudencia, ni al sincero amor de la verdad.

Un geómetra que cree firmemente, que *un ángulo en el centro tiene por medida el arco comprendido entre sus lados*, cree como filósofo; pero examinemos cual es la verdadera y última razon de ser su asenso filosófico. No es ciertamente porque este asenso se funde en su propia percepcion, sino porque observado directamente en su último analisis, la percepcion que le determina es indefectible, y lo que cree es la verdad; y así no es la propiedad de la percepcion, sino su infalibilidad la que de-

cide del carácter de nuestros juicios y de nuestro modo de creer. El teólogo pues, que cree por su parte que *la naturaleza única é indivisible de Dios subsiste bajo tres relaciones distintas, que llama tres personas*, tiene por seguridad del juicio que forma, una percepcion tanto y aun mas infalible que si le fuera propia; porque está asegurado, que lo que cree, sin podérselo demostrar, Dios lo ve en toda su claridad. Con esto tiene un perfecto equivalente de la evidencia del geómetra, y es tan filósofo como él, diferenciándose tan solo en que carece de una propiedad de percepcion, que es accidental para la certeza de nuestros juicios; condúcese por un principio que no puede engañarle, y le determina la evidencia de la sensatez, la cual nos dice que debemos creer lo que es ver-

dadero, consistiendo en todo la filosofía, en escuchar la razón y rendirse á la verdad.

De estas reflexiones resulta, Señor Vizconde, que no hay manera mas antifilosófica de discurrir, que sentar por razón de incredulidad el que la Fe sea oscura y profunda, pretendiendo que un filósofo pierde su carácter, y se deprime al nivel de los entendimientos vulgares, luego que admite en sus certezas los *misterios* y los *milagros*. La razón no cesa de decirnos: Preciso es creer los *misterios* y los *milagros*, si son verdaderos: y aunque lo resistamos, nos va estrechando hácia el lado luminoso de la Religión, en donde toda inteligencia se siente oprimida del peso augusto y venerable de las pruebas que establecen su verdad.

No es mi designio entrar en dis-

cusión sobre esta vasta materia, no siendo ella el objeto que llama ahora mi atención, ni en que interese mas abriros los ojos; estais menos adherido de lo que vos mismo creeis á la secta filosófica, y solo os falta conocerla bien para hacerle la justicia que se merece. La estimacion á algunos de sus individuos os ha alucinado en favor de todo el partido, no dejándoos ver en los escritores de la Incredulidad, sino unos hombres mas intrépidos y decididos que los filósofos ordinarios; y por algunos retazos, ó bien diseños que nos han presentado sobre la moral, la política, ó la legislación, habeis creído ya que sus sistemas irreligiosos eran otras tantas ramas del verdadero saber, y que la Fe habia caído en desprecio con el mismo título que todas las opiniones anticuadas, y desechada

como una *mística*, buena para el pueblo supersticioso é ignorante. Un conocimiento mas profundo de la Religion os hubiera preservado ciertamente de esta seducción, y os hubiera hecho tener por sospechosos á todos esos, que han osado emprender con tanto afán su descrédito: mas no busquemos fuera de la misma Incredulidad la razon para desconfiarnos de sus dogmas. Lo que os diré en adelante solo se dirigirá á descorrer el velo que la cubre, aclarandoos la malignidad de su origen, y la perversidad de su espíritu y carácter.

### DISCURSO TERCERO.

*Perversidad del origen y de las miras de la Incredulidad.*

Si no hubiese mas que virtud en la tierra, Señor Vizconde, y si el amor de la verdad y de la sabiduría fueran la única pasión de los que la habitan, no habria cosa mas maravillosa é inexplicable, que la idea que han concebido ciertos entendimientos, de atacar con furor una Religion que han encontrado establecida sobre los fundamentos mas antiguos é indestructibles, y que ha sido no menos el objeto del respeto y de la adoracion de todas las edades.

Con efecto, el hombre, este ser tan superior á quanto se admira en el universo, y que él mismo se siente

como una *mística*, buena para el pueblo supersticioso é ignorante. Un conocimiento mas profundo de la Religion os hubiera preservado ciertamente de esta seducción, y os hubiera hecho tener por sospechosos á todos esos, que han osado emprender con tanto afán su descrédito: mas no busquemos fuera de la misma Incredulidad la razon para desconfiarnos de sus dogmas. Lo que os diré en adelante solo se dirigirá á descorrer el velo que la cubre, aclarandoos la malignidad de su origen, y la perversidad de su espíritu y carácter.

### DISCURSO TERCERO.

*Perversidad del origen y de las miras de la Incredulidad.*

Si no hubiese mas que virtud en la tierra, Señor Vizconde, y si el amor de la verdad y de la sabiduría fueran la única pasión de los que la habitan, no habria cosa mas maravillosa é inexplicable, que la idea que han concebido ciertos entendimientos, de atacar con furor una Religion que han encontrado establecida sobre los fundamentos mas antiguos é indestructibles, y que ha sido no menos el objeto del respeto y de la adoracion de todas las edades.

Con efecto, el hombre, este ser tan superior á quanto se admira en el universo, y que él mismo se siente



impelido por una fuerza activa é irresistible, á servirse de todo para su engrandecimiento, su felicidad, su reposo, y perpetuidad de su fugitiva y deleznable existencia, ¿hubiera podido jamas tener el pensamiento, y concebir el designio de armarse con todas las fuerzas de su raciocinio para la ruina de una Religion, la cual es el solo orden de cosas en que se cumple este voto inmenso de su corazon, y fuera de la cual esta preciosa é invencible propension sería un absurdo el mas insufrible? Una Religion, que se le ofrece bajo un aspecto de grandeza y de magestad, capaz de transportar á toda inteligencia, hecha para contemplar los grandes espectáculos; una Religion, que contenta é hinche el corazon mas vasto poniendo el colmo y hartura hasta la eternidad á toda su ca-

pacidad de desear y de gozar, con la riqueza de la perspectiva que le presenta, con la solidez, abundancia y elevacion del espíritu que le comunica; que arrebatara su entendimiento con la sublimidad y profunda sabiduría de la doctrina que le trae; que llena su razon de una luz toda divina acerca de la gloria de su origen y de su destino; que para hacerle superior á todos los acontecimientos y á las criaturas todas, le enseña que tiene la misma razon que Dios de permanecer imperturbable en medio de quanto se muda y altera á su rededor, que es eterno, y que llamado á sobrevivir con el Ser infinito á todas las revoluciones y á todos los imperios del universo, debe mirar con la misma imposibilidad los bienes y los males de esta vida, y no debe moverle sino lo que

jamas perece. ¿Cómo una tan alta y tan augusta economía hubiera podido encontrar entre los hombres, un solo enemigo de su verdad y de sus promesas? Y aun en el caso de ser posible de que no saliese de la esfera de una invencion humana, y que la filosofía nos demostrase la vanidad de nuestras esperanzas, ¿no seria este en verdad un descubrimiento terrible, que por compasion debiera ocultarse al conocimiento de los hombres?

Empero la aparicion desoladora de la Incredulidad en medio de un mundo, al cual la Fe le es tan necesaria, y todo este misterio caliginoso que fuera tan inconcebible, si el hombre no se hubiera sometido jamas sino á la benéfica impresion de un corazon sincero, y á la direccion de una razon sana y recta, se esplican

y aclaran por sí mismos, con solo reflexionar sobre la contagiosa influencia de la depravacion de nuestras inclinaciones, sobre el carácter de nuestros juicios, y atendiendo á la estravagancia de las tentativas, y á la osadía de los esfuerzos que en todos los tiempos han inspirado las pasiones, contra todo aquello que enfrena y pone diques á la impunidad y libertad de sus estragos.

Sí, mi caro Vizconde, os lo digo sin temor de apartarme de lo que enseña la justicia y la verdad; en esas mismas pasiones que siempre han convertido este mundo en un valle de lágrimas, y que han causado todas las desgracias de la tierra; en la inquietud del orgullo, en el disgusto y tedio de todos los deberes, en la tiranía de los sentidos, y en el odio y saña contra todo freno y dependen-

cia, debemos alli buscar el germen primitivo de todos los sistemas irreligiosos, y la verdadera cuna de la Incredulidad; de suerte que si se quiere dar una idea que la represente en su verdadero y propio punto de vista, como derivando de su genuino origen, es preciso definirla: *la resistencia del vicio, contra la evidencia de un Evangelio que le condena.*

Esta idea os parecerá precipitada, no lo extraño, pues no conoceis á esos Filósofos sino por el bello exterior, y lisongeras apariencias en que se muestran para seduciros. No exijo de vos que reformeis vuestras opiniones, antes que os haya manifestado los motivos y fundamentos que justifican la mia. Seguid con atencion, y aun mas con una entera imparcialidad, la serie de las reflexiones obvias y naturales que me propongo

hacer con vos; y me atrevo á pronosticaros, que si imponeis silencio á los mezquinos intereses que suelen seducir á los hombres mas estimables, llegareis á desengañaros de vuestra preocupacion, y os convencereis intimamente de que no es el amor de la verdad, ni el deseo de hacerla conocer á los hombres, los que han inspirado á vuestros oráculos, y que todos los sistemas que se dirigen á destruir la Fe, han tomado origen en lo que hay de mas desordenado y perverso en las pasiones humanas.

Aunque no sea mi designio formar aquí genealogías, ni establecer con toda exactitud la afinidad tan estrecha y evidente, que media entre la Incredulidad, y la antigua depravacion que borró en otro tiempo de sobre la faz de la tierra el culto del

verdadero Dios; permitidme no obstante, que os detenga por unos momentos en la consideracion de la idolatría. Veremos por este aspecto, que en todas las edades el desarreglo del corazon y la decadencia de las costumbres, oscurecen, desnaturalizan y combaten la Religion verdadera, y que entre el paganismo que hizo olvidar el primer Ser, y el filosofismo de nuestros dias, si hay alguna diferencia, recae en oprobio y desventaja de este último monstruo.

Y en efecto, aunque la idolatría haya nacido de la mas deplorable corrupcion, no fue sin embargo como la Incredulidad, el efecto de un desigño premeditado contra un culto razonable, y admitido universalmente. No era la obra de una secta tenebrosa y maligna, que en despecho de sus propias luces, y contra la evi-

dencia de la verdad manifestada en todo su esplendor, se habia hecho un estudio de corromper á los hombres, y de eximirlos de toda especie de deberes. Al contrario el vicio fue conduciendo á los hombres cautelosamente y por una larga serie de gradaciones imprevistas é imperceptibles, hasta aquel punto de envilecimiento, en que todo recibia su adoracion menos el solo Criador del universo; y el culto de las falsas divinidades fue á un mismo tiempo el oprobio de la grosería y de la ignorancia, y el asilo del desorden y del libertinage.

*De los descendientes de Noe los que se establecieron en Egipto, dice un sabio escritor <sup>1</sup>, adoraban como todas las otras familias al Criador. Se*

<sup>1</sup> Pluche, Historia del Cielo, tomo 1.º

congregaban en el novilunio , para glorificarle públicamente de sus liberalidades y de su adorable Providencia , que renueva todos los días las provisiones necesarias al hombre.

Comían juntos despues de las oraciones y de las ofrendas ; hacian profesion de esperar la resurreccion de los cuerpos y otra mejor vida , en la cual recibirian la recompensa de la justicia que hubiesen practicado en esta. Por un efecto de esta persuasion , los Egipcios honraban los cuerpos de los difuntos , sabiendo que estan destinados por Dios á levantarse un dia del polvo , y pasar á un nuevo modo de existir. En esta creencia se funda el respeto á los muertos , que con el sacrificio del pan y del vino pasó desde la Caldéa , esto es , desde la cuna de las naciones generalmente á todos los paises del mundo.

Tal habia sido desde su principio el estado de la Religion y del culto público ; tal era la Fe del género humano , cuando el veneno de la idolatría vino á alterar , desfigurar , y aun á destruir casi por toda la tierra aquellas ideas tan puras y consoladoras.

Ni menos fue esta revolucion el fruto de una conspiracion cismática contra los artículos de la Fe antigua y universal. Hubo , es verdad , en aquellos primeros tiempos hombres interesados en ocultar la verdad , y tan enemigos de todo yugo y dependencia , como los que vemos en el dia desenfrenarse con descaro contra el Cristianismo ; mas les faltaba para intentar el descrédito de los dogmas que les eran molestos , este carácter de intrepidez que no conoce ni guarda atenciones , que desprecia el decoro y atropella por todo ,

no siendo los perversos de aquel tiempo bastante Filósofos todavía, para atreverse temerariamente á hollar con vilipendio lo que el mundo respetaba desde su creacion. Hubiérales parecido escesaiva ferocidad maqñinar la ruina de una creencia consagrada con la práctica y tradicion de los primeros patriarcas, y cuya santidad veían renovarse todos los dias en las ceremonias públicas, en que se perpetuaban los ritos y los sacrificios antediluvianos. Asi la corrupcion del corazon, aunque murmurase en secreto de la austeridad de la doctrina religiosa, no se hallaba en aquel grado que es menester para cerrar los ojos á la necesidad de obedecer las leyes, y observar el decoro público. Podia entibiarse, y aun extinguir la piedad y la Religion del corazon; mas no tenia aun la fuerza para erigirse pública-

mente contra los dogmas y el ceremonial sagrado de la Fe primordial. En una palabra, podia producir frios, ó bien falsos adoradores, y preparar desde lejos el sendero á la idolatría; pero todavía era muy suspicaz y tímida para invertirse el carácter de la filosofía, y sacar blasfemos é impíos.

No os referiré detenidamente, mi caro Vizconde, la historia del nacimiento, progresos y dominacion casi universal de la idolatría; sino que me ceñiré á que tendais rápidamente la vista por la época decisiva de su entrada en el mundo, y esta sola mirada os ofrecerá la prueba sensible, de que la idolatría, aun con todos sus excesos, salió de un manantial menos corrompido que la filosofía de nuestro siglo.

Teneis bastante conocimiento de la antigüedad para acordaros, que la

escritura simbólica era de un uso sumamente familiar entre las primeras colonias de Egipto; y que los geroglíficos fueron por una larga serie de siglos los únicos monumentos, ó llámense edictos, ya para anunciar las reuniones públicas de Religión, ya para publicar los reglamentos de la sociedad civil. La extrema complicacion de todas aquellas figuras groseras, que llegaban á ser por fin impracticables, por la cantidad de signos accesorios que era preciso multiplicar, ó variar según los tiempos, el número y la diversidad infinita de los objetos y de las circunstancias, hubieron de dar un valor, y un crédito muy rápido á la escritura lineal y corriente, luego que pareció este prodigio de invencion, sumiendo en el olvido en breve tiempo el uso y de consiguiente la significacion de la escritura geroglífica.

Conviene aquí observar dos cosas; la primera es que los antiguos geroglíficos tuvieron desde su origen una relacion muy íntima con la Religión, lo mismo que la astronomía y toda la constitucion de la policía egipcia; la segunda, que es propio del carácter de todas las naciones, que el ceremonial del culto público, cuando llega á establecerse y consagrarse por una práctica inmemorial, se sostenga y perpetúe en medio de todas las vicisitudes que sobrevienen en el orden social. Así no se cuidaron de que desapareciesen todos aquellos símbolos que estaban en los templos, que se habian visto siempre en las mesas sagradas, en los grandes vasos que servian para las ofrendas y sacrificios, en los obeliscos, en los sepulcros, y generalmente en todo lo que se referia á la instruccion

del pueblo , y al decoro del culto exterior.

Mas en este estado de cosas, ¿quién no ve naturalmente que la antigua é inocente significacion de todos aquellos simbolos respetables que se encontraban por todas partes , debia irse perdiendo y desgastando de dia en dia en la mente del comun de los hombres? ¿y que aquellas estrañas estatuas tan sobrecargadas de atributos ; que la imagen del sol y de la luna ; que la vista continua de todas aquellas figuras de hombres y de animales , cuyo uso ya no se explicaba , habian de producir impresiones singulares en los que no comprendiendo sus alegorias , y entregados enteramente á sus sentidos , y á la adquisicion de los bienes de la tierra , habian descastado ya y corrompido en sus corazones el culto inte-

rior y espiritual , que los primeros hombres tributaban públicamente á Dios? <sup>1</sup> Si es que conoceis bien el corazon del hombre , Señor Vizconde , no dejareis ya de traslucir en todas estas circunstancias reunidas el nacimiento y los primeros pasos de la idolatría ; la cual , mirándola en su verdadero origen , no es en verdad sino el abuso enorme de los antiguos geroglificos ; hallándose en ellos la grosería y la ignorancia proceder acordes ; y digámoslo así , á medias con el trastorno y degeneracion de las costumbres <sup>2</sup>. Y os será facil aho-

<sup>1</sup> Historia del Cielo, tambien en el tomo 1.

<sup>2</sup> Dice <sup>1</sup> que en el día se desestima ya el sistema de Pluche sobre el origen de la idolatría , y así lo creo , habiéndose tenido poderosas razones para desacreditar las indagaciones y lo que en ellas se propone aquel escritor tan juicioso y respetable. La primera



ra juzgar por vos mismo, que el vicio no ha producido la idolatría con un

es, que su manera de ver y presentar la cosmogonía de los antiguos se halla fundada en una fuerza de analogía, y en un conjunto de probabilidades, y verosimilitudes, que le comunica todo el ascendiente de una verdad establecida demostrativamente; y la segunda consiste, en que explicando en esta forma el establecimiento del culto, y la genealogía de los Dioses del Paganismo, comete la falta imperdonable de favorecer á la Religion, de difundir una grande claridad por los hechos consignados en la Santa Escritura, y de confirmar lo que nos enseña la revelacion acerca del origen de las cosas, y de los primeros acontecimientos del mundo. Preciso es á cualquier precio que sea, que un escrito de esta especie dege de ser de moda, y que vaya á engrosar la masa de los que ya no se leen. Así por el desprecio á que ciertos falsos anticuarios han condenado la historia del Cielo de l señor de Pluche, se ha ido rebajando insensiblemente, y sin saber con

designio premeditado, y aunque favorable á su establecimiento, ha ido

que fundamento, la estima que se había granjeado este ingenuo y virtuoso filósofo con sus ideas doctas y luminosas; y aun algunas personas que debian por otros respetos apreciar el mérito de la obra, no se han librado de la preocupacion que la injusticia filosófica ha hecho nacer contra su trabajo. Algunas congeturas temerarias é inconexas que se han publicado despues sobre la misma materia han prevalecido en el ánimo de todos los amantes de la novedad, logrando que se desechase un libro que nunca se esparciria bastante, y en que todo lector sólido y prudente admirará siempre la claridad, la fuerza y el enlace de los motivos en que apoya su sentencia este escritor. Mas, como he dicho, la filosofía no gusta que la inquieten en la posesion que ella misma se ha tomado de oscurecer la antigüedad, de retrasar á discrecion todas las épocas, de confundir las fechas, de forjar cronologías que se pierden en los espacios inmensos, y aun pretende ser ad-

tan solo sosteniendo la imaginacion y los sentidos, para que los hombres decayesen insensiblemente de la espiritualidad de su creencia, dispo-  
mitida como la confutacion completa de cuanto Moises ha escrito.

Finalmente, cualquiera sistema que se adopte en esta materia, será siempre constante que la idolatría se ha introducido en el mundo por una sucesion lenta é imperceptible de estravagancias y errores, y sin ningun designio formado contra el culto puro y razonable que se tributaba á Dios en los primeros tiempos; y esto hasta para justificar el paralelo que hago entre la idolatría y la Incredulidad, dejando en toda su fuerza las consecuencias que resultan contra los enemigos del Cristianismo: porque mi obgeto principal es demostrar aquí, que los hombres estarian mil veces mas corrompidos, y serian mas malos, si la Incredulidad fuera libre en formarlos á su gusto, de lo que fueron con toda la licencia y soltura que les concedió la idolatría.

niéndolos sin que ellos mismos lo advirtiesen, á perder de vista en todo á aquel poder eterno é infinito, del cual tenian ideas tan sublimes y tan puras al apartarse de las llanuras de Senaar.

Es pues indudable, que este estravio tan asombroso, en el cual se precipitó casi todo el género humano, pues que todas las naciones inducidas á adoptar todo lo que venia de Egipto, han admitido con los otros usos de aquella comarca célebre sus caracteres y símbolos, sin adquirir el sentido de ellos; es indudable, digo, que este trastorno universal del juicio humano, aunque asombroso, se presentase como inocente bajo este aspecto; y que si la idolatría aparece mas absurda y ridícula en su obgeto, que el sistema de la Incredulidad, tambien es menos per-

versa que esta, y menos desordenada en su principio. La Incredulidad no puede salir sino de la estincion de toda luz, de toda virtud, de toda conciencia; pero ha sido preciso que el vicio y el desenfreno de las pasiones se unieran con un sentimiento religioso, para poder producir la idolatria, la cual es el producto de un fondo tenebroso, en el que luce todavía un debil rayo de verdad; es una mezcla de desorden y de un resto de rectitud; y en fin no arruina la razon y la sabiduría de modo, que no dege todavía descubrir hasta en sus escesos mas escandalosos las antiguas huellas de la Religion original. En la Incredulidad todo es disforme y espantoso; ella trae consigo la destruccion aun de lo que quedaba sano en los corazones idólatras; propende de su naturaleza, y por el carácter

particular del espíritu que la fomenta y propaga, á la corrupcion de los mas recónditos manantiales, á la aniquilacion de todo principio, al embrutecimiento y degradacion de todas las facultades humanas.

Examinad bien las diferentes vicisitudes que la oposicion de los intereses, y la lucha de las pasiones han producido sucesivamente en las costumbres, ó el culto de los hombres; y entre las causas de los disturbios y desórdenes que se han fomentado en el seno de las sociedades y de las religiones, no hallareis una sola, que presente como la *Filosofia de la Incredulidad*, el carácter sensible de una trama urdida clandestinamente contra toda especie de autoridad, y de una maniobra que ha intentado el vicio al llegar al mas alto punto de impavidez y deflagracion,

para ocultar su afrenta , apartar de su vista la verdad , y librarse de Dios y de los hombres. Aunque os horro- riza el cuadro de las abominaciones, en que la idolatría ha sumergido toda la tierra , no descubriéis allí los mo- vimientos é intrigas de una conspira- cion interesada en desenfrenar todas las pasiones, abandonando el univer- so á los estragos de la licencia. Nues- tros antepasados dieron tan ciega- mente los primeros pasos hácia el abismo , en que despues cayeron to- das las naciones , creyendo aun con- servar el fondo del primer ceremo- nial , y permanecer tambien adheri- dos al tronco de la antigua Religion. El progreso del mal era tan poco sen- sible, que logró sepultar á los pue- blos en los mas extremos horrores, antes que advirtiesen que se obraba en ellos alguna mudanza; y en efecto

cuando la luz se retira por grados, y se debilita por diminuciones lentas é imperceptibles , no sentimos las es- pesas tinieblas hasta que nos en- vuelven.

No faltaron filósofos y talentos superiores , que en medio de la igno- rancia universal y de todas las prác- ticas insensatas de la idolatría se aplicaban al estudio de la sabiduria y á la adquisicion de la verdad; em- pero estaban muy distantes de servir- se de la filosofía para acreditar lo que deshonra á la razon , y aun menos de emplearla para extinguir lo que un culto estravagante podia dejar sub- sistir de sano y de virtuoso en el co- razon de los hombres. Reconocian por la mayor parte no solamente la unidad de Dios y la inmortalidad del alma , como verdades de senti- miento , sino tambien concluian de

aquí que el alma era porcion de la divinidad , y aun ella misma una divinidad , un ser eterno , increado , y tan necesario en su existencia , como incorruptible en su constitucion. Este era en realidad otro abuso de racionio , mas yo quiero haceros observar , que cuando la filosofia no lleva la mira de servir á las pasiones , y no conspira contra la santidad de los deberes , no se estravía jamas para degradar al hombre , ni para destruir el freno del vicio y la esperanza de la virtud , sino antes bien su desvio de la verdad es una exageracion de la dignidad de nuestro origen , de la escelencia de nuestro destino , y de la severidad de nuestras obligaciones , y no el olvido de lo que somos , de lo que debemos hacer , y de lo que nos aguarda en lo venidero. Por lo menos tales filósofos

hubiesen acogido con entusiasmo una Religion , que se les hubiera presentado á realizar , por decirlo así , los hermosos sueños de su razon , y á suplir al hombre lo que le falta para ser eterno y divino.

Empero si antes del nacimiento de la idolatría , y en el momento , en que la confusion de las antiguas ideas y la declinacion de las costumbres comenzaba á disponer á los hombres y encaminarlos hácia ella , se hubiesen encontrado filósofos del temple y vigor de los que en nuestros dias hacen consistir el celo de la verdad en el descrédito del Cristianismo ; y que hubiesen tenido valor para insultar abiertamente el culto nacional , burlarse de los sacrificios y de las ceremonias , poner en ridículo la Fe de la vida futura , el respeto á los muertos y la religion de los sepulcros , y

si el mundo se hubiese rendido á la inspiracion de semejante filosofía; es evidente que no hubiese quedado en la tierra bastante justicia y verdad, para que sobre ellas pudiera establecerse la idolatría. Hubieran desaparecido entonces todos los templos y todas las religiones del mundo; por que la extravagancia, y aun la ferocidad del paganismo no podia germinar, ni manifestarse sino en un fondo que no estuviera gastado enteramente; y así puede decirse, que la suposicion de un mundo impío sin Fe, sin culto, sin altares, en lugar de un mundo idólatra, es el único caso en que el establecimiento del Cristianismo hubiera sido mas difícil y mas prodigioso de lo que ha sido, y en que el milagro del triunfo de la Cruz y del Evangelio por todo el universo hubiese parecido, si se permite espre-

sarse así, mas patente, maravilloso y divino. Los que lo adoran todo, no profesan radicalmente odio al solo Dios verdadero; ni el sentimiento de la adoracion esclusiva que se le debe, se ha borrado enteramente en sus corazones; no así la Incredulidad, cuyo espíritu es no adorar cosa alguna, ni depender de nada, ni reconocer un poder superior en el cielo ni en la tierra.

No podeis ignorar, mi caro Vizconde, en qué estilo obra la libertad filosófica á la faz del público, respecto á los soberanos y los gobiernos; y os será facil representaros en qué vendria á parar el mundo, si algun dia se llegase á concebir la idea de adoptar en la práctica las máximas tan decantadas como desastrosas, que nuestros intrépidos Legisladores no cesan de sembrar en el seno de

los pueblos. Si en los siglos de la idolatría reinaba el desorden en lo que mira á la Religion y á las costumbres, la autoridad pública por lo menos estaba á cubierto de sus tiros, y en unas naciones avezadas á reverenciar en sus reyes á los hijos de los dioses, y á celebrar sus apotéosis, se hubiese condenado á la execración, como infamado del mas sacrilego atentado, quien quiera que hubiese osado hacer vacilar los tronos, ó hablar con ligereza contra el respeto y obediencia que se tributaba á los principes. El error que elevaba sobre la clase humana á las potestades de la tierra, era siquiera util á la seguridad de la subordinación y al reposo de los estados; se acercaba á la verdad del Cristianismo, que nos enseña, que *toda potestad viene de Dios*, y que el homenaje de nuestra sumision

á la magestad de los reyes es un deber paralelo en concepto de una rigurosa analogía, al tributo de adoración que debemos á la magestad Suprema; mas no me propongo hablaros aquí del carácter turbulento y sedicioso de nuestros filósofos; este asunto se presentará despues á la pluma.

No pueden leerse sin indignacion ó lástima ciertos escritos en que se hallan con asombro reflexiones para la apología, y aun en elogio de la Religion pagana. ¡ Tanto puede el odio de la verdad para cegar la razon! Y no obstante, si despues de la caída del paganismo el mundo no hubiera hallado otro recurso á que acogerse, que en los desesperados sistemas de la filosofía de nuestro siglo, debia lastimarnos de que hubiese perdido sus templos y sus ídolos, siendo imposible imaginar un medio mas indefec-

tible para causar su extrema desgracia, que precipitarle de las tinieblas de la idolatría en el abismo de la Incredulidad. Este estado es mucho mas deplorable, porque si entre los idólatras quedaban algunos vestigios de razon y de verdad, en los incrédulos se estinguen todas las verdades, se desvanecen las reglas y vacilan los principios; ó por mejor decir, les suceden otros principios inficionados y desoladores, que borran hasta las huellas de las primeras impresiones virtuosas, alentando al hombre á mirarse á sí solo en la naturaleza, y á destruir el universo entero, si tiene fuerza para ello y si esta ruina puede servir á satisfacer tan solo uno de sus deseos.

Trazad si podeis, Señor Vizconde, un cuadro exacto de todos los crímenes y horrores que se hallan

esparcidos en la historia del mundo; añadid la enumeracion de todas las atrocidades, con que no saliendo de la esfera de posibles, la maldad aun no ha mancillado todavía la tierra; y estudiad despues los sistemas de la Incredulidad dedicandoos á penetraros bien de su espíritu y verdadero designio. Si de todas las abominaciones que hubieseis recogido ó imaginado, hay una sola que no podáis justificar evidentemente por los principios, de que habreis tomado conocimiento en los libros que se llaman *filosóficos*, sereis vos mismo una nueva prueba despues de tantas otras, de que un hombre de talento tambien puede caer en el engaño de un artificio tan hipócrita.



## DISCURSO CUARTO.

*Continuacion del antecedente.*

**D**ecís, mi amado Vizconde, que *los incrédulos que conoceis, son unos hombres llenos de virtud y buena fe.* Lo concedo así: pero tambien son unos hombres que como vos mismo, se han *alistado* en esa asociacion, sin poseer su espíritu, sin ser propios para sostener aquella empresa, ni menos para desempeñar el papel de que se han encargado, que tanto repugna á su índole y sentimientos. Una propension irresistible, que incesantemente los está impeliendo al Cristianismo que es la perfeccion de cuanto hay de bueno, virtuoso y justo, los restituiria bien pronto á su seno, si las razones de situacion y circunstan-

cias no les impidiesen dar oidos á la voz interior que les clama, que son unos discípulos muy mal *iniciados* en la política de la secta, la cual se revela con reserva y sigilosamente; y aunque tolera en las almas delicadas un resto de veneracion á la virtud, esta desaparece juntamente con la moral en aquellos que han recibido la plenitud del espíritu filosófico, que consiste en aniquilar toda idea de orden y de justicia, en proscribir irrevocablemente lo que corta el vuelo á la independenciam, ó circunscribe la libertad. No, no faltará jamas otra cosa á la Incredulidad para que todos los hombres la teman y la odien, que lo que falta á la Fe para que universalmente la adoren y la amen en la tierra, y es ser profundamente conocida.

¿Por qué el vicio cuyo imperio se

estiendo á todas las edades , y que propende naturalmente á destruir todas las ideas que le contrarian, guardaba tan profundo silencio en los tiempos de la idolatría? ¿Por qué no se revestia de aquella forma filosófica y científica que tan diestramente le disfrazaba hoy á nuestros ojos? ¿Cómo es que no componia libros contra las verdades de la otra vida , y en que el menosprecio de los dioses del Tártaro y de los Campos-Eliseos , se fuese insinuando bajo el prestigio de una elocucion fina en el ánimo de los hombres, para que exentos de todo recelo se librasen de los remordimientos? Porque á mas del freno de las leyes, y de la poca seguridad que se hubiese logrado en conmover ó socavar los cimientos de un culto que dependia de la constitucion del estado, con el cual guardaba tan íntima armonía,

que á los que hubieren tratado de faltarle al respeto , hubieran sido perseguidos como enemigos de la patria; á mas de esto , las pasiones todas se hallaban en campo libre, porque en aquella confusion y multitud de dioses , de inclinaciones y genios tan diversos tenian como el equivalente del ateismo , y así le era superfluo á la corrupcion promover discusiones , y formar sistemas en el seno de una Religion que le concedia altares , y la admitia en su ceremonial. Esta tranquilidad de la depravacion humana era el estrago sordo y silencioso de una inundacion , que no hallando diques por delante , todo lo anega , lo arrastra y lo desuela sin estrépito.

Pero luego que todas las pasiones desordenadas se vieron espuestas á la ignominia por la caída de la idolatria, y amenazadas de un eterno castigo

por el establecimiento del Cristianismo, no ha tardado en estallar su odio entrañable á todo lo que las sujeta, agitándose el vicio en todas direcciones, para recobrar la libertad y la impunidad que habian perdido en aquella revolucion. Juntáronse pues unos hombres tenebrosos y dijeron: Publiquemos que *no hay Dios*; el mundo libre de ese poder importuno y severo, se transformará de nuevo en teatro de una absoluta independencia, y no cesaremos de repetir á todos los pusilánimes, á quienes inquiete el temor del porvenir: *no hay justicia ni inteligencia sobre vuestras cabezas*. Este es el brutal y estúpido estratagema cuya espantosa deformidad han emprendido disfrazar con desfachatez bajo formas académicas los primeros libertinos, que se sublevaron contra la severidad del Evan-

gelio. Y bien que no se aguardase ver resucitar este horror en la pluma de nuestros contemporaneos, se ha renovado en nuestros dias en medio de la grande claridad que la Fe esparce por toda la tierra, este tan horroroso sistema armado de todo el aparato de la mas seria dialéctica; y un miserable desertor de la Religion, de su Principe y de su Nacion, no se ha detenido en sacar esta inmundicia del fondo de su cloaca, y en presentar á sus conciudadanos la mas cenagosa invencion del vicio, como una doctrina, en la que deben terminar todas las indagaciones de una razon superior y profunda.

Así el autor del *Sistema de la naturaleza*, acelerando la reduccion de todos los sistemas filosóficos al ateismo, ha atropellado las intenciones de su secta que no se proponia aun

abrir el desenlace de sus graves intrigas 1. Habia acordado con mucha sa-

1 Este audaz escritor ha recibido contradicciones, denuéstos y confutaciones aun de los mas celosos de sus principios; porque siendo tan facil *reconocer al artifice en la obra*, nadie se ha dejado engañar de la diestra precaucion de sacar del sepulcro de un hombre de bien, el nombre que ha colocado al frente de su libro. De esta monstruosa produccion resultará siempre, que al que quiere adoptar lógicamente los sistemas contrarios á la Fe, se le resuelven todos en el ateismo, y que toda doctrina que se encamina á estrañar á los hombres del Evangelio, refluye naturalmente en este espantoso abismo. A mas de esto, el Señor *le Franc*, Arzobispo de Viena, en su escelente obra de *la Religion vengada de la Incredulidad por la Incredulidad misma*, ha estrechado muy geoméricamente al autor del *sistema de la naturaleza* á que pasara del punto en que creyó podia detenerse, y este solo paso le hace caer en la sima del Pirronismo mas estúpido y mas abs oluto.

gacidad no amedrentar el mundo con ideas tan estraordinarias, sino antes bien lanzar en la apariencia los mas fulminantes anatemas contra los antiguos ateos, y establecer la necesidad de un Dios y de una providencia. La prudencia que dictó aquella decision no se detuvo aquí, sino que pasó mas adelante. Pensemos en que hay almas, digeron entonces, estrañamente débiles y temerosas, que tienen un miedo indeleble á Dios y al porvenir; degémosles pues creer que Dios quiere ser adorado, y que hay virtudes y deberes en esta vida, castigos y recompensas reservadas para la otra, porque todos estos artículos no tienen consecuencia, si lo gramos que desechen toda revelacion. Con efecto, si se admite que Dios no habla á los hombres sino en el fondo de su conciencia, á sí mis-

mos y á nadie mas son responsables de sus acciones y conducta. Su conciencia, no suministrándoles mas luz de la que les acomode, no estorbará en nada sus inclinaciones, y siempre estará á las órdenes de su corazon, y juez entonces absoluto é imparcial del mal y del bien, será el solo criador de sus principios y de su moral. ¿Qué otra cosa se necesita? ¿La libertad se consideraria mas segura bajo los pabellones de Espinosa? Acertemos tan solo en hacer odioso y ridiculo al Cristianismo, y se desvanecerán como el humo todas las reglas que ponen trabas á la independenciam. Para dar á la Fe este golpe decisivo, vendámonos primeramente por hombres dotados de sensibilidad y de dileccion, respirando compasion de los que son víctimas del infortunio, y conmovidos tan solo del santo amor

del orden y de la paz, hablemos siempre de ilustrar y hacer dichosa á la ciega *Humanidad* que padece. Gimamos profundamente de las espesas tinieblas que cubren el horizonte de nuestra patria; y lancemos amargos suspiros hácia aquellas venturosas comarcas del Norte, á donde nuestra supersticion é ignorancia han aluyentado *las luces y la felicidad*; y cuando el mundo no pueda ya dudar de la verdad de nuestros sentimientos y de nuestro celo, mostrémonos mas intrépidos y alentados: aventuremos algunas erupciones enérgicas: hagamos marchar á la descubierta á algunos partidarios subalternos, cuya temeridad no se imputará á sus gefes. Insensiblemente tomará aumento la comision, y será respetable; los grandes y los pequeños, los doctos y los ignorantes pretenderán ser teni-

dos por difíciles en la creencia; dudarán, discurrirán, dogmatizarán, y el menosprecio de la Religion y de sus leyes llegará á ser la filosofía por escelencia. Entonces no guardemos ya respeto alguno, y transmitiendo el language de la Incredulidad desde nuestras bocas á todas las sociedades, diseminemosle en nuestros escritos, cualquiera que sea su designio, sin conocer cosa alguna incompatible con el descrédito y vilipendio del Cristianismo; amalgamémosle con todos los vicios que han reinado en su seno; apropiémosle las ridiculeces de la supersticion; imputémosle todos los estragos del fanatismo; y acomodándole todas las iniquidades de la tierra, hagámosle responsable de toda la sangre que se ha derramado en su nombre, y tracemos su cuadro, compuesto de todas las monstruosidades mas

espantosas, que una imaginacion caliginosa puede avocar del seno del infierno.

Así es como han raciocinado en su frenesí los enemigos de la sabiduría; por este plan han emprendido desencadenar todos los vicios y abandonar el mundo al desorden de las pasiones. En vano se han desvelado en modificar, atemperar, y variar las formas y procedimientos, la unidad de fin reúne ateos, materialistas, deístas, y todas las especies de incrédulos en una sola clase de hombres, considerándolos á todos ellos como el azote y tormento de la virtud, y los destructores de la sociedad?

Y pues vos, mi querido Vizconde, hallais tanta dificultad en creer, que los filósofos irreligiosos no hayan tenido otra mira que la ruina de las costumbres, permitidme os haga es-

ta pregunta : ¿ cuál sería el medio mas eficaz , que podria emplearse para corromper todo el género humano , desterrar de la tierra toda idea de justicia y de virtud , y librar al mundo de todo deber y dependencia ? ¿ No es evidente que este medio será apagar en los corazones el remordimiento , la esperanza , el temor de Dios y de los hombres ? inducir á cada individuo á no amar mas que á sí mismo en el universo ? á hacerse el centro y el fin de todo lo restante ? y á no saber rendirse en la adquisicion del bien estar personal sino á la imposibilidad de conseguirle á medida de sus deseos ? Preciso es cerrar voluntariamente los ojos para no ver con claridad , que á este menosprecio de toda autoridad , á este olvido de todo principio , y á este egoismo destructor de toda virtud social , se reducen

y encaminan todos los sistemas , todas las máximas , y todos los planes de la Incredulidad . ¿ Quereis formaros una idea de lo que sería el teatro del universo , si fuera regido por la sola inspiracion del espíritu filosófico ? Representaos unos hombres siempre dispuestos á devorarse , y que no pueden pasar los unos por delante de los otros , sin la desconfianza y terror que infunde el encuentro de los tigres y leones . ¿ Y que en el *siglo de las luces* se haya admitido con seriedad , lo mismo que una perversidad absurda pudiera inventar de mas funesto al reposo del mundo ? Pensad bien estas terribles reflexiones ; porque ciertamente , aunque la Incredulidad fuera menos culpable en su motivo , y aun cuando pudiera justificarse de la infamia de haberse propuesto causar tantos males á los hombres ,

y su desgracia , mereciera nuestro odio y detestacion por haber hecho infeliz á la humanidad y producido su desolacion. ¿Puede jamas conciliarse vuestra estimacion la obra de la iniquidad? ó ¿podeis aceptar con indulgencia y agrado lo que os presentase vuestro enemigo para perderos?

Pasando ahora á otras consideraciones algo mas profundas, Señor Vizconde, acabareis de convenceros de la malignidad del artificio filosófico, si observais bien: 1.<sup>o</sup> que si cada hombre fuera realmente un ser aislado, absoluto y libre de toda especie de relaciones; que no fuera ni efecto de una causa superior, ni objeto de un designio, ni parte de un todo, seria imposible imaginarse unos deberes, ni figurarse unas virtudes, ni aun recelar, ó entrever una dife-

rencia de bien y de mal. En una palabra, no podria haber ni Religion ni moral, ó mas bien, si así lo quereis, toda la moral consistiria en la conformidad de las inclinaciones y de las acciones humanas con el interes esclusivo de la felicidad personal; en cuya suposicion la ventaja de cada individuo seria la regla de toda justicia, y su poder no conoceria mas límites que sus fuerzas. Y ved aquí lo que os he presentado como el voto esencial del partido filosófico.

Pero, 2.<sup>o</sup> escuchemos por un momento la voz del sentimiento y de la naturaleza. La primera verdad que se le descubre al hombre, luego que empieza á reconocerse á sí mismo, es el doble vínculo que por una parte le subordina al ser supremo de quien es la otra, y por la otra le une con la sociedad, de la cual es miem-



bro. Este es el primer germen de la moralidad que distingue nuestros hábitos: y de estas dos relaciones del hombre derivan y fluyen, como de un manantial único y fecundo, todas las leyes y todos los preceptos que deben arreglar el uso de su libertad, y decidir si es justo ó perverso, bueno ó malo. La justicia no es pues otra cosa que la conformidad de nuestras facultades con las dos relaciones ó vínculos que contraemos al salir á la luz; y de este principio tan sencillo y patente, debieran partir naturalmente los que se han puesto á darnos *Códigos de la naturaleza, Interpretaciones de la Naturaleza, Sistemas de la Naturaleza*. No se necesitaba para esto afectar mucha devocion, ni comprometer la dignidad de filósofo; bastaba sacrificar el ateismo á la verdad; es

decir, el oprobio del último embrutecimiento al honor de ser hombre. Estas ideas primitivas y elementales muy bien podian servir de basa á las miras de los filósofos en la moral, política y legislacion; pero un cuerpo de doctrina apoyado en nociones tan sanas, y guardando enlace y consecuencia, hubiese guiado necesariamente á unas máximas muy contiguas á las del Evangelio, y se hubiesen dispuesto los hombres á amar lo mismo que se trataba hacerles aborrecer.

Explicaremos 3.<sup>o</sup> en qué manera esta correspondencia de vínculos de que acabo de hablar, es el verdadero y único fundamento de toda justicia. El hombre considerado en su relacion con el ser infinito, como criatura suya, y de quien depende con la dependencia mas íntima, ab-

soluta y universal, no puede sin desconcertar, y desnaturalizar sus facultades, darles una direccion que contrarie esta subordinacion esencial. Y pues reside en él un principio que piensa, que juzga, que estima y que ama, es consiguiente que ha de reconocer el imperio supremo del criador, dándole el primer lugar en su estimacion, en su afecto y en su amor, y solo aquellos que no quieren ver nada en el cielo ni en la tierra, pueden dudar que este sea el orden inmutable y necesario de las cosas. Si el hombre pues halla en su interior principios que se oponen, y contradicen la conservacion de esta inviolable harmonia, tambien siente al mismo tiempo la necesidad de resistirles y combatirlos, porque por oscura que le sea la causa de esta division, no hay cosa alguna que pue-

da debilitar á sus ojos la evidencia del precepto que le imponen su conciencia y su razon, de ceder á Dios en su entendimiento y en su corazon el mismo lugar que ocupa en la naturaleza. De lo cual se infiere por necesaria consecuencia: *Luego el hombre aunque estuviera solo en el mundo, debe obedecer á su Dios y mandar á sus sentidos. En la mas profunda soledad á donde se oculte, ha de vivir con Dios y consigo mismo, y en el retiro mas aislado tenemos un Señor que contentar, un imperio que gobernar bajo sus órdenes, súbditos que reducir, y un pueblo de pasiones que domar y someter: tenemos que contener una imaginacion extravagante é imperiosa, que quiere reinar sobre el entendimiento; tenemos que sujetar unos sentidos rebeldes, que quieren gobernar á la razon; te-*

nemos que reglar unos humores sin freno y sin ley, que nos subyugan á las veces; tenemos que reducir necesidades inmensas, que claman sin cesar; y las ideas quiméricas de gloria y de felicidad, que multiplican tambien hasta lo infinito aquellas necesidades y deseos<sup>1</sup>. Vemos en el Evangelio, mi caro Vizconde, por qué abnegacion, vigilancia, mortificacion y penitencia no son otra cosa, que la esposicion de aquella sana y antigua filosofia que pone á Dios y al hombre en su lugar; y la moral del Evangelio es el verdadero sistema de la naturaleza, y de la Religion.

Si, 4.<sup>o</sup> consideramos ahora al hombre en su relacion con la sociedad, percibiremos con no menor claridad el principio de todos los deberes del ciudadano. Veo yo desde luego sin

<sup>1</sup> Ensayo sobre lo bello.

una grande aplicacion, que la preferencia que debo á la sociedad sobre mí, se refiere y encamina á la que debo al mismo Dios: porque sin trastornar el orden no puedo negar esta antelacion á todo aquello que Dios prefiere á mí, puesto que el ver, juzgar, estimar y proceder de otro modo que él, me aparta y distrae de la verdad, pervierte el destino de mi entendimiento, y deja el movimiento de mis facultades como *escéntrica* del de la suprema inteligencia, que debe servirme constantemente de norte en esta vida, y hace desaparecer mi dependencia. Es pues visible que Dios quiere directamente y con mas especialidad la existencia, conservacion y felicidad de la sociedad, que el bien ó la duracion de uno de los individuos que la componen; siendo esta una verdad de principio, que

se manifiesta á los ojos de todos en aquella ley primitiva, segun la cual los hombres descienden de un origen y tronco comun, nacen iguales, y se multiplican y suceden, para que en medio de las ruinas de la mortalidad humana, la sociedad subsista y se perpetúe conforme á las miras profundas de la divina sabiduría. El hombre encuentra á su lado y tambien sobre él un centro para sus facultades y acciones; se debe tambien todo entero á esta divinidad de la tierra, la obra mas magnífica y el objeto mas noble de los designios de la divinidad del cielo; de suerte que no puede romper los vinculos sagrados que le enlazan con los otros hombres, sin aislarse al mismo tiempo del Ser infinito, que es el centro universal, y el fin eterno de toda criatura y de toda economía.

Por una consecuencia necesaria, todo hombre debe tambien ceder la precedencia á todo lo que tiene una influencia mas universal é inmediata que él en la conservacion, interes y bien estar del cuerpo social; y debe considerar en el mismo lugar que á él, ó lo que es lo mismo, estimar y amar como á sí mismo á todo individuo que se halla colocado en la misma linea que él ocupa, y que influye en igual proporeion á la harmonía general; de aquí todos los deberes del hombre con la patria, con los soberanos, y con sus conciudadanos.

Con razon pues he sentado que nuestra *justicia*, esto es, lo que nos hace perfectos y buenos, *resulta esencialmente de la conformidad de nuestras acciones y hábitos con nuestras relaciones*. Como resultado de nuestras relaciones con la divinidad, es

la *Religion*; y como derivada de nuestra correspondencia con la sociedad y con todos los hombres que la componen, se llama la *moral*, siendo siempre la *virtud*, porque no puede subsistir sin la disposición á todos los sacrificios del interes personal.

El que reflexiona atentamente sobre estas nociones originales, contra las cuales desafío á todos los incrédulos de la tierra me opongan una sola idea que pueda presentarse, se siente precisado á convenir, que los autores de las Escrituras sagradas, sean cuales fueren, no han querido por lo menos alterar en nada el orden de estas verdades fundamentales; y que antes bien han tomado de las luces seguras de la razon todo el fondo de su doctrina, trazando por el destino natural del hombre, el plan del sistema que le presentan. En to-

do el libro, cuyo contenido respetan los cristianos como el depósito de las divinas revelaciones, no se propone ni manda cosa alguna á los hombres, que no se enderece á estrechar los lazos que los unen con Dios y con la sociedad, y á hacerles amar en sumo grado todos los deberes que esta doble union les impone. Mostrándonos al hombre que sale de las manos de Dios, y luego se asocia á un ser que le es semejante, y que á mas le reconoce por *la carne de su carne y el hueso de sus huesos*, nos descubre succinctamente, 1.<sup>o</sup> la economía de la Religion que lo refiere todo á Dios como á su manantial eterno, y el centro inmutable de toda inteligencia; 2.<sup>o</sup> el establecimiento de la sociedad, como el primer estado del género humano, y como un cuerpo, en el que nada muere, y al que se ha prometi-

do una eternidad. Sobre todo cuando vemos á todas las generaciones de la tierra descender de un solo hombre, como del padre común de la familia inmortal, hallamos el poderoso interes de la naturaleza y de la sangre mezclado con todos los motivos que nos impelen á amar á los hombres, y hacer servir todas nuestras potencias á la conservacion y sosten del orden y unidad pública. Ese decálogo tan antiguo que nos trae Moises por haber salido del seno mismo de la Sabiduría, no contiene absolutamente otra cosa que la regla de conducta, que el hombre debe seguir para ser justo delante de Dios, y bueno con sus conciudadanos. Y en el Evangelio, Jesucristo viene á insistir con una nueva fuerza sobre estos dos puntos que lo encierran todo, y hace un mismo precepto del amor de Dios y de los

hombres, le llama *el primero y el mayor de todos*, el suyo por escendencia, al cual refiere toda la serie de su moral; no ha dicho una sola palabra que no se encamine á hacernos adorar á Dios en espíritu y en verdad, y á henchir nuestros corazones del amor mas generoso y tierno á todos nuestros hermanos; nos ofrece tantos egemplos, como lecciones de respeto y sumision á las potestades; y ni aun distingue este deber del tributo de adoracion que debemos á la Magestad infinita, hallándose el Cesar colocado al lado del mismo Dios en el mandamiento que nos impone de obediencia y fidelidad. Si en verdad pues los escritores de la Religion nos hubiesen dado por oráculos del cielo las producciones de su propio entendimiento, sería no menos cierto que habian hecho bien á los hom-

bres en reducir su razon á los mas puros principios, restituyéndola, por decirlo así, á su pais nativo, y que por consiguiente fueron verdaderos y escelentes filósofos. La maliciosa política de los malos ya se os presentará en adelante como un misterio.

Propóngase este problema: *Hallar un método infalible para destruir todas las nociones de justicia, de virtud y de deber.* La solución es esta: *cegar y aturdir á los hombres acerca de las relaciones que los enlazan á unos obgetos estraños, y que cada uno se crea su todo y su fin.* Ved ahí el sepulcro de toda idea religiosa y moral, y por consiguiente la ruina de todos los principios de las obligaciones humanas. Pues ¿quién ha intentado abrir este sepulcro, y causar esta ruina? tomad los libros de los filósofos, leed, juzgad y estremeceos.

## DISCURSO QUINTO.

*Carácter destructor y sedicioso de la Incredulidad.*

Un filósofo que hace profesion de menospreciar la Religion, y de desacreditar su doctrina, por mas que afecte con todo estudio el tono y la sensibilidad de un hombre que se interesa cordialmente en el bienestar de sus semejantes, no evitará jamas la afrenta de pasar por un mal ciudadano y un perturbador del orden público. Tomando el carácter de apóstol de la humanidad, no puede proponerse ya otro fin; que disfrazar la idea odiosa de su verdadero carácter; porque sabe bien, que en el fondo las leyes sociales quedan sin apoyo en un corazon que ha ocupado la

bres en reducir su razon á los mas puros principios, restituyéndola, por decirlo así, á su pais nativo, y que por consiguiente fueron verdaderos y escelentes filósofos. La maliciosa política de los malos ya se os presentará en adelante como un misterio.

Propóngase este problema: *Hallar un método infalible para destruir todas las nociones de justicia, de virtud y de deber.* La solución es esta: *cegar y aturdir á los hombres acerca de las relaciones que los enlazan á unos obgetos estraños, y que cada uno se crea su todo y su fin.* Ved ahí el sepulcro de toda idea religiosa y moral, y por consiguiente la ruina de todos los principios de las obligaciones humanas. Pues ¿quién ha intentado abrir este sepulcro, y causar esta ruina? tomad los libros de los filósofos, leed, juzgad y estremeceos.

## DISCURSO QUINTO.

*Carácter destructor y sedicioso de la Incredulidad.*

Un filósofo que hace profesion de menospreciar la Religion, y de desacreditar su doctrina, por mas que afecte con todo estudio el tono y la sensibilidad de un hombre que se interesa cordialmente en el bienestar de sus semejantes, no evitará jamas la afrenta de pasar por un mal ciudadano y un perturbador del orden público. Tomando el carácter de apóstol de la humanidad, no puede proponerse ya otro fin; que disfrazar la idea odiosa de su verdadero carácter; porque sabe bien, que en el fondo las leyes sociales quedan sin apoyo en un corazon que ha ocupado la



irreligion, y que es una mera hipocresía ostentar celo por unas reglas que han desnaturalizado en su origen, y destruido lo que les daba la vida y la subsistencia; sabe bien, que habiendo destruido la armonía en su centro y la unidad en su manantial, el concierto civil queda en una palabra vacía de sentido, y que para un hombre como él, el orden consiste en sacrificarlo todo al amor de sí mismo. El que despues de haberse esmerado en envilecer á nuestros ojos el espectáculo de la Religion, pretende interesarnos por el de la sociedad, se asemeja exactamente á un hombre que atormentado á un mismo tiempo por la necesidad de dañar y la pasión de ser estimado, aparenta apuntalar y sostener un edificio de que antes ha socavado los cimientos.

Con efecto, mi estimado Vizcon-

de, ¿qué es la sociedad, si le quitan ese carácter de grandeza y de perpetuidad, que la presentaba á mis ojos tan digna de mi veneracion y rendimiento? Yo no veo sino una masa de seres indefinibles, arrojada sin saber con que designio en la inmensidad del espacio; una digresion, ó llámese un producto de la ociosidad colocado en medio de la eternidad insondable que le devora como á un átomo; una escena enigmática que no se refiere ni corresponde á nada, y en la que ni se puede adivinar la intencion, ni prever el desenlace. No hablais continuamente sino de estrechar los vínculos sagrados que unen á los hombres; mas este mismo todo que llamais *la sociedad*, y en que deseais tanta union y armonía, no necesita estar enlazado á nada? y esta cadena que con razon debe formar de todos

los hombres una sola familia, ¿no requiere derivarse de alguna cosa estable y anterior á toda economía humana, dilatándose mas allá de lo que vemos en contorno? únicamente abraza la generacion presente? y todos esos millares de hombres que han desaparecido hasta ahora de la faz de la tierra, ¿no son nada de esta sociedad que subsiste hoy sobre sus sepulcros? ¿en donde, decidme, se detiene la primera lazada del vínculo social? Si para mostrarse el punto de consistencia que sostiene y afirma la sancion de los deberes que me imponéis, no me conducís ni mas atras ni mas adelante de la sociedad del tiempo presente, en este caso el período actual lo será todo, centro, principio y fin, y no hay designio ulterior en la naturaleza. ¡Qué ideas, Señor Vizconde! Vos mismo os ha-

llais bien en medio de semejantes abismos? y el filósofo que aísla de esta manera el cuerpo social, no me enajena y estraña á mí tambien de esa sociedad á la cual me exige que haga el sacrificio de cuanto soy? El especulativo que la contempla y examina, por decirlo así, en *abstracto*, podrá hallar facilmente grandes sentencias y exclamaciones pomposas para dar una apariencia de dignidad á este simulacro que está privado de todo principio de vida; mas ¿qué viene á ser esta sociedad para un hombre que en este instante aparece en medio de ella, y se separa en el siguiente para precipitarse en un sepulcro en que le será estraño eternamente? No hay para mí cosa mas inconcebible, que esta vocacion momentanea y rápida en obrar; sufrir é inmolarme por unos seres tan fuga-

ces como yo mismo. ¿Cuál puede ser el principio de tal destino? os lo pregunto, porque no le veo en ninguna parte, y todo me parece sueño y quimera en la vida humana, luego que se me quita la vista de ese grande Dios, ante el cual nada perece, que me descubre en su seno eterno á donde debo volar al separarme de mis conciudadanos, el primer anillo de la cadena que me une á ellos sobre la tierra, siendo él mismo el vínculo de la sociedad, el centro y modelo de toda unidad, el punto firme de todo equilibrio, y la última razon de todo deber.

Ved como de un solo golpe arruina la filosofia el principio de las virtudes sociales, y desvanece los motivos en que se radican; entorpece la actividad de las potencias del alma, alaja los resortes del ánimo, para

los movimientos de la sensibilidad, y petrifica los corazones. Uno de los mayores absurdos en que han caido los filósofos para establecer la compatibilidad de las grandes virtudes con el sistema de la Incredulidad, consiste en haberse servido con este intento, de los sacrificios memorables que los héroes de los siglos paganos hicieron al bien público, haciendo resonar á toda hora en nuestro oido los nombres de los *Decios, Fabios, Camilos, Brutos, Manlios, y otros*; como si aquellos hombres tuvieran algo de comun con la Incredulidad. ¿Qué relacion, qué cotejo puede mediar entre un Capitan, ó un Consul Romano, y todos esos seres *inertes* y sistemáticos, hombres sin principios, sin carácter, sin decoro, que son conocidos en su patria por el horror que inspiran á todos los verdaderos ciudadanos? No

es por cierto la ignorancia, sino el encono reflexionado contra la Religion, el que acaba por depravar las costumbres y derribar todos los sustentáculos de la sociedad. El paganismo, Vizcondemio, vuelvo á decir, es mucho menos contrario que la Incredulidad, á la conservacion del orden y de la tranquilidad pública<sup>1</sup>. Unos ciegos de nacimiento pueden vivir juntos, conservar el amor de la buena inteligencia, y llevar hasta el punto á que pueda llegar la práctica de las virtudes que garantizan el reposo y la prosperidad comun; pero hombres que en medio de la grande luz que los ilumina, se bendan voluntariamente los ojos, son unos frenéticos, incapaces de formar un cuerpo que pueda subsistir, y que no saben otra

<sup>1</sup> Discurso tercero y cuarto.

cosa que zaherirse, maltratarse, vivir en continua lucha, y destruirse. No es mi ánimo profundizar aquí, ni apreciar las virtudes de los paganos; pero es evidente á los que conocen el espíritu de la Incredulidad, que no puede pertenecerle lo que es virtuoso; que todo verdadero hombre de bien, de cualquiera siglo y culto, hubiese sido esencialmente inapto para una filosofia como esta, que escandaliza hoy la probidad mas tolerante. El que ha sido inspirado por la virtud, bien sea Scita, Griego ó Romano, lejos de tenerse por antecesor de la generacion filosófica, puede considerarse como, un bosquejo del Cristianismo; y propendiendo al Evangelio por el candor y probidad de su corazon, abrazará confusamente esta Religion adorable, que imprime una sancion tan augusta en las acciones generosas.

La sociedad en el día debe temer-  
lo todo del carácter sedicioso y tur-  
bulento de la Incredulidad, mas no  
ya porque los males que causa á la  
Religion refluyan como en otro tiem-  
po sobre las costumbres publicas.  
Entonces nuestros filósofos tenían  
una apariencia de razon para quejar-  
se de aquellos que exaltados por la  
insolencia de sus escritos, los acusa-  
ban de atentar contra toda autoridad,  
y de ser no menos los enemigos de los  
tronos, que de los altares. Eran toda-  
vía comedidos en lo que podia com-  
prometer sus sentimientos, ú oscu-  
recer los principios de subordina-  
cion en todo tiempo sagrados, é in-  
violables en todos los pueblos; así el  
cargo que se les hacia, de perjudicar  
á los hombres, y de conmovier los  
cimientos de la seguridad social, re-  
caia sobre las consecuencias que de-

bían resultar del descrédito público  
de la Fe. Al presente nos hallamos en  
el caso de convencernos, que el filo-  
sofismo, como todas las otras inven-  
ciones, tendia á su perfeccion; y la  
autoridad soberana, que solo atacaba  
años hace por la repercusion de los  
golpes que asestaba al culto nacional,  
es en el día el obgeto directo de la mas  
atroz deflagracion, pudiéndose dirigir  
á todas las naciones del universo,  
por *resumen* de las luces filosóficas  
este extraño y horroroso discurso:

«Pueblos de ia tierra, quereis ser  
«felices? Demoled todos les templos  
«y derribad todos los tronos. Abrid  
«en fin los ojos acerca del origen de  
«vuestras desgracias. La impostura  
«de los sacerdotes <sup>1</sup> os ha hecho ado-

<sup>1</sup> *Revolucion de la América.* Miserable  
y sedicioso folleto, que pareció en estos años

«rar lo que horroriza á la razon ; y  
 «este primer paso en la estupidez , os  
 «ha precipitado en el envilecimiento  
 «de la esclavitud. *La Filosofía debe*  
 «*servir de Divinidad sobre la tierra;*  
 «*ella sola ilumina y consuela á los*  
 «*humanos , porque ella les hace co-*  
 «*nocer y aborrecer la tiranía y la im-*  
 «*postura..... Los malos la calum-*  
 «*nian..... Ingratos! que se suble-*  
 «*van contra una madre tierna cuan-*  
 «*do los quiere curar de los errores*  
 «*y de los vicios que hacen las ca-*  
 «*lamidades del género humano. Huid,*  
 «*huid de los templos ; en ellos habla*

pasados , en el cual el escritor que todo lo  
 ve en grande , no vacila en enseñarnos muy  
 distintamente , que la desventura en que ha  
 venido á parar el género humano , de reco-  
 nocer Señores , es análoga á la imbecilidad  
 que nos ha hecho escuchar los sacerdotes,  
 y admitir misterios.

«*la impostura. No deis oídos á esos*  
 «*vuestros Señores ; la lisonja que los*  
 «*ha corrompido , los hace indignos*  
 «*de vuestro homenaje. Substituid á*  
 «*los unos , y á los otros el escritor*  
 «*del genio ; la Naturaleza le estable-*  
 «*ce el solo sacerdote de la verdad ;*  
 «*el único órgano incorruptible de la*  
 «*moral , es el magistrado nato de sus*  
 «*conciudadanos. La patria es su tem-*  
 «*plo ; la nacion su tribunal , el pú-*  
 «*blico su juez , y no el déspota que*  
 «*no le oye , ó el ministro que no quie-*  
 «*re escucharle. No , á los sabios de*  
 «*la tierra , y no á otros pertenece ha-*  
 «*cer leyes ; y todos los pueblos de-*  
 «*ben apresurarse á obedecerlas.....*  
 «*Venturosa isla de Ceilan ! tú si que*  
 «*merecias la felicidad que ha reinado*  
 «*en tu seno ; pues sugetabas á tu so-*  
 «*berano á la observancia de la ley ,*  
 «*y le condenabas á la muerte , como*

« al mas oscuro delincuente , si osa-  
 « ba violarla..... Pueblos! no ha-  
 « beis de conocer jamas vuestras pre-  
 « rogativas? y aquel uso tan antiguo  
 « como venerable no debiera subsis-  
 « tir en todas las comarcas de la tie-  
 « rra? Entended pues que es la basa  
 « de todo gobierno , en que no se quie-  
 « ra embrutecer y degradar á los hom-  
 « bres , y que de nada sirve la ley,  
 « sino es una espada que se pasea in-  
 « distintamente sobre todas las cabe-  
 « zas , y que echa abajo todo lo que  
 « sobresale del plano horizontal por  
 « donde recorre <sup>1</sup>.

« Vosotros pues que con tanta in-  
 « solencia os haceis adorar desde lo  
 « alto de esos tronos que solo impo-  
 « nen á la ignorancia , azote del gé-

<sup>1</sup> Hist. filos. y pol. del Establec. de los  
 Europ. en las dos Indias.

« nero humano , ilustres tiranos de  
 « vuestros semejantes , hombres con  
 « solo el titulo de tales , Reyes , Prin-  
 « cipes , Monarcas , Emperadores , Ge-  
 « fes , Soberanos , y en fin vosotros to-  
 « dos los que elevándoos sobre vues-  
 « tros semejantes , habeis perdido las  
 « ideas de igualdad , de equidad , de  
 « sociabilidad , de verdad , os cito y  
 « emplazo al tribunal de la Razon;  
 « escuchad : si este malhadado globo  
 « ha sido vuestra presa , no lo debeis  
 « á la sabiduria de vuestros predece-  
 « sores , ni á las virtudes de los pri-  
 « meros humanos , sino á la estupidez,  
 « al temor , á la barbarie , á la per-  
 « fidia y á la supersticion ; estos son  
 « vuestros titulos <sup>1</sup>.

« Pero no , no os prevalgais de la  
 « larga impunidad de vuestros cri-

<sup>1</sup> El Profeta Filósofo.

«menes, ni del profundo silencio á  
 «que habeis reducido todas las vic-  
 «timas de vuestro intolerable orgu-  
 «llo, porque en ese silencio es el re-  
 «poso de la desesperacion y la señal  
 «terrible del levantamiento univer-  
 «sal. El mundo, á fuerza de sufrir,  
 «cesará de temeros; y tantos milla-  
 «res de hombres despojados de todo  
 «por vuestra dureza, impávidos con  
 «el sentimiento de la libertad, alen-  
 «tados por el verdadero derecho na-  
 «tural, cuyos inmutables principios  
 «les explicará la Filosofía, al cabo  
 «osarán un día reclamar altamente  
 «sus derechos. ¿Qué tendrán enton-  
 «ces que temer, cuando lo hayan  
 «perdido todo, todo menos una exis-  
 «tencia, que á cada paso les es mas  
 «gravosa? Ellos tienen brazos; y si  
 «no pueden valerse de ellos para cul-  
 «tivar una porcion de tierra propia,

«les servirán para limpiar esta mis-  
 «ma tierra de los monstruos que la  
 «devoran. Qué arriesgan? Morir?  
 «No importa; mas vale morir, que  
 «servir de trofeo á unos hombres,  
 «estúpidos de orgullo, y henchidos  
 «de vicios<sup>1</sup>.

«¡Desventurada patria! todos los  
 «sabios que viven en tu seno te des-  
 «conocen, seriales afrentoso per-  
 «teneceste; la mas envilecida de  
 «las naciones, y el vilipendio de la  
 «Europa entera, en vano aspiras á  
 «una celebridad que no verás jamas;  
 «ninguna crisis saludable vendrá á  
 «restituirte la libertad, tú perecerás  
 «por consuncion<sup>2</sup>. ¿Por qué los sa-  
 «bios de la tierra han diferido por

<sup>1</sup> El mismo Profeta Filósofo.

<sup>2</sup> Del hombre, de sus facultades, y de su educacion.



« tanto tiempo hacer resonar el cla-  
 « mor de la verdad? y una cobarde  
 « política les ha quitado el denuedo  
 « y noble energía de ilustrar á sus  
 « hermanos?..... Levantaos pues,  
 « filósofos de todas las naciones.....  
 « Revelad todos los misterios que tie-  
 « nen al universo en cadenas<sup>1</sup>: cu-  
 « brid con toda la afrenta que mere-  
 « ce esa Religion, esa máscara con  
 « que se cubre la hipocresía para en-  
 « gañar á aquellos cuya credulidad  
 « puede serle provechosa<sup>2</sup>. Enseñad  
 « á todos los pueblos, que el gobierno  
 « solo toma su poder de la sociedad,  
 « y que estando establecido única-  
 « mente para su bien, es eviden-  
 « te que puede revocar aquel po-  
 « der cuando su interes lo exige,

<sup>1</sup> Historia filosófica y política ya citada.

<sup>2</sup> El Militar filósofo.

« cambiar la forma de gobierno, es-  
 « tender ó limitar las facultades que  
 « confía á sus Gefes, sobre los cua-  
 « les conserva siempre una autoridad  
 « suprema<sup>1</sup>. Sobre todo abandonad  
 « á la execración de toda la tierra  
 « aquellos frenéticos que van á de-  
 « rramar su sangre á las órdenes del  
 « que por viles intereses conduce  
 « á sus ciudadanos á la mortandad.  
 « Es bello, dicen, morir por la Pa-  
 « tria! Mas no se puede dar cosa  
 « mas baja, cobarde y vilipendiosa  
 « que sacrificarse á la vanidad des-  
 « preciable de un tirano inhumano;  
 « ni que mas degrade al hombre, que  
 « servirle de escabelo ó pedestal pa-  
 « ra ocupar la dignidad, y apoderarse  
 « de un mando de que no sabe sino  
 « abusar para el desahogo de sus pa-

<sup>1</sup> Sistema de la Naturaleza.

«siones<sup>1</sup>. Estas, estas son las *bestias feroces que talan el mundo, ay que el mundo debiera ahogar y confundir..... Oh! con mas razon debieran castigarse los Principes, esos bárbaros sedentarios que desde el fondo de su gabinete mientras hacen la digestion, decretan la mortandad de un millon de hombres, de que despues hacen tributar á Dios solemnes acciones de gracias<sup>2</sup>.*

*Me horrorizo al referirlo, mi querido Vizconde. ¿Quién puede adoptar tan horrible lenguaje? Al oírle parece ver á todas las furias desencadenadas arrojando por los ángulos del globo sus teas infernales, conjuradas para incendiar todo el universo.*

<sup>1</sup> Sistema Social.

<sup>2</sup> Micromegas; cuento de Voltaire.

Así es como una filosofía desenfrenada y feroz estudia tenebrosamente en el corazon de los hombres los principios de perversidad, y calcula por decirlo así, la progresion de la decadencia de las costumbres públicas, con el fin de hacer salir de la fermentacion y del desorden irremediable de todas las cosas, la revolucion que habia meditado, logrando la gloria abominable de ser la sola causa del trastorno del mundo y de la infelicidad de todos los hombres.

Ya veis en lo que se empeña el que abraza el partido de la Incredulidad. Si os horroriza el cuadro espantoso de sus planes y designios, ¿vacilareis aun en abjurar francamente una secta que os ha engañado, y que con el pretexto de ilustraros y haceros filósofo, solo ha aspirado á asociaros á lo que exis-

te de mas peligroso y aborrecible en la tierra? ¡ Cuántos partidarios de que se honra la filosofia , se afrentan de pertenecerle , y se vituperan sus intrigas ! ¿ Por qué no renunciáis ? decian á uno que se arrepentia delante de sus amigos de haberse hecho filósofo. *Me mantengo en esta filosofia*, respondió , *por el mismo motivo que me la hace detestar , porque es vengativa y rencorosa , y no hay medio de desertar de ella impunemente ; y asi procuro complacer á unos hombres temibles para precaverme de sus persecuciones. Vengo á ser como aquellos profesos que se han atado incautamente á un género de vida para el que no habian nacido , y que ya para conservar la paz , se violentan y comprimen quanto pueden para guardar el traje monástico.* Hay , Vizconde , una Incredulidad de lucimien-

to , ó bien de conveniencia y posicion que difiere mucho de lo que puede llamarse la *franca y grande Incredulidad* , la cual esplica perfectamente todas las contradicciones y fenómenos del reinado filosófico. Entre los que reune una misma profesion exterior de *descreencia* , hay un crecido número de *seducidos* , los cuales aunque reputados por filósofos , han conservado el amor de la verdad y de los hombres , y su probidad y virtudes no destruirán jamas la idea que he dado del espíritu de la Incredulidad , ni sirven para probar que los enemigos de la Religión sean hombres de bien. De los que se dejaron alistar por artificio , y no se han retirado por debilidad , la mayor parte convienen en que el verdadero designio de la filosofia se dirige á trastornarlo todo ; afrentanse de haber podido esco-

ger por amigos unos hombres tan falsos y tan odiosos, y se sienten convencidos de que semejantes hombres estan dañados hasta en el fondo del corazon, que son tan malos ciudadanos como estravagantes sofistas, que hollarían lo que la sociedad se interesa mas vivamente en hacer respetar sobre la tierra, si pudieran dominar á su antojo la fuerza publica como á su propia conciencia, y si las leyes imitaran el profundo silencio, y la larga paciencia de Dios. Confirmaré con un eemplo lo que digo acerca de la diferencia que debe hacerse de filósofo á filósofo.

El Abate *Sabatier*, á quien se debe mirar como al escritor que mas ha ilustrado á sus conciudadanos sobre el carácter perverso de los filósofos, y cuyo trato íntimo con *Helvecio* le proporcionaba conocer los verdade-

ros sentimientos de su amigo, y todas las circunstancias relativas á este hombre célebre, se esplica así en el artículo que le ha consagrado en sus *tres Siglos Literarios*: *si se nos permite hacer algunas reflexiones acerca de su carácter, no nos detendremos en decir, que el amor de la celebridad y la propension, ó facilidad excesiva en dejarse llevar de insinuaciones seductivas y artificiosas, han sido la verdadera causa del abuso que ha hecho de sus talentos, propios fuera de esto para hacerle estimar. El candor, la beneficencia y las otras virtudes de su alma le hacian disimular de los que le conocian, las ilusiones de su filosofia. Fundados en nuestras propias observaciones podemos asegurar, que aquella filosofia era en él una especie de mania involuntaria, fruto de sus primeras*

amistades , y no un ceño arrogante y sistemático. Aunque la Cábala logró ganarle diestramente , y conservarle despues con el justo temor de ser su víctima , jamas adoptó Helvecio las intrigas y manejos de aquella conspiración; como tenia tan conocido el estilo filosófico, veía ya llover sobre su cabeza los sarcasmos al primer paso que pareciera salirse del estandarte bajo el cual le tenían cautivo, y se contentaba con lamentarse amargamente en el seno de la amistad, de la extravagancia y excesos de tantos maniáticos que se gloriaban de tenerle por compañero..... Estos taimados filósofos no paran de degradar las Letras..... Y acabarán por infamarse ellos mismos. Debemos lastimarnos de la animosidad de parecer filósofo á tanto riesgo, no menos que de la flogedad y cobardía de no dejar

de serlo , cuando le sobaban medios de afianzar su gloria en otras buenas obras que podia dar á luz..... Si viviera ahora diria las repetidas veces que me he declarado en nuestras conversaciones contra la secta que le habia atraído á su partido , y que él mismo miraba con tanto desprecio, porque nadie mejor que él conocia sus ardides. Recordaríale yo tambien las anécdotas que me contaba todos los dias de aquellos filósofos , los chistes que nos ocurrían á su costa, y los elogios que daba á las producciones que los atacaban con toda energía.....

Todavía, Vizconde mio, está lleno el mundo filosófico de esos Adeptos que miran con horror el Sistema de la Compañía , y que únicamente los contiene bajo de sus banderas el temor de que los sacrifiquen á su sa-

ña. No soy el que os induciré á tener indistintamente por hombres malévolos y perjudiciales á los que se han dejado contar entre los incrédulos; sabeis ya el juicio que se adquiere el filósofo que se nos presente, en cualquiera clase que sea, adornado de las bellas calidades de bondad, rectitud y buena fe. Con estas observaciones facilmente se desvanece el equivoco de esta cuestion repetida á cada paso. *¿Qué un incrédulo no puede ser hombre de bien?* Y no es menos obvia la solucion, sin necesidad de que recaiga sobre los buenos la maldicion que merecen los malvados. Mucho le queda aun que caminar á la filosofia, si es que aspira á ganar el corazon de los que ha sabido sujetar á su yugo. El frenético autor del *Sistema de la Naturaleza* ha sentido á par del alma cuan corto era el

número de los filósofos que estuvié- sen intimamente imbuidos del espíritu de su estado. No esperando apenas vivir bastante para ver con sus ojos la feliz revolucion que habia de crear un mundo nuevo, ha desahogado su indignacion contra el comedimiento é indolencia de los escritores que dejaban subsistir todavía ideas de Dios y de la libertad del hombre; y para su consuelo ha dejado correr su imaginacion por el lisongero espectáculo que ofreciera la tierra, cuando llegase á cumplirse el voto de la filosofia. Desde el borde de su sepulcro ha saludado en una lontananza á un universo libertado de su autor, y de quien le domine, y á todo el género humano en posesion de las prerogativas de que gozan los otros seres vivos, sin Dios, sin altares, sin culto, sin principes, sin leyes y sin

ña. No soy el que os induciré á tener indistintamente por hombres malévolos y perjudiciales á los que se han dejado contar entre los incrédulos; sabeis ya el juicio que se adquiere el filósofo que se nos presente, en cualquiera clase que sea, adornado de las bellas calidades de bondad, rectitud y buena fe. Con estas observaciones facilmente se desvanece el equivoco de esta cuestion repetida á cada paso. *¿Qué un incrédulo no puede ser hombre de bien?* Y no es menos obvia la solucion, sin necesidad de que recaiga sobre los buenos la maldicion que merecen los malvados. Mucho le queda aun que caminar á la filosofia, si es que aspira á ganar el corazon de los que ha sabido sujetar á su yugo. El frenético autor del *Sistema de la Naturaleza* ha sentido á par del alma cuan corto era el

número de los filósofos que estuvié- sen intimamente imbuidos del espíritu de su estado. No esperando apenas vivir bastante para ver con sus ojos la feliz revolucion que habia de crear un mundo nuevo, ha desahogado su indignacion contra el comedimiento é indolencia de los escritores que dejaban subsistir todavía ideas de Dios y de la libertad del hombre; y para su consuelo ha dejado correr su imaginacion por el lisongero espectáculo que ofreciera la tierra, cuando llegase á cumplirse el voto de la filosofia. Desde el borde de su sepulcro ha saludado en una lontananza á un universo libertado de su autor, y de quien le domine, y á todo el género humano en posesion de las prerogativas de que gozan los otros seres vivos, sin Dios, sin altares, sin culto, sin principes, sin leyes y sin

tribunales. Y para que la generacion presente empezase ya á gustar de antemano de esta felicidad tan recóndita en el porvenir, y que los desgraciados de todos los estados percibiesen la poderosa influencia de la filosofia para *beatificar* al linage humano, y para reintegrar en su honor é inocencia á lo que insensatas preocupaciones califican de *crímenes*; este profundo *Intérprete de la Naturaleza* <sup>1</sup>. transforma todas las inclinacio-

<sup>1</sup> Leyendo con alguna reflexion el libro del *Hombre*, cualquiera convendrá desde luego en que no es de *Helvecio*; por otra parte el *Código de la Naturaleza*, los *Pensamientos filosóficos*, el *Sistema social y el de la Naturaleza*, guardan entre sí tan estrecha analogía en la unidad de principios, semejanza de designio y concierto de consecuencias, que sería bien escusable á todas luces el error del que creyese reconocer en

nes que las *ilusiones sociales* atribuyen al envilecimiento y depravacion del corazon, en impulsos orgánicos y modificaciones de constitucion y temperamento. Así tú, á quien una irresistible necesidad ha llevado á asesinar á tu hermano, ó á robar la subsistencia á tu vecino, llora la fatalidad de tu destino, pero conserva la estimacion de ti mismo; la naturaleza te absuelve; eres tan solo culpado ante los tribunales que no la conocen, y que ella no admite; si el error público te reserva una muerte cruel y afrentosa, la razon te rehabilita á los ojos de los sabios, y el verdadero filósofo solo ve en tí un *hombre sugeto á una enfermedad mas que los otros* <sup>1</sup>.

en todas estas obras la marca de una misma tienda, ó ropería.

<sup>1</sup> Sistema de la Naturaleza.



Si no os sentís dispuesto, mi querido Vizconde, á elevaros hasta la altura de estos sublimes y saludables principios, ciertamente no habeis seguido vuestra vocacion en haceros filósofo; y así en esa secta no pasareis jamas de ser lo que son los supersticiosos en la Religion. El hombre de *sistema* desecha para el Cristianismo á los que se meten á filosofar y se quedan debajo de la region á que él se remonta; reprueba irremisiblemente todo camino medio, que una cobarde condescendencia ha imaginado entre el Cristianismo y el ateismo: cuenta en la clase de los imbeciles y devotos, á todos aquellos que habiendo rebatido la espiritualidad y la inmortalidad del alma, *desconocen la energia de la naturaleza*, le asignan un Motor misterioso y teológico, y retienen ideas de moral, causas fi-

nales, justicia y virtud; en suma demuestra palpablemente, que abandonar la Fe sin hacerse Ateo es la inconsecuencia mas absurda, y que debe reducirse por único partido á quedarse cristiano, todo filósofo que tema seguirle en el vuelo de su audacia.

¡Qué triunfo para la Religion haberse de ocultar en un espantoso abismo, si se quiere ser un desertor de ella sistemático y decidido! ¡y qué prueba mas sensible de su necesidad sobre la tierra, que el llegar á este grado espantoso de enbrutecimiento y ferocidad los que juraron su destruccion! Os confieso que yo coloco la Incredulidad en el orden de las mas victoriosas demostraciones de la verdad de la Fe; y si mi estima y admiracion al Evangelio necesitan corroborarse, leeria los libros de los que le han atacado, y estoy bien cier-

to que gustaria entonces toda la solidez y toda la belleza de las Escrituras sagradas , y reconoceria el verdadero elemento de mi razon y de mi corazon, percibiendo la grata sensacion que recibe un viagero , quando despues de haber caminado por desiertos incultos entre seres maléficos y feroces , respira y se regocija hallando en fin figuras humanas y amables.

La desgracia para las personas de vuestro estado y de vuestra edad, consiste en dedicarse con sobrada porfia al estudio de esa pérfida filosofia que preconiza la razon para extinguir sus luces, y reconocer la Religion por los caractéres estraños con que no cesan de desfigurarla sus enemigos, para dar de esta manera peso y verosimilitud á las calumnias con que la despedazan. Y pues tantas ve-

ces habeis vos quitado tambien el placer perjudicial de perderos en las ideas inconexas y artificiosas de la Incredulidad, antes de escuchar mas los clamores insensatos de sus detractores, exanimad esa Religion que os admitió en su seno en el momento en que nacisteis, y que os marcó desde entonces con el sello de sus promesas , y vereis si esta Fe que deshonra el impio con sus blasfemias, deja la menor incertidumbre acerca de la santidad y gloria de su origen, y que tanto por este aspecto como por todos los demas, ¡ con qué energía y superioridad se aventaja á todos los sistemas de la filosofia humana! ¡Cuál resplandecen en toda ella los caractéres augustos y sensibles de la eterna verdad y de la razon soberana! De dónde sino es de los tesoros de la sabiduría infinita, ha podido proce-

der esta doctrina tan sublime, tan maravillosa y tan elevada sobre todos los conceptos del entendimiento del hombre? esta doctrina que nos revela las cosas tan grandes, que nos destina á tanta gloria, que nos reduce á nuestros ojos todos los espacios y grandezas del universo; que nos desprende de nuestras pasiones, de nuestros sentidos, y en una palabra de nosotros mismos; que en nuestra vocacion á vivir eternamente en el seno de la gloria de Dios, nos muestra la esplicacion de la infinitud de nuestros deseos, la razon de la insuficiencia de todas las criaturas para hacernos felices, el motivo de la creacion del cielo y de la tierra, la causa de la fundacion y de la caida de los imperios, y el resorte de todos los movimientos y de todas las revoluciones generales, y

personales, que son sin ella misterios tan impenetrables? ¡Qué filosofía esta, que quita á nuestros males todas sus amarguras! que mira con tanto aprecio el olvido del interes, y el celo por la felicidad de los otros! que nos vuelve preciosas y apetecibles las penas y los reveses inevitables! que nos hace aguardar sin temor y sin inquietud el menoscabo y ruina de nuestros cuerpos, y que al fin transforma en teatro de triunfo y felicidad, el horror y ascosidades de nuestros sepulcros!

Y aun cuando tan sublimes ideas no presentaran el testimonio evidente é irrefragable de su emanacion de la fuente eterna de toda luz, todo hombre que se conozca á sí mismo no podrá menos de acogerlas como el verdadero recurso de su razon, y de abrazarlas como el único punto de

apoyo de su corazón. Por mas que se agite la mala fe, y se atormente para oscurecer su verdad, no puede ser un sueño del entendimiento humano, lo que supera á toda inteligencia, ni menos obra de la impostura, lo que nos causa tantos bienes. De esta manera, Vizconde, la Fe sostiene su divinidad con su propia fuerza, y con el solo carácter de su solidez y escelencia. Esta luz celestial desafía á toda la sagacidad de los filósofos para que espliquen, si pueden jamas, el fenómeno de su aparicion en la tierra y la maravillosa revolucion que ha producido en las costumbres del género humano, mientras que ellos cierran los ojos para no verla descender de lo alto, y se resistan á adorarla como salida de la inmensidad de los resplandores divinos. ¿Qué hace pues el impío cuando en el delirio de su

encono á quanto contrista y humilla su corrupcion, intenta el trastorno de una economía tan divina en sí misma y tan necesaria para la felicidad del mundo? ¿Qué hace sino publicar el desorden de su juicio y de su corazón, y provocar la indignacion de todas las almas honradas y sinceras, contra la puerilidad de las pasiones que le ciegan, y la bageza de los intereses que le alucinan?

## DISCURSO SEXTO.

*Division de los filósofos. Nulidad de los recursos que pretenden substituir á los de la Fe.*

*No hay unidad ni concierto en la enseñanza de los filósofos, me decis, Señor Vizconde, y por consiguiente no puede haber en ellos ni colision ni cáhala para desenfrenar el vicio, y destruir todos los principios. ¿Quién impide pues, que se forme un buen sistema tomando de los escritos filosóficos lo que contengan de mas sano, razonable y moderada? A todo hombre que ama la verdad debe detenerle la certidumbre de no hallarla jamas entre los que huyen de ella, y que no se distinguen entre sí sino en la forma de aborrecerla y comba-*

*tarla. En vano se busca la filosofía en donde no reside la verdad, y carecen de todo recurso de conocerla los que discurren á tan larga distancia los unos de los otros. Es un engaño el creer que por diferentes sendas no se pueda llegar á un mismo punto; la diversidad de medios no destruye la unidad de designio, antes bien confirma la perversidad que le dirige, porque es muy arduo caminar en tinieblas, y no tropezar. Precisamente esta oposicion entre los filósofos, es en mi concepto el carácter mas decisivo de la falsedad de su enseñanza, y como el estorbo mas funesto para que cundan y prosperen las ideas sistematicas. La marcha de la verdadera filosofía debe ser noble, harmoniosa, llena de vigor y de magestad; porque tiene por basa á la misma verdad la cual es eterna, y por decirlo*

así, el fondo, el carácter, y aun la realidad de la inteligencia infinita. Todo es uno en lo que procede del primer Ser, y en lo que subsiste sumiso á la sola direccion de su sabiduría; y si en la naturaleza nada se choca ni disuena, es porque el hombre no tiene en ella poder alguno; que el desorden no tiene jamas entrada, donde no se la prepara y franquea la miseria humana por sus pasiones y tinieblas.

Ocultóse una consideracion tan sencilla y natural á los filósofos, cuya prudencia se aplaude con tanto encarecimiento, y en su designio de substituir al Cristianismo principios agenos de su doctrina, ni aun han sabido imitar la unidad, concordia, y aquel carácter de verdad que la misma mentira ha porfiado tomar en todos los tiempos como única ga-

rantía de la impostura. Cúbrelos de ignominia su indiscrecion y malignidad; todos ellos aborrecian y desacreditaban á la Religion, y por desgracia no han estado de inteligencia para determinar lo que nos pondrian en las manos en lugar del Evangelio; unánimes en las operaciones para derribar la Fe, se han dividido puerilmente cuando han querido hacer hablar á esa razon que se proponian restablecer en sus derechos, y se han dispersado para ir cada uno por su parte á fabricarse sistemas superficiales, sin enlace ni consistencia; sistemas que no los vomitara peores el averno, que se destruyen por su contrariedad, oscuros hasta desesperar conseguir su genuina inteligencia, y que hasta ahora no han hecho verdaderamente feliz á ninguno de sus secuaces.

Tengo por muy exacta la parábola que oí en otro tiempo, y que ahora viene aquí como de molde: el reino de la Incredulidad, decían, es semejante á una horda de hombres incultos y barruecos, que no teniendo mansion fija, miran naturalmente con horror las habitaciones en que el resto de los hombres se guarece contra la inclemencia del aire. Aunque no pueden sufrirse unos á otros, desean con no menos afán, que todos los demas adopten sus costumbres y modo de vivir, y quisieran arruinar todos los edificios y quemar todas las ciudades, siguiendo la máxima de que el hombre debe huir de lo que le estrecha la vista, ó le circunscribe limites; pues así como todos los otros animales, está hecho para ser el habitante del universo, el poseedor de la naturaleza entera, y llamado co-

mo ellos, á dilatarse en la inmensidad del espacio. Uno de ellos acercóse cierto día á un ciudadano que se ocupaba en reparar las paredes de su domicilio; y le habló de esta suerte: « Hombre temerario! sabes bien « lo que haces cuando te encierras en « esa prisión, y te atreves á entregar- « te al sueño bajo esas masas espan- « tosas que á cada instante pueden « hundirse sobre tu cabeza? ¿Qué ha « impedido que tú y tus hijos fue- « rais un terrible egemplo de las des- « gracias que se reservan á los ciegos « esclavos de la preocupacion y de la « costumbre? Cuando hayais apurado « todas las medidas de la mas pruden- « te precaucion, para dar consisten- « cia á ese pérfido ensamblage, ¿quién « os responde de la estabilidad de un « equilibrio que puede destruir un « soplo? ¡Oh! alegre bóveda de los

« cielos ! no hay temor ni incerti-  
 « dumbre bajo tu azul rutilante ; y  
 « mientras que los insensatos se se-  
 « pultan en cavernas , en donde todo  
 « los inquieta y amenaza , nosotros  
 « gozamos sin sobresalto y á todas  
 « horas , de la riqueza y magnificen-  
 « cia de tu grande espectáculo.....”

No necesitó oír mas nuestro ciudada-  
 no , esta imagen le hizo tan fuerte im-  
 presion , que al instante mismo aban-  
 dona su trabajo , renuncia á la casa  
 de sus padres , y vuela á los campos  
 y desiertos. Ya va divagando por mon-  
 tañas escarpadas , y penetra por espe-  
 sas é intrincadas selvas , ó recorre  
 vastas y profundas soledades. Acó-  
 sale bien pronto la sed , y la hambre  
 cruel devora sus entrañas ; le vacilan  
 los pies , le falta la luz de los ojos ,  
 desfallece y cae , y su cuerpo tendi-  
 do al pie de un sauce , sirve de pasto

á las bestias salvages. Reconocen los  
 viageros que pasan los tristes despo-  
 jos de aquel miserable y esclaman:  
 Esa es sin duda una víctima de la ha-  
 bladuría é impostura de esos entes  
 vagabundos y malignos , que se dicen  
 los sabios de la tierra. Insensato !  
 ¿ Por qué no se atenia el menguado á  
 la esperiencia de sus parientes y sus  
 conciudadanos que habitan sin temor  
 ni recelo en viviendas construidas  
 con madera y piedras , y en las que él  
 mismo no ha visto jamas que les haya  
 sucedido desgracia alguna ? ¡ Oh qué  
 infeliz es el hombre cuando escucha  
 á los malos , y en pos de un egemplo  
 se deja llevar del falaz atractivo de la  
 singularidad !

Este Apólogo os presenta del me-  
 do mas claro y natural el carácter del  
 espíritu irreligioso. Los que menos  
 conocen la falsedad filosófica , y aun



los que se sienten bastante dispuestos á adoptar sus sentimientos y lenguaje, se ven precisados á convenir en que el menor de los males que puede causar á los hombres, es abolir toda certidumbre, y reducirle á dudar de todo. Por mas que se fatiguen esos estupendos doctores de la naturaleza y de la felicidad universal, en querer persuadirme su sistema; por mas que erijan cátedra, y declamen desde ella con tono magistral y arrogante; como antes no se pongan ellos de inteligencia y en perfecta armonía, me habré de retirar de su séquito y de su enseñanza, aunque me animen los mas vivos deseos de seguir sus huellas y de hacerme filósofo: porque en verdad ni puedo resolverme á pertenecer á todos los partidos, aun cuando fuera posible sostener este empeño, ni menos á

confiarme al *primero que llega*, brindándome con su nueva doctrina; necesito para decidirme, como hombre dotado de razón, ó la fuerza de la evidencia, ó de la autoridad. *Examinad*, dicen ellos, *y adherios á lo que os parezca mas conforme á la razón. Examinad!* Mas ¿pueden hacerlo esto todos los hombres, ó tienen toda la aptitud para estudiarlos y profundizar su inteligencia? ¿Quién pasa toda su vida en indagar el uso de aquellas verdades? Despues de prolijas y laboriosas especulaciones, ¿quién me responde de un feliz éxito; ó qué compensación puedo yo esperar de la filosofía, si me hallo en el último día de mi vida vacilando todavía en la incertidumbre de todas las cosas, y á la vista de una existencia esteril, cuando no criminal, reducido á morir con el remordimiento y la afren-

ta de haber sacrificado mis primeros deberes á unas ideas inquietas, sin haber llegado jamas á conocer la verdad ni hallar la sabiduría?

Un *Rousseau* de Ginebra, tan empeñado como cualquier otro *espíritu fuerte* en desacreditar el Cristianismo, habiendo frecuentado los filósofos con el anhelo de hallarlos francos y estimables, confiesa que ha estudiado y sondeado sus escritos con las disposiciones que les eran mas favorables, y que despues de este examen, se ha afrentado de que le reputasen por partidario suyo; y ha creído que si su orgullo estaba interesado en desechar la Fe, lo estaba aun mas en abnegar públicamente á los filósofos. Enamorado con extremo de la singularidad para ser cristiano como cualquier otro, era no menos delicado en elegir los medios de celebridad para

entrar en una cábala que se deshonoraba á si misma, y que preveía que estaba muy próxima á su abolicion y descrédito. A sus Gefes y á los ecos de estos, los pinta como ridiculos charlatanes *orgullosos, dogmáticos, petulantes, que lo saben todo, no prueban nada, y se burlan unos de otros: y este punto comun, dice, me ha parecido el único en que todos tienen razon.....* Bajo el arrogante pretesto de que ellos solo son ilustrados, ingenuos y de buena fe, nos someten imperiosamente á sus decisiones irrevocables, y pretenden darnos por verdaderos principios de las cosas, los ininteligibles sistemas que se han forjado en su imaginacion. En suma, trastornando, destruyendo y hollando ignominiosamente lo que respetan los hombres, privan á los que afligen las penas de esta vida, del

*último consuelo de su miseria; quitan á los poderosos y á los ricos el freno de sus pasiones; arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud, y aun blasonan de ser los bienhechores del género humano. La verdad, dicen, jamas es perjudicial á los hombres; yo lo creo así como ellos, y aun en mi opinion es esta una grande prueba de que lo que enseñan ellos no es la verdad<sup>1</sup>.*

La superioridad de este escritor le ha hecho desdeñar los manejos y supercherías, que ofendian y repugnaban á la nobleza de sus sentimientos y de su corazon; mas por eso se ha conducido mejor que los mismos de quienes nos previene *desconfiemos*, substituyendo tambien á

<sup>1</sup> Emílio.

todas nuestras certidumbres el abismo de un desastroso escepticismo mas oseuro que todos los misterios de la revelacion, contra la cual se declara con tanto ardor. Empero debemos colocarle en un lugar distinguido en su clase, porque este filósofo es virtuoso hasta en sus estravíos; arde en deseos de ver felices á los hombres, y este carácter le distingue esencialmente de la secta de que ha abjurado. La pasion de Rousseau es ser original, y producir una grande sensacion distinguiéndose de todos. Nacido con un genio el mas elevado y fecundo, la imaginacion mas rica y brillante, el entendimiento mas perspicaz, exacto y facil, temió no salir de la esfera de un hombre ordinario, si se empleaba en materias familiares y trilladas, y se fijó en la idea singular de atacar igualmente la

filosofía y el Evangelio. Hallando ocupados todos los asientos de honor en uno y otro lado, colocóse, por decirlo así, en la línea de separación para combatir á ambos; logrando así el secreto de decirlo todo de una manera superior y seductiva, y de publicar con ventaja las ideas en *pro* y en *contra* la verdad, que le sugería la fecundidad de una inteligencia ambidestra é inagotable. Probablemente le hubiese contado la Religión entre sus inmortales defensores, si hubiese presumido que podía eclipsar ú oscurecer la opulencia, elevación, energía y magnificencia de los escritos de un *Bossuet*. Parece que emulaba su espíritu y su lenguaje cuando dijo: « Confieso que la magestad de las Escrituras me asombra, y la santidad del Evangelio me habla al corazón. Los libros de los filó-

« sofos con todas sus galas, ¡ oh qué  
« mezquinos son comparados con a-  
« quel código divino! ¿Es posible por  
« ventura, que un libro tan sublime  
« y tan humilde al mismo tiempo, sea  
« obra de los hombres, ó que no sea  
« mas que hombre, aquel de quien  
« refiere la historia? ¿Es acaso este el  
« aspecto ni menos la conducta de  
« un visionario iluso, ó de un secta-  
« rio ambicioso?

« ¡Qué mansedumbre y qué pure-  
« za de costumbres! qué gracia tan  
« eficaz en sus instrucciones! qué  
« máximas tan elevadas! qué discursos tan profundos y tan sabios! qué presencia de ánimo! qué respuestas tan delicadas, tan exactas y oportunas! qué imperio sobre las pasiones! ¿En dónde está el hombre, en dónde está el sabio que sepa obrar, « padecer y morir sin flaqueza y sin

« ostentacion? Cuando Platon hace el  
 « retrato de su justo imaginario, cu-  
 « bierto de todos los oprobios que  
 « merece el vicio, siendo digno de  
 « todos los premios de la virtud, pin-  
 « ta á Jesucristo faccion por faccion,  
 « y la semejanza resalta de tal modo  
 « á los ojos, que le han reconocido to-  
 « dos los Padres, no siendo posible  
 « equivocarse en la aplicacion. Pero  
 « ¿cuán ciego, cuan preocupado es ne-  
 « cesario estar para llegar á compa-  
 « rar el hijo de Sofronisca al hijo de  
 « María? Cuánta distancia hay del  
 « uno al otro? Sócrates muriendo sin  
 « dolores y sin ignominia, pudo mo-  
 « rir como un Sócrates, y mostrarse  
 « magnánimo hasta el fin; y no obs-  
 « tante si una muerte tan pacífica no  
 « hubiera honrado y acreditado su vi-  
 « da, se dudaria aun, si Sócrates con  
 « todo su entendimiento y juicio, ha-

« bia pasado de ser un sofista. Sócra-  
 « tes me dirán inventó la ética; y yo  
 « digo que otros la habian practica-  
 « do antes que él la hubiese escrito;  
 « y no hizo otra cosa que decir lo  
 « que otros habian hecho, y poner  
 « en forma de lecciones sus egem-  
 « plos. Arístides habia sido justo, an-  
 « tes que Sócrates digese lo que era  
 « la justicia. Leónidas habia muerto  
 « por su patria, antes que Sócrates  
 « nos digese que nosotros debemos  
 « amar la nuestra. Esparta era sobria,  
 « antes que Sócrates alabase la so-  
 « briedad; y antes que él hubiese de-  
 « finido la virtud, abundaban en Gre-  
 « cia los hombres virtuosos. Pero ¿en  
 « dónde, ó en qué parte de Judea ha-  
 « bia aprendido Jesus una doctrina  
 « tan pura y tan encumbrada, de que  
 « él solo nos ha dado las lecciones  
 « y el ejemplo? Del seno del fanatis-

« mo mas furioso salió la voz de la  
 « mas alta sabiduría, y la sencillez  
 « de las virtudes mas heroicas honró  
 « al pueblo, y un pueblo como el ju-  
 « daico. La muerte de Sócrates fi-  
 « losofando sosegadamente con sus  
 « amigos, es la mas dulce que se pue-  
 « de desear; pero la de Jesus espi-  
 « rando en acerbos tormentos, inju-  
 « riado, escarnecido y maldecido de  
 « todo un pueblo, es la mas horroro-  
 « sa que se puede tener. Sócrates to-  
 « mando en la mano la bebida empon-  
 « zoñada, bendijo al que se la pre-  
 « sentaba llorando; Jesus puesto en  
 « un suplicio espantoso, ruega por  
 « los mismos verdugos que se encar-  
 « nizan ferozmente en atormentarle.  
 « Verdaderamente se puede decir que  
 « si la vida y la muerte de Sócrates,  
 « son la vida y la muerte propias de  
 « un sabio; la vida y la muerte de Je-

« sus; lo son de un Dios. ¿Diríamos  
 « por ventura que el Evangelio es una  
 « historia inventada por la imagina-  
 « cion? Historias tenemos de esta es-  
 « pecie, pero no son como esta, ni  
 « es así como se inventan; y los he-  
 « chos de Sócrates, de que nadie du-  
 « da, no son tan auténticos, ni sus  
 « testimonios tan irrefragables, como  
 « los de Jesucristo: y en suma, este  
 « efugio deja la dificultad en toda su  
 « fuerza, lejos de resolverla ni evadir-  
 « la; porque mas inconcebible seria  
 « el que muchos hombres de manco-  
 « mun hubieran compuesto este libro  
 « sacándole de su cabeza, que el que  
 « uno solo haya sido el héroe verda-  
 « dero de que habla. Jamas unos au-  
 « tores judíos hubieran acertado á to-  
 « mar este tono ni esta doctrina mo-  
 « ral; y está presentando el Evange-  
 « lio unas divisas de realidad tan cla-

«ras, tan propias y tan inimitables,  
«que si alguien le hubiera inventado,  
«seria en esta invencion mas admi-  
«rable que el héroe.»

Es imposible que un alma como la de Rousseau, no estuviese herida de la dignidad y riqueza del grande cuadro de la Fe en este sublime rasgo, que debe mirarse como un homenage que se le ha escapado á la conviccion íntima en que se hallaba de la escelencia y de la belleza de la Religion; mas por desgracia no le conocemos otro arrepentimiento semejante respeto á los filósofos. Volvamos ahora á nuestra idea principal.

Llenóse el mundo de pasmo, carísimo Vizconde mio, al ver erigirse repentinamente estos nuevos Apóstoles contra los del Cristianismo, y dirigiendo la palabra á todas las na-

eiones, hablarles de un sistema de felicidad pública, que solo podia levantarse entre las ruinas de la Religion, de su sacerdocio y de sus templos. Causaba todavía mayor asombro que de unos cerebros en que lo tenia todo en fermentacion el decantado amor de los hombres, solo salian ideas de destruccion y desorden; y no pudiéndose adivinar qué especie de felicidad prometia la filosofia entre tantos escombros, preguntábase inutilmente: *derribada la casa, ¿dónde reposará con seguridad la miserable familia?*

Al verlos fulminar con tanta saña contra el Evangelio, les han dicho: ¿qué haceis insensatos? No os precipiteis, y reflexionad que lo vais á echar á perder todo con vuestra prematura resolucion. Comenzáis vuestra obra por donde debierais aca-

barla; antes debierais darnos alguna cosa exacta, palpable, bien declarada; y atended á que los predicadores de la Fe han sido incomparablemente mas y mas diestros y prudentes en la conducta que han guardado en su empresa. Hallábase la idolatría sostenida por el poder de los Césares, y adoptada y estendida por todo el universo, y así antes de dirigirle los primeros golpes, sabian con mucha claridad lo que habian de ofrecer á los hombres para tranquilizarlos en medio de los disturbios y sobresaltos de tamaña revolucion, y para reemplazar los templos y los dioses, habiendo ya resuelto su esterminio; ó mejor diria, que la ruina de la idolatría y el establecimiento del Evangelio no son dos acontecimientos separados. No han dado principio á su mision los fundadores de la Fe por

desacreditar ni rebatir prematuramente el culto del paganismo; antes bien, al esparcirse entre las naciones, *han anunciado lo que habian visto con sus ojos y tocado con sus manos; han predicado la vida eterna que estaba en el seno del Padre, y que se habia manifestado en medio de ellos; y todos los ídolos cayeron por la sola fuerza del Cristianismo que se enseñaba y presentaba á los hombres.* Los libros, en que estan consignadas las obras y las predicaciones de Jesucristo y de los Apóstoles, tampoco contienen ni reprensiones humillantes á los idólatras, ni acerbas invectivas contra la idolatría: ciñense á la simple esposicion de la doctrina y del culto que se queria hacer adoptar al mundo. Mal conoce á los hombres, mi apreciado Vizconde, el que intenta comenzar por des-



pojarles aun de lo que les es nocivo, pero á que se hallan adheridos por una larga costumbre. Es mas sabio y tambien mas seguro, presentarles antes lo que realmente les es bueno y provechoso; y entonces se disipa todo el mal sin esfuerzo y por sí mismo, sin mas que ser incompatible su dominio con el bien verdadero.

Lejos de imitar tan prudente conducta, que produjo los maravillosos efectos que desde luego se experimentaron, han seguido un camino enteramente opuesto nuestros intrépidos reformadores, echando al suelo y hollando lo que hacia la esperanza de los hombres, sin ofrecerles en compensacion de un Evangelio adorado de toda la tierra, sino esas escandalosas producciones, en que todos los vicios ponen frente á la de-

cencia y á la verdad bajo la máscara de la razon, y en que se hallan registradas las doctas injurias con que esos grandes filósofos se disfaman los unos á los otros por espíritu de partido.

Cuando salió á luz por la vez primera el *Sistema de la Naturaleza*, habíase creído por lo mismo, que la secta habia en fin formado su *Biblia*, y reducido sus ideas á un cuerpo de doctrina. No se puede negar que este libro profundo es la interpretacion geométrica y luminosa de los planes de la *grande escuela*; y siendo igualmente cierto que en el mismo se prueba hasta la evidencia, que todos los sistemas moderados, como el ateísmo, deísmo y otros, son unas meras tergiversaciones y acechos de una filosofía que no ha tenido aun el valor de declararse con toda su energia;

sin embargo no han querido los gefes subalternos conceder los honores de una adopción jurídica á un escrito tan monstruoso y extravagante, que ha hecho respetar á su autor como el *corifeo de la secta*; perdiendo con esta medida de prudencia el mérito de ser una vez consiguientes y unánimes para que el público no les imputase también á ellos el crimen y oprobio de insultar al cielo y á la tierra. ¿Y qué ha resultado de tan imperdonables contradicciones y divergencias? Haberse descorrido el velo á la bageza y perversidad del ruinoso designio de la cábala, y que los menos perspicaces no ven ya en esos pretendidos dispensadores de las luces y de la felicidad, sino unos hombres á quienes devora la pasión de corromperlo todo y sacrificarlo á sus turbulentas ideas. Los mismos que habían em-

pezado á tomar algun interes por la prosperidad de tan asombrosa y benéfica filosofía, se han afrentado de su credulidad retractándose desde luego, justamente indignados del ceño y aspereza de un orgullo que hasta ahora no ha tenido egemplar. Hasta el siglo filosófico había guardado aquella pasión cierto decoro y comedimiento, y bajo esta modesta, pero falaz apariencia, no era á nuestros ojos absurda ni ridícula; y si bien aparecían algunos escritores inciviles é incultos que no se paraban en los límites de la decencia y del pudor, ni eran leídos con aprecio, ni menos eran mirados como filósofos.

Saben los hombres que las verdaderas luces, y el amor sincero de la verdad, no se adaptan con aquel tono tiránico y fastuoso que nadie puede tolerar; y así jamás depositan

su confianza en unos maestros á quienes dominan las pasiones , ó los ocupa con esceso su propia gloria. Debe presentarse superior á todo interes personal, el que por desgracia ha abrazado el empeño de engañar á los hombres , y aspira á que el mundo respete á los enemigos y perturbadores de su reposo; sin esta precaucion su delito no quedaria impune. Para dar crédito á los que se anuncian por los órganos de la verdad, se requiere que sean como ella simples y modestos. El honor de ser entre los hombres los instrumentos de la liberalidad divina, consiste en una firme resolucion de olvidarse á sí mismo , y de imitar á la Providencia en su manera de hacer bien á todas las criaturas. La Providencia nos asiste sin publicidad y sin estruendo , provee en silencio á las necesidades de quanto respira; en

su conducta todo es invisible, menos la vigilancia paternal con que nos cuida; en la oscuridad de las entrañas de la tierra oculta sus admirables dones. No oímos nunca la orden que prescribe á los astros de embellecer con exacta simetría el firmamento, y de iluminar nuestra habitacion; muévase todo sobre nuestras cabezas , y fermenta todo bajo nuestros pies , mientras que sepultados en el sueño no vemos nada de todos esos preparativos , de que somos nosotros el único obgeto. Diríase que se contenta el autor de la naturaleza con que el hombre se halle en posesion de todo , y que nuestra felicidad le es todavía mas de su agrado , y le es mas cara que el tributo de adoracion y de reconocimiento que le debemos.

Pero unas imágenes tan tiernas y

sublimes no producen ningun efecto, son enteramente exóticas y desconocidas á unos hombres, en cuyas intenciones y planes no se trasluce con claridad otra cosa, que la vil y absurda pasion de privar al hombre de su razon, cegar los entendimientos, y conspirarlos á la ruina de las costumbres y á la proscripcion irrevocable de toda autoridad que se declare contra la libertad é independencia de todos los vicios.

Ved ahí aquella filosofia *beatífica* que prometia tan milagrosas transformaciones, y que iba á ser el oráculo de los reyes, la antorcha de los pueblos, la gloria y el lazo de los imperios. ¿Y estrañareis ahora, Vizconde, el inevitable naufragio que la amenaza? Llevaba en su seno el principio de su destruccion; fastuosa y envanecida en sus promesas, ab-

soluta en sus pretensiones, y despedazada por los cismas y contiendas sin fin de sus inventores, caminaba á su destino de desplomarse sobre sí misma, como todas las demas obras de la iniquidad y de la mentira. Usando del language de moderacion, que nos dicta la justicia debida á esta secta, decimos que ha tenido tan poco acierto en la eleccion y empleo de los medios y de sus secuaces y sostenedores, como depravada intencion en su obgeto; y que á mas de la perversidad intrinseca de su desig- nio, carece su enseñanza de la uni- dad y harmonía, sin la cual la mis- ma verdad no podria esperar ser ad- mitida y estimada de los hombres; y que finalmente en un proyecto como el suyo, que jamas se ha concebido otro mas vasto, difícil y aun temera- rio, no ha sabido conducirle con de-

licadeza, sagacidad y prudencia á su desenlace y terminacion; de suerte que la prueba mas sensible de su falsedad é impostura es su propia ensenanza, lo es ella misma.

¿Con qué aspecto que previniera y captara los ánimos en su favor, han convidado estos filósofos á todos los pueblos de la tierra á que los escuchasen, y á que les diesen la preferencia sobre los escritores de la Religion? Considerándolos á estos como unos meros agentes de un negocio humano, ciertamente han empleado mas sabiduría y mas ingenio en la direccion de los trabajos, y en la combinacion de las piezas de su obra, precaviendo con una lejana prevision los estorbos que verosimilmente pudieran retrasar la empresa, comprometer su seguridad, ó bien ofender la delicadeza de los hombres

de bien. ¡Qué concierto en su doctrina! qué conformidad en sus narraciones! qué orden, qué enlace en los hechos! qué sucesion en las escenas! qué fuerza y elevacion en las ideas! y sobre todo qué superioridad sobre sí mismos, y sobre las sugestiones del amor propio, y del interes personal! Para disputarse el lugar en la estimacion de los hombres, y suplantarse los unos á los otros, tenian estos en su favor una facilidad que de ordinario falta á nuestros filósofos, los cuales no dejan de aprovecharla siempre que se les presenta. La distancia de los lugares y de las edades abria puerta franca á los usurpadores de la emulacion, hallándose separados por intervalos de siglos los tiempos de Moises, de Josué, de los Jueces y de los Reyes. Pero entre tantas revoluciones y acontecimientos la con-

cordia de los escritores sagrados subsiste inalterable: todos retroceden hasta Moises, como al primer depositario de los divinos oráculos, y el Gefe comun de toda la doctrina; y ninguno de ellos intenta disputarle este carácter, ni erigirse en legislador del pueblo. La historia de los Jueces se funda en la de Moises; la de los Reyes supone la de los Jueces: y basta solamente leer el libro de los Salmos, dice Bosuet, en donde se hallan recopilados tantos cánticos antiguos del pueblo de Dios, para ver en la mas divina poesía, inmortales monumentos de los unos y de los otros.

Y por lo que mira al nuevo Testamento, las solas Epistolas de San Pablo, tan enérgicas, tan originales, tan acomodadas al tiempo, á las acciones, y á los sucesos de entonces, y de un carácter tan distinguido.....

bastarian para convencer á un buen entendimiento, que todo es sincero en los escritos que nos han dejado los Apóstoles. Por eso se afianzan todas ellas mutuamente con una fuerza invencible. Los hechos de los Apóstoles no hacen sino continuar el Evangelio; sus Epistolas le suponen precisamente. Para que todo en fin guarde una reciproca y cabal harmonia, las Epistolas y los Evangelios se refieren en todo á los antiguos libros de los judios. San Pablo y los demas Apóstoles no cesan de alegar lo que Moises ha dicho y escrito, y lo que han dicho y escrito los Profetas despues de Moises. Jesucristo aduce en testimonio la ley de Moises, los Profetas, y los Salmos, como testigos que deponen todos la misma verdad. Si se pone á explicar sus misterios, principia por

Moises , y por los Profetas ; y cuando dice que Moises ha escrito de él, toma por fundamento lo mas constante que se halla en ellos, y envia á los judíos , con quienes hablaba , á la misma fuente de sus tradiciones..... tambien se unen y enlazan todos los tiempos , y se nos revela el designio eterno de la divina Providencia , por la tradicion del pueblo judaico y cristiano , que ambos forman una misma serie y sucesion de Religion..... El uno dispone á la perfeccion que el otro muestra con claridad ; el primero sienta los fundamentos , y el segundo remata el edificio ; aquel predice lo que este deja cumplido..... y las Escrituras de los Testamentos no componen sino un solo cuerpo y un mismo libro.

¡ Qué consuelo para los hijos de Dios ! Pero qué inespugnable prueba

de la verdad ! Cuando ellos ven que desde el Pontífice que al presente ocupa la primera silla de la Iglesia, se retrocede sin interrupcion hasta San Pedro, principe de los Apóstoles ; desde el cual empezando á contar los pontífices que han servido bajo de la ley, se continúa hasta Aaron y Moises , y desde allí hasta los Patriarcas y hasta el origen del mundo. Qué serie ! qué tradicion ! y qué sucesion tan maravillosa !

Quien no descubre aquí un designio constantemente sostenido y siempre continuado ; quien no ve un mismo orden en los consejos de Dios , que desde el principio del mundo dispone lo que perfecciona en el fin de los tiempos ; y que por diversos estados, pero con una sucesion siempre constante , perpetúa á vista de todo el universo la santa sociedad en que

*quiere ser servido , merece no ver nada , y que Dios le abandone á su propio endurecimiento , como al mas justo y riguroso de todos los suplicios<sup>1</sup>.*

Preciso es que confesemos , que ante un espectáculo tan lleno de sabiduría y de grandeza , desmerece mucho y decae prodigiosamente toda la magestad filosófica ; y suponiendo que realmente nos hubieran engañado los maestros de la Religion , deberíamos por lo menos hacer justicia á la profunda y maravillosa política con que han procedido , conviniendo en que no era posible que el mundo evitase un lazo preparado con tal acierto. Proponiéndonos como una economía divina este grande sis-

<sup>1</sup> Discurso sobre la historia universal, parte segunda.

tema , en que se manifiesta el carácter de tan alta sabiduría , bien podian desafiar al universo entero á que concibiese y asignase su origen en ninguna sociedad secreta , en ninguna pasion , en ningun interes , en ninguna preocupacion , en ninguno de los manantiales de nuestros errores , ni aun en la capacidad de ninguna inteligencia humana , y al mismo tiempo nos han obligado á remontarnos hasta el seno de la inteligencia suprema , para explicar un efecto tan superior á toda la industria de los hombres , y para descubrir la causa de un designio tan vasto , de unas miras tan universales , y unas ideas tan extraordinarias.

Veis de que manera tan nueva y maravillosa , bajo el pincel de aquellos hombres tan únicos en sus pensamientos y conducta , la Religion.



que es eterna, y que residia en el seno de la gloria de Dios *antes de la aurora*, desciende en el principio de los tiempos desde lo alto de la inmensidad divina, y viene á habitar en *Adan*, como en su primer templo, y á esplicarle el origen y destino de todo lo que de él habia de salir. Veis como una fuerza invisible la hace sobrenadar con dignidad en medio de las pasiones y de los desórdenes de la tierra: ¡ con que sabia y magestuosa lentitud se adelanta al traves de todos los siglos y acontecimientos humanos hácia el *mas antiguo de los dias* de donde ha salido, y al cual debe reunirse para siempre con todo lo que habrá vivificado y consagrado durante su reinado entre los hijos de los hombres. Veis por que admirables gradaciones se desprende insensiblemente del ve-

lo sagrado y misterioso que la encubre; y cómo en la *plenitud de los tiempos* se desenvuelve en su mayor claridad y en todo el esplendor de su magnificencia; y en el cumplimiento del profundo misterio de un Dios *manifestado en nuestra carne*, subsiste visible en medio del universo, en donde se incorpora á todo el género humano, pone al infinito en nuestra flaqueza y deifica toda la naturaleza; de suerte que este gran Dios, que no ha podido interrumpir su eterno silencio, ni salir de sí mismo, sino para ser conocido y glorificado por defuera, como desde toda la eternidad lo habia sido dentro de su propia gloria, contempla sobre la tierra, y en el corazon de sus criaturas, la repeticion total de su eterno egercicio, y la entera correspondencia del homenaje infinito que se rinde á sí

mismo en el abismo de su resplandor. Porque todos los hijos de la alianza contraen la escelencia y la dignidad infinita del *Cristo, Hijo del Dios vivo*; no pudiendo separarse la gloria del Gefe vencedor de las pasiones, del mundo y de la muerte, del destino que está reservado para todos sus miembros. Vense ya salir todos del polvo, romper sus sepulcros, elevarse hasta lo mas alto de los cielos, y entrar con el *Cordeiro*, que los ha rescatado en su sangre, reunidos de toda tribu, y sacados de una grande tribulacion, en aquel imperio incorruptible de la eternidad, de que todos los otros no han sido sino la preparacion y la figura, y que es la consumacion de los consejos de Dios, la plenitud y *el fin de todas las cosas*. Qué imagen! ¿Cómo hubiera podido el mundo resis-

tirse á la fuerza y á la riqueza de espectáculo tan maravilloso?

¡Oh mi amado Vizconde! No, no tengo rubor de rendirme como todos mis antepasados al hechizo de semejante artificio, ni de escuchar la voz de estos impostores. Si la perspectiva que me presentan es un error, este error es muy precioso para mi felicidad, y sumamente caro á mi corazon. Solo con ello siento que mi vida no es un sueño, que mis dias tienen realidad, mi entendimiento se engrandece, mis pensamientos se desenvuelven, dilátase mi razon, y toda mi alma se pone en su lugar; y cuando menos, no me veré confundido por haber seguido servilmente á unos hombres sin principios, sin gravedad y sin carácter. Todas mis potencias renacen, por decirlo así, y reciben un vigor todo celestial bajo

estos pabellones sagrados y augustos, en donde todo está lleno de Dios, y aun se diría que allí se le siente y se oye. Por mas que los clamores de los frívolos y áridos *indagadores del siglo* intenten ahogar la voz magestosa de mis antiguos fundadores, y desacreditar los caracteres venerables de su autoridad, imperturbable siempre en mi firme propósito, no deploraré ciertamente mi ceguedad en el último dia de mi vida, ni abjuraré mi error, para morir en los brazos y en la Fe de esa benéfica y milagrosa filosofía.

## DISCURSO SÉPTIMO.

*Continuacion del antecedente.*

Vuelvo á hablaros, mi querido Vizconde, de la esterilidad y estrema pobreza de los recursos filosóficos; y con este motivo me acuerdo oportunamente de una especie de historia que os pondrá de manifiesto este atributo de la Incredulidad <sup>1</sup>.

1 Confieso de antemano, Lector mio, que he sido algo prolijo en este discurso, llevado del deseo de hacer sensible una verdad que nunca se meditará bastante; á saber, que el poder de todos los sistemas humanos se anoda y desaparece ante la imagen de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, y que únicamente la Religion halla en la inmensidad de sus auxilios, cómo hacernos infinitamente precioso y dulce lo que la

estos pabellones sagrados y augustos, en donde todo está lleno de Dios, y aun se diría que allí se le siente y se oye. Por mas que los clamores de los frívolos y áridos *indagadores del siglo* intenten ahogar la voz magestuosa de mis antiguos fundadores, y desacreditar los caracteres venerables de su autoridad, imperturbable siempre en mi firme propósito, no deploraré ciertamente mi ceguedad en el último dia de mi vida, ni abjuraré mi error, para morir en los brazos y en la Fe de esa benéfica y milagrosa filosofía.

## DISCURSO SÉPTIMO.

*Continuacion del antecedente.*

Vuelvo á hablaros, mi querido Vizconde, de la esterilidad y estrema pobreza de los recursos filosóficos; y con este motivo me acuerdo oportunamente de una especie de historia que os pondrá de manifiesto este atributo de la Incredulidad <sup>1</sup>.

1 Confieso de antemano, Lector mio, que he sido algo prolijo en este discurso, llevado del deseo de hacer sensible una verdad que nunca se meditará bastante; á saber, que el poder de todos los sistemas humanos se anoda y desaparece ante la imagen de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, y que únicamente la Religion halla en la inmensidad de sus ausilios, cómo hacernos infinitamente precioso y dulce lo que la

Un joven literato de grande talento, y que en su provincia habia tenido siempre Religion, vino á Paris, como se acostumbra. A los pocos dias que habia llegado advirtió, que para dar una buena idea de sí á sus *nuevos conocidos*, era absolutamente necesario que filosofase, y desde luego se esmeró en filosofar. Mas su *alma naturalmente cristiana*, le tenia en continua desazon é inquietud despues de aquel repentino abandono de todos los deberes del Cristianismo. Es una cosa bien estraña, de-

condicion humana nos impone de mas acerbó y doloroso al corazon y á la naturaleza. Nos importa mucho desenvolver esta proposicion examinándola por todos sus aspectos, y los verdaderos amigos de los desgraciados conocerán con cuanta razon no he sido sucinto en las circunstancias y en los ejemplos.

cia, que para llamar la atencion, y merecer el aprecio de los árbitros de la gloria, no sé requiera ya ni Dios ni creencia ni Iglesia. Reflexionando sobre esta materia *Filemon*, este era el nombre del literato, se presenta al *Venerable* de la Logia, *Dionisio*, famoso Diseñador de la *Ciencia universal*, antiguo metafísico, autor apocalíptico de muchos comentarios sobre la *Naturaleza* y sobre la *Moral*. — Señor, dicele Filemon, atraído del honor de disfrutar con todos vuestros discípulos del título de *Educando* del mayor de todos los filósofos, he renunciado como ellos de Dios y del Evangelio; mas no debo ocultaros que necesito me alienten en mi resolucion; por mas que me violenté, repugna mi corazon tomar la disposicion filosófica, y si vos no me sostenéis con vuestras luces y consejos,

volveré á caer infaliblemente en mi antigua supersticion. Grande hombre, dignaos examinar lo que en mi alma combate al deseo de vivir y morir filósofo. Amo apasionadamente la verdad, y adoro la virtud; os lo diré francamente: lo que me hace tan penosa mi renuncia de la Religion, y lo que á pesar mio me impele hácia ella, es la esperiencia propia de su fecundidad y eficacia para satisfacer llenamente esta doble necesidad de mi entendimiento y de mi corazón, que solamente ella entienda en una acepcion digna, y en una suerte de inmensidad la sublime palabra de *Verdad*, y haga concebir una alta idea y adapte una existencia real y un valor fijo al nombre sagrado y augusto de la *Virtud*; sin ella todo se desvanece para mí, y solo veo delante fantasmas y quimeras. — Hijo mio, dijo el anciano, no

hay preocupaciones tan absurdas de que no cueste mucho desprenderse, cuando se ha tenido la desgracia de educarse en ellas. Lo que encadena á los hombres á este Coloso religioso, que tanto he deseado ver derribado, es que entregándose con fiadamente desde sus primeros años á la ignorancia y fraudes de los sacerdotes, *no se han conocido jamas á si mismos, ni han tenido ideas exactas de la moral* <sup>1</sup>. Dos manantiales terribles de todos los males de la tierra, de que han dimanado la tiranía, la supersticion, el fanatismo, la prepotencia del Clero, la nulidad de los filósofos. — Luego sería feliz el hombre, si tuviera de sí mismo el conocimiento que se ofrecen á darle los filósofos: ¿y vos creéis que todo iría mejor en la sociedad,

<sup>1</sup> Del hombre y de sus facultades.

si se hubiesen conservado *aquellas ideas exactas de la moral* que borró la enseñanza religiosa? Permittedme pues que primero os pregunte lo que haceis del hombre: ¿á qué le destinais? de dónde viene? en qué ha de venir á parar?— Amigo, nada hay de real ni de efectivo en el hombre, fuera de lo que en él vemos: *Es un animal, dicen, racional; pero ciertamente sensible, debil y propio para multiplicarse* <sup>1</sup>. De dónde viene? del mismo *principio de energia*, que formó el fósil que sacais de las entrañas de la tierra. ¿En qué vendrá á terminar? En lo mismo que todos los seres; se disolverá como ellos, y *la dispersion irrevocable de los elementos que componen su cuerpo* será su último y eterno estado. Preguntar á

<sup>1</sup> En la misma obra.

donde va á parar este principio del pensamiento que se llama *alma*, es tan grande necesidad, como buscar á donde ha ido á alojarse el *flogistico de un pedazo de hierro* que el tiempo y el hollin han destruido. Haced que vuestra sensibilidad sirva para vuestro deleite; sostened vuestra debilidad con cuanto os rodea, y perpetuad vuestra existencia en otros vos mismos: esta es la vocacion del hombre; todo lo demas no es sino extravagancia y mentira.

Estos principios, Señor, repuso Filemon, pueden ser admirables, pero entiendo que me falta á mí mucho camino que andar antes que guste de ellos con sinceridad. Y sino decidme ¿de qué manera alcanzais que podrá ser feliz el que penetrado bien de su espíritu los tome por **norma** de sus costumbres? y un miserable, por

egemplo , que nada tiene que esperar en la tierra de parte de los hombres ni de la fortuna , ¿ se hallará mejor de mirarse como la victima eventual de una fatalidad inevitable , y de que un nada eterno termine todas sus penas ; ó bien de escuchar á su Pastor, que le dice , que nada sucede por acaso , y que una felicidad eterna compensará al desgraciado en una otra vida , de las privaciones y amarguras que sufra en esta ? Yo me considero en el lugar de aquel desventurado que no tiene otra esperanza en la tierra que en los músculos de sus brazos , que come y reparte todos los dias á su triste é inocente familia un pan grosero , y bañado en sudor y lágrimas ; y en semejante situacion no veo que un filósofo pueda darme mucho consuelo con venir á decirme, que no media diferencia alguna entre

yo , y aquel animal destinado á arrastrar penosamente la reja del arado que surca la tierra. Paréceme muy al contrario , que la idea de un Dios, que ve todo lo que pasa , y que tiene miras de la mas alta consecuencia en la distribucion de los bienes y males de la vida , es absolutamente necesaria á la porcion que sufre de la humanidad , la cual en este mundo no tiene sino su esperanza y su Religion para respirar de sus penas. No , yo no puedo creer que un ministro del Evangelio sea el enemigo de sus conciudadanos , cuando dice á una grey de desventurados y pobres que en torno se reunen, que Dios cuida de ellos ; que todos sus suspiros estan escritos en el libro inmortal ; que los ama en extremo ; que los reyes sobre los tronos no son á sus ojos criaturas mas escelentes , que el mas pequeño



de los que colocan en él su confianza; que hasta *sus cabellos estan contados*, y sus menores sacrificios grabados en las columnas de la *ciudad incorruptible*, en donde vivirán eternamente; que gemir y llorar aquí bajo, es el sello glorioso y augusto de la predileccion divina, y que en el último dia oscurecerá todas las grandezas de la tierra el resplandor que cercará al humilde discípulo de la cruz y de la paciencia. ¿Por qué razon la filosofia no ha de dejar al pobre pueblo este único sustentáculo en su miseria? Llega á su colmo el infortunio, cuando nos fuerza á aborrecer nuestro estado, maldecir á los que son mas dichosos, y á sufrir sin esperanza. Facil cosa es pasar sin Religion, y no creer en la otra vida, cuando uno se halla bien en esta; pero el sentimiento de las penas y de

las necesidades, ¡cuan precioso nos presenta un Evangelio, que nos promete descanso y gozo mas allá de nuestro sepulcro! Cuando todavía no necesitaba ser filósofo asistia con frecuencia al templo, y no pocas veces me ha enternecido la viva impresion que producía en una multitud de desgraciados, aquel patético aparato del ministerio evangélico. Abriéndose á las esperanzas de la Fe aquellas almas ingenuas y sensibles, mostraban reconocer su único asilo, y que se encontraban, por decirlo así, en su verdadero elemento. Todo hablaba en ellos de la grata revolucion que producian en sus corazones el pensamiento y la esperanza de una mejor vida. ¡Qué atencion! qué compostura! qué miradas! qué suspiros! qué deliciosas lágrimas! ¡Y cual me parecia entonces la Fe una antor-

cha augusta y adorable! ¡Y qué filósofo, aun naturalmente insensible, no se interesaría con emoción en la prontitud, alegría y religión pura y candorosa, con que aquel buen pueblo interrumpiendo sus labores, y olvidando todas sus atenciones y cuidados domésticos, vuela al templo, para llenarse de su Dios, su único bien, y cantar allí sus eternas misericordias!

Con impaciencia estuvo escuchando Dionisio estas reflexiones, cuya sabiduría no dejaba de perturbarle; y arrugando las cejas, con el ademán del desprecio, le dijo con amarga sonrisa: Veis ahí, mi pobre Filemon, unas *espiritualidades* que hieren con vehemencia, mas por desgracia únicamente prueban la extrema necesidad en que se halla vuestra razón de sacudir el yugo de las preocupa-

ciones. Me hablais de *la porción de la humanidad que sufre*; y en lugar de retroceder al origen de los males que afligen á los hombres, os deteneis frivolamente en indicar su alivio en el mismo veneno que los ha causado. ¿Y no veis que es la Religión la que se opone á la felicidad general? ¿qué no habría desventurados que consolar, si se proscribieran de la tierra el Evangelio y los sacerdotes, y se dejara obrar á los filósofos?— Ah! yo no lo veo así de ninguna manera, si no teneis paciencia para hacérmelo comprender bien.— Oh Filemon! recogeos profundamente en vuestro interior, y seguid con atención la serie de las grandes cosas que voy á deciros. Una luz enteramente nueva va á brillar en el fondo de vuestra alma, y sereis un filósofo sublime si teneis con que serlo. Este

es desde luego un principio de una verdad, de una fecundidad y riqueza, que le venero como el centro de todos los bienes, y el padre de la felicidad pública; á saber, que *la sensibilidad física es la causa única de nuestras acciones, de nuestros pensamientos, de nuestras pasiones y de nuestra sociabilidad*<sup>1</sup>. Desengañaos radicalmente del error en que por desgracia caen casi todos los hombres, y que es la fuente mas universal de las miserias de este mundo; este error consiste en creer, que en el hombre *la facultad de juzgar es distinta de la facultad de sentir*. ¿De cuantas calamidades públicas y privadas se hubiera preservado al género humano, si en todas las épocas se hubiesen convencido sus legisladores, de que *en el hombre todo es sensación*, y que á ella deben referirse

*todos sus juicios*, sin exceptuar ninguno, aun de *los que resultan de la comparacion de las ideas abstractas, colectivas &c.*<sup>2</sup> No hay que esperar felicidad sobre la tierra, sino tiene por basa la garantía de una legislación sencilla, sabia y uniforme, ni leyes adecuadas al verdadero carácter de los hombres, si proceden de otro origen que de la filosofía, á *la cual sola compete elevarse hasta el principio simple y productivo de las pasiones, no menos que de las facultades intelectuales; aquel principio que le revela el grado de perfeccion á que pueden llevarse las leyes, de cuya sabiduría dependen únicamente las virtudes y la felicidad de un pueblo*<sup>3</sup>. Por entre estas ideas santas y puras, que apenas os muestro de una manera general, ¿no columbrais, hijo mio, la risueña imagen de un

mundo franco, libre, virtuoso y feliz? Si en ellas no percibis ya los primeros *lineamentos* de la felicidad universal, desespéro poder jamas hacer de vos un verdadero filósofo.

Escuchaba Filemon sin replicar, bien que no podia concebir ninguna conformidad entre toda esta fúnebre metafísica y la regeneracion de un universo en que ya no hubiera desgraciados; y advirtiendo Dionisio su extrañeza y embarazo: joven, prosiguió, vuestra falta de reflexion y de esperiencia no os ha permitido hasta ahora observar dos cosas, que no por eso dejan de ser muy palpables; la primera es que la imperfección, la oscuridad y la complicacion de las leyes han causado todos los vicios que alteran mas y mas la constitucion social, y mantienen esas desproporciones y desigualdades que estreme-

cen á la naturaleza: la segunda es que las ideas religiosas con que el fraude de los sacerdotes ha *atestado* todos los espíritus, han borrado el divino principio *de la sensibilidad física*, el cual solo puede servir de fundamento y guia á una legislacion clara, simple y perfecta. — Pero y la moral..... Ah! amigo, no pudiendo ser el hombre bueno ó malo, sino conforme á la direccion que toma ó recibe la *sensibilidad física*, que es en él el único resorte de todos sus pensamientos, de todos sus hábitos, de toda su actividad, ¿no es evidente que *las ciencias de la Moral, de la Política y de la Legislacion son una misma y única ciencia?* ¿Quiénes deben ser pues los verdaderos doctores de la Moral? Los sacerdotes? Ciertamente que no: ¡el cielo nos libre de ese azote ó plaga del

bienhadado principio de la *sensibilidad física!* Pero los magistrados.— Todos los magistrados no son propios para comprender toda la profundidad y todas las emanaciones del grande principio.— Se pondrán, hijo mio, bajo la conducta de los filósofos, á quienes toca en efecto *penetrar mas y mas en el abismo del corazon humano para sondear todos los principios de sus movimientos. Y al ministro le corresponde someterse á sus luces, y aprovechándose de sus descubrimientos, hacer una acertada aplicacion segun los tiempos, los lugares y las circunstancias.* <sup>5</sup> El ministro, á la verdad, *conoce mas individualmente los negocios que el filósofo, pero este puede estudiar mas despacio el corazon humano. Uno y otro estan destinados á ilustrarse mutuamente cada uno en su género de*

*estudio.* — Pero, Señor Dionisio, los hombres, aun los mas sabios, no estan exentos de algo de ambicion; y si el ministro necesita un filósofo, y en reconocimiento de las instrucciones que recibe *acerca del abismo del corazon humano*, le ilumina por su parte en la *dependencia* de ciertos asuntos, quedaba entonces demostrada tanto la inutilidad del ministro, como la del sacerdote para el bien público; y este hombre que tan solo deseaba auxiliarse de las luces del talento, quedaria tambien desechado, como que no entendia tampoco *la sensibilidad física*, ni por consiguiente la manera de hacer felices á los hombres.— Hijo mio, no me ofenderé de este chiste....— Oh! no señor, jamas usaré yo de semejante libertad con una persona de vuestro carácter. Es una observacion.....—

Amigo, feliz aquel imperio en que ese filósofo, si era como conviene, suplantaba al que se hallara al frente de los negocios públicos sin penetración para comprender verdades tan altas, ó bien sin docilidad para dejarse conducir. — Convendría mas en mi dictamen reducir todas esas asociaciones á colocar en el trono al filósofo que se reconociera mas versado en la doctrina de la sensibilidad física. ¡Oh y cuanto deseo poder ver en mi vida una nacion educada y gobernada por el principio de *la sensibilidad física!* — Hijo mio, el divino Platon habia formado el mismo voto, *columbrando sin duda esta verdad, cuando decia: «Las ciudades y los* «que las habitan quedarán libres de « todos sus males en aquel momento, en que la filosofia y el poder «reunidos en una misma persona,

«harán que la virtud triunfe del «vicio 6.» Dichas estas palabras se despidió Filemon, espresando su gratitud al filósofo con fina urbanidad.

Qué hombre! decia á sí mismo cuando se volvía; le pido que me explique llanamente de qué manera va unida á la filosofia la felicidad de los hombres, y me precipita en un dedalo de racionios fútiles é insubsistentes, estraviándome á perder de vista en todo el embolismo de la mas árida y escabrosa dialéctica! Por qué he de ser filósofo? Qué principio, Dios mio! ¡Y de esa metafisica soporífera pretenden que ha de salir la ventura de todo el género humano!

Yendo su camino encuentra un eclesiástico que llevaba á un mori-

bundo los últimos ausilios de la Religión, y por un movimiento involuntario se postra en el suelo. Embebido entonces en una profunda meditación, y agitado por una sensación de melancolía: Oh Religión adorable! prerumpía en su interior, tu grande triunfo consiste en que eres necesaria al hombre que muere, y el único *sistema* que nos consuela, aun cuando todo se hunde y se desvanece en torno de nosotros, burlados en las halagüeñas esperanzas con que nos lisonjaba y detenía en nuestros devaneos su falaz atractivo. Enagenado con este pensamiento se levanta y se incorpora con los que acompañaban al sacerdote, síguete hasta en el aposento del enfermo, que se le veía horriblemente perturbado al acercarse su última hora. Oh Dionisio, Dionisio! exclamaba al mirar aquel triste es-

pectáculo, ¿qué pueden aquí todas las ideas de legislación y de *sensibilidad física*? Qué dirías á ese hombre, que no sabe de qué valerse para tranquilizarse contra los terrores que le cercan? «Insecto de este globo! bastante has arrastrado: sufre el destino de todos los seres; perdona á la naturaleza, y muere.» Veis los últimos consuelos de la filosofía.

Todas las circunstancias parecían haberse combinado para Filemon; el moribundo habia vivido en la Incrudulidad, sin recato ninguno; muy pocos momentos que habia cedido á las instancias de su párioco y las sollicitaciones de algunos amigos virtuosos, que conservaba entre los innumerables tan malos como él, que entonces llenaban el aposento. El ministro de la Religión, antes de em-

pezar la sagrada ceremonia , se acerca al enfermo , y con el acento de los sentimientos que deseaba inspirarle, le dirige estas palabras :

« La Religion , Señor , trayéndoos  
 « al lecho del dolor la prenda adora-  
 « ble de la verdad de sus promesas,  
 « no desea inspiraros otro sentimien-  
 « to que la dulce y pura alegría de  
 « una alma restituida al seno de la  
 « virtud. Recogeos con una tierna y  
 « total confianza bajo la vigilancia  
 « misericordiosa de aquel gran Dios,  
 « que lo es todo, que lo llena todo,  
 « y que solo en medio de las vicisitu-  
 « des de aquí bajo”..... Interrúm-  
 pele con sobresalto una mirada, en  
 que ardia la desesperacion del des-  
 venturado que tragan las olas del  
 mar, y sus ojos despavoridos vagan  
 con increíble rapidez , y fijándose in-  
 móviles, hielan de espanto á los espec-

tadores ; queda absorto el sacerdote  
 sin poder pronunciar una palabra , y  
 el moribundo rompe en fin aquel ter-  
 rible silencio : « La iniquidad del  
 « impío es indeleble ; no hay que ha-  
 « blarle de esperanza. Mi crimen ha  
 « penetrado hasta lo interior de mis  
 « huesos , le siento correr con mi san-  
 « gre en las venas , y ya no se le pue-  
 « de separar de mi propia substancia.  
 « La augusta presencia de ese tierno  
 « y terrible misterio en esta morada,  
 « en que tantas veces fue blasfema-  
 « do , aumenta el horror del recuerdo  
 « de mi vida. Volvedle al templo , Se-  
 « ñor , que mi corazon le repele , y lo  
 « que es tan santo , no debe residir  
 « sino en unos asilos inocentes y pu-  
 « ros..... Oh pérfida filosofía ! aquí  
 « tienes tu obra..... Los miserables !  
 « todavía en esta hora..... Ah ! ¿ no  
 « bastaban mis propios horrores , sin



« que ellos los aumentasen con sus es-  
 « pantosos consejos? Salid de este  
 « lugar, emisarios del infierno, vues-  
 « tro aliento acibara mis últimos mo-  
 « mentos; id á gozar en vuestros con-  
 « ventículos tenebrosos de este bár-  
 « baro triunfo; cumpliósese el voto de  
 « vuestra perversidad; he vivido sin  
 « sabiduría, y muero sin esperanza.”

— Cruel reflexion! Entonces un to-  
 rrente de lágrimas inundó su rostro  
 pálido y amoratado, y aprovechando  
 el ministro este momento de enter-  
 necimiento para reducirle á pensa-  
 mientos de consuelo, y mas dignos  
 de la dulzura de la Religion, le habló  
 de aquel grande *misterio de ternura*  
*manifestado en nuestra carne*, de  
 aquel secreto profundo y maravilloso  
 de la sabiduría y bondad divina para  
 hacernos posible hasta el último sus-  
 piro nuestra reconciliación con el

cielo y la virtud, y para imponerse  
 en cierta manera á sí misma la nece-  
 sidad de no apartar jamas de sí, lo  
 que al espirar ha de trasladarse á su  
 seno. « ¿No sabeis vos?” proseguia,  
 mostrándole la señal augusta de la sa-  
 lud del mundo, « que todas las espia-  
 « ciones de esta grande víctima, que  
 « todas las lágrimas que ha vertido,  
 « que toda la sangre que ha derrama-  
 « do, que todo el peso infinito de la  
 « satisfaccion que ha ofrecido por to-  
 « dos los crímenes de la tierra, os per-  
 « tenecen, son tambien vuestros? Y  
 « que podeis desafiar al cielo y á la  
 « tierra á que hagan vacilar esta espe-  
 « ranza, que sostiene aquella misma  
 » fuerza que crió el uno y la otra.  
 « Entended pues que en la Religion  
 « todo nos habla de perdon y de mi-  
 « sericordia; y que en ella es de tan-  
 « to precio y valia un suspiro del co-

«razon , que en un instante admite y  
 «reune al enemigo mas irreconcilia-  
 «ble de la verdad y de la sabiduría  
 «en la sociedad inmortal de los es-  
 «cogidos de Dios. Ved ese delincuen-  
 «te , que ha quebrantado las leyes de  
 «Dios y de los hombres , y muere  
 «en Jerusalem al lado de Cristo , del  
 «Señor : cuando parece que toda la  
 «naturaleza pide contra él una eter-  
 «na venganza , no teme entonces im-  
 «plorar en la sangre adorada que  
 «corre junto á él por la redencion  
 «de todo el universo , un amparo con-  
 «tra el horror de sus crímenes , y de  
 «repente se halla en la clase de los  
 «justos , siendo su postrer suspiro la  
 «espiacion de la inmensa serie de sus  
 «prevaricaciones. Entre estas la que  
 «ultraja á la Divinidad mas que todas  
 «las otras que os atormentan en la  
 «memoria , es el dudar de su bondad

«y de la verdad de sus promesas.  
 «Dichoso el que comprende bien to-  
 «da la profundidad inefable del mis-  
 «terio de un Dios anonadado en nues-  
 «tra propia semejanza ! San Pablo,  
 «aquel órgano sublime de las mara-  
 «villas del Altísimo , le llama el *su-  
 «premo esfuerzo* de una misericor-  
 «dia , á la cual es tan necesaria nues-  
 «tra felicidad , como á un padre tier-  
 «no lo es la de sus hijos. *Así como*  
 «*los hijos* , dice , *participan de la*  
 «*carne y sangre de los autores de sus*  
 «*dias* , tambien Dios ha querido par-  
 «*ticipar de estas cosas* , y dar al amor  
 «que nos tiene , el vivo y eficaz in-  
 «terés de la naturaleza y de la san-  
 «gre. Qué palabras ! qué pintura ! qué  
 «caudal inagotable de consolaciones !  
 «Porque esto corresponde á decir :  
 «en todos los tiempos , y aun cuan-  
 «do aquel gran Dios no habia salido

«de su luz inaccesible en que resi-  
 «dia, ya éramos hijos suyos; y des-  
 «de lo alto de su trono atendia á nues-  
 «tras necesidades, y se apiadaba de  
 «nuestra miseria; y para que no pu-  
 «diésemos jamas dudar de la verdad  
 «y eficacia de su amor infinito, y co-  
 «mo para sentir mas íntimamente  
 «nuestros males, y compadecerse me-  
 «jor de nuestras penas, quiso pasar  
 «todo el intervalo que le separaba de  
 «nosotros, hacerse en un todo seme-  
 «jante á los tristes hijos de Adan, su-  
 «frir y llorar con ellos, interesarse  
 «por ellos con toda la sensibilidad  
 «que comunica la esperiencia de las  
 «mismas amarguras, socorrerlos, y  
 «perdonarlos con toda la efusion de  
 «ternura que siente un padre al ver  
 «que sufre lo que tanto ama, y que  
 «mira humillada á sus pies *la carne*  
 «*de su carne y el hueso de sus huesos.*

Una apacible calma fue serenando  
 entonces el semblante del moribun-  
 do, renaciendo en su corazón con la  
 esperanza de la misericordia divina  
 la pura alegría y la firmeza de los bue-  
 nos deseos. Oh! dichosos los hom-  
 bres, decia, que ven la Religion en  
 toda su belleza! Pueden verla sin  
 amarla? y pueden amarla sin sentir  
 sus consuelos? En los transportes de  
 una dulce confianza, y en medio de  
 las lágrimas de gozo que corrian de  
 los ojos de todos los circunstantes re-  
 cibió aquel Sacramento, cuya vista  
 le habia sobresaltado antes por el te-  
 mor de profanarle en su corazón. To-  
 do habia cambiado para él en el mun-  
 do, y el universo le felicitaba del  
 grande acontecimiento que acababa  
 de librarle del peso enorme de sus  
 sustos y remordimientos. Con la no-  
 ble tranquilidad en que de nuevo res-

pira el que se restituye á los brazos de la virtud vió llegar el momento de su trance, y murió dulcemente pegados los labios al Crucifijo que tenia en las manos.

Salióse Filemon de aquella morada fúnebre profundamente conternado de lo que acababa de ver y de oír, y á pocos pasos encuentra uno de aquellos paladines de la ilustre comitiva — ¡Qué acabo de saber! le dice. Aseguran que el buen Oronte ha tenido miedo al Diabolo, y ha muerto como un imbecil..... Estremécese Filemon indignado, y sin responder una palabra prosigue su camino. Al llegar á casa le entregan una carta que le enviaba una parienta suya anciana, que vivia en una campiña á algunas leguas de la capital, y habiendo sabido que su sobrino estaba en Paris, le convidaba á pasar unos dias

en su compañía. Era tan oportuna esta propuesta, que no pudo ser jamas otra mas bien admitida, porque el alma de Filemon en aquella coyuntura necesitaba de reposo y libertad. Al cabo de algunas semanas que habia partido escribió á un amigo suyo esta carta, que aunque muy larga, debe disimularse á un hombre, cuyo ánimo se conmueve vivamente de las menores circunstancias de lo que pasa á su vista.

« Ya no nos queda arbitrio ni manera alguna para llevar adelante el intento de ser filósofos, amigo mio; estoy presenciando aquí un milagro que no tiene resistencia. Qué costumbres! qué inocencia! qué amor de la justicia! Apenas hay en toda esta aldea una familia que no sea pobre, y hasta ahora no he encontrado en ella un solo hombre que se quege de

ser desgraciado. El día de mi arribo no hallé á mi parienta en el lugar, porque habia ido á hacer una visita en una parroquia vecina, de donde no volveria hasta el dia siguiente. Propúseme emplear este tiempo en recorrer aquellas cercanías; y el primer obgeto que se me presentó era un anciano cargado de ramizas que descansaba sobre un lindero, y que me pareció que hablaba en voz baja. — Buen hombre, le digo, me aflige el veros tan fatigado con esa carga. — Yo estoy hecho para el trabajo, señor; no me quejo, porque Dios lo quiere; y estoy bien cierto de que su divina Magestad sabe bien lo que hace, y que así me conviene. — Como me pareció que pronunciabais algunas palabras, creia que murmurabais de la dureza de vuestro estado. — No lo permita Dios! señor, pedia á este

Dios de bondad que bendigese mi vegez, me concediese una buena muerte, y dándome la paciencia para conllevar las penas que me envia, aceptase mis sufrimientos en espiacion de todas las culpas de mi vida. Ah! es nada pasar males en la tierra, si hacemos buen uso de ellos, y el Dios de la paz se halla con nosotros; así nos lo repite sin cesar nuestro santo y respetable pastor. No hay una alma en todo el lugar que falte á sus instrucciones, ¡y nos dice unas cosas tan bellas y de tanto consuelo aquel digno sacerdote! A mas de esto, no tiene ninguna cosa propia, todo lo reparte á los pobres, que llama *los hijos de su corazon*. Cuando en el mal tiempo no tiene bastante para socorrer y aliviar á sus parroquianos necesitados, sale acompañado del mayordomo por las casas mas aco-

modadas: *Ayudadme*, les dice, *á dar pan á nuestros buenos amigos, que no le tienen*, y como de obligacion se apresuran todos á ponerle delante el pan, el trigo, cuanto hay en la casa, de que hace llevar lo que le parece bastante segun la necesidad. Qué hombre, señor, qué hombre! Digne-se el cielo reservar uno como este para nuestros nietos!

Mas adelante encuentro otro aldeano, que estaba desmontando un cuadro de tierra cercado de campos labrados, y le atravesaba todo para traer á la senda en donde yo estaba los montones de piedras y raices. — Amigo, por qué no esparcis esas inmundicias por las heredades vecinas? Y sin causar perjuicio á los otros, os evitarias ese grande trabajo. — Oh! no señor, antes quisiera hacer diez veces mas ese camino, que seguir semejan-

te consejo. En nuestro pueblo no se conoce esa manera de acortar las faenas, porque nos amamos bastante los unos á los otros para causarnos la menor molestia. Tenemos un pastor que no hallaria consuelo jamas, si llegara á saber que en su parroquia habia alguno tan mal cristiano, que arrojase en el campo vecino lo que le incomodara en el suyo. Este Domingo último nos decia en la plática: *O amados hijos míos, no hagais jamas á otro, lo que no querais que os hagan á vosotros*. Mirad, señor, si yo llegase á hacer semejante cosa, me lo reprenderia mi corazon como una accion indigna; y ¡cuál seria mi rubor al ponerme en la presencia de Dios en mi oracion de antes de acostarme! Si á mí nadie me ha ofendido ni me ha irrogado sinrazon alguna, antes bien he recibido servicios y

atenciones de todos, ¿no seria muy miserable si causara cualquiera mortificacion á unas gentes tan buenas?

— Por lo menos vuestro párroco os disimulará que aborrezcais á los recolectores, y que murmureis de los impuestos. — Nosotros no aborrecemos á nadie, ni murmuramos de cosa alguna. Los recolectores cumplen con su deber, y nosotros los estimamos como á unas personas que hacen lo que deben por razon de su estado. Pagamos el tributo así como vamos á misa, porque nuestro pastor nos tiene dicho, que estándonos prescrito este deber por Jesucristo, venimos obligados á cumplirle con el mismo respeto y sumision de espíritu y de voluntad, que todo lo demas que nos ordena en el Evangelio; que debemos amar al Rey, como al padre comun de toda la nacion, hon-

rándole como á revestido del poder y autoridad del mismo Dios. Cuando nos habla de su persona, lo hace con el mas profundo respeto; nos le presenta digno de nuestro amor y tierna gratitud en lo que nos dice de su buen corazon, y de lo que siente cuando se ve en la precision de aumentarnos las cargas, y de la buena voluntad con que se desvive para nuestro alivio, abundancia y tranquilidad. Este digno sacerdote no conoce la vanidad ni la presuncion; gusta de venir á los campos, cuando estamos trabajando, á ver lo que hacemos, y se pone á conversar con nosotros con tanta afabilidad y llaneza, como si fuéramos sus iguales. Cuando nos ha hablado cuatro palabras, nos sentimos con mas ánimo, y hacemos despues mucho mas trabajo sin cansarnos tanto. *A Dios, amigo Jorge, me*

dijo al irse de aquí el otro día; *cuan- do miras ese bello y rico sol que ilumina tu pequeño cuadro, eleva alguna vez tu alma hasta el supremo Artífice que le ha formado, el cual te reserva la vista de una luz mucho mas bella todavía.* Nada mas que una palabra tan corta como esta, bien lo podeis creer, señor, reanima toda nuestra Religion, y nos consuela de todo.

« Oí entonces la campana mayor de la parroquia, y todos los hombres y mugeres que se veian esparcidos por los campos y laderas, como de un solo movimiento dejaban las labores y acudian ansiosamente hácia la poblacion, llevando en seguimien- to sus hijos pequeños, y á los hom- bros los instrumentos de los egerci- cios de la labranza, y tambien Jorge se disponia á juntarse con todos. —

Y qué viene á ser esta reunion tan precipitada? le digo, porque el día aun estaba distante de su término. — To- dos los años era fiesta aquí en este día, pero ahora el Ilustrísimo Señor Obispo la ha suprimido atendiendo á la miseria de los tiempos. Siendo hoy tambien el cumpleaños de la toma de posesion de nuestro amado pastor, le hemos suplicado que nos le dejase celebrar á lo menos por la tarde. Co- mo jamas pierde la ocasion que se le presenta de tenernos congregados en el lugar santo, y de hablarnos de Dios y de nuestros deberes, nos apre- suramos con el deseo de oírle, por- que jamas nos cansa.

« Encaminéme al templo, amigo mio, con toda aquella virtuosa grey. Sor- prendióme ver un grupo de eclesiás- ticos, que con modestia y circuns- peccion se juntaron con lá multitud



que anhelaba por llegar. — ¿Quienes son estos sacerdotes? le pregunté á Jorge, que aun no me habia dejado. — Estos son los señores curas de los lugares circunvecinos, los cuales miran al nuestro como á su padre; no hacen nada sin su consejo; admiran su sabiduría, y le escuchan como á un angel del cielo. Como hoy no tienen oficios á que asistir en sus parroquias, se aprovechan gustosos de esta coyuntura para venir á su predicacion, y edificarse con nosotros de las bellas pláticas morales que nos hace.....

« Aquel escelente hombre, cuya sola vista era una predicacion sublime, desenvolió efectivamente en su afectuosa plática una fuerza y una magestad dignas de los primeros Apóstoles de la Religion. Dirigiase toda ella á dar á sus feligre-

ses una alta idea de su estado; á mostrarles en la oscuridad y en las labores de la vida campestre, la posesion de todos los tesoros de la Fe..... Pero no puedo resistirme al vehemente deseo de comunicaros, lo que he podido conservar en la memoria de un discurso que ha causado en mí una impresion indeleble. Aquí teneis, amigo mio, algunos rasgos que podreis cear con los bellos pasages que nos ofreció la filosofia de Dionisio para consuelo de la afligida humanidad.

« Los Profetas, queridos hijos míos, « que nos mostraron tanto tiempo antes las bendiciones y riquezas del « Evangelio, no cesan de transportarnos á los sitios campestres y á « las cabañas, donde residen la inocencia y la pobreza, como si Dios « hubiese escogido predilectamente « la sencillez de aquellos asilos sose-

«gadós y tranquilos para dar cum-  
 «plimiento á los mayores designios,  
 «y derramar en ellos á manos llenas  
 «los tesoros de su magnificencia eter-  
 «na. ¡Oh montañas! exclamaban,  
 «preparaos á recibir de lo alto del  
 «cielo, esa paz apetecible, que pa-  
 «rece solicitan vuestras cimas lan-  
 «zándose en los aires, para los pue-  
 «blos que habitan vuestras cercanías.  
 «Por do quiera los divinos oráculos  
 «hacen verter en el seno de las cam-  
 «piñas, y en la humilde mansion del  
 «artesano y del labrador, las aguas  
 «misteriosas y vivificantes, que la  
 «divina misericordia habia de hacer  
 «salir en raudales de las fuentes ina-  
 «gotables del Salvador prometido á  
 «la tierra. Entonces, dice el Espíri-  
 «tu de Dios, se verá á los collados  
 «destilar la dulzura y la abundancia:  
 «la justicia y la felicidad brotarán

«de entre las breñas y por las coli-  
 «nas; agitaránse de júbilo las ra-  
 «mas todas de las selvas á la presen-  
 «cia del Señor que llega para ben-  
 «decir y santificar toda la naturale-  
 «za; las alturas y los valles, los arro-  
 «yos y los ríos, las aldeas y los de-  
 «siertos adorarán al Cristo del Dios  
 «santo, y se regocijarán con el hom-  
 «bre de la venturosa nueva de su li-  
 «bertad y elevacion. Este Mesías, tan  
 «necesario á todo el universo, será  
 «por predileccion el Protector de los  
 «caídos, el sustentáculo del debil, el  
 «padre del huérfano; y los nombres  
 «de los pobres serán á sus ojos nom-  
 «bres caros y respetables. Salvará  
 «las almas de los pobres..... y su  
 «nombre es un nombre de honor en  
 «su presencia.  
 «Llega en efecto aquel instante  
 «tan memorable, señalado para la

« redencion del linage humano; y el  
 « grande misterio oculto desde toda  
 « la eternidad en lo profundo é in-  
 « sondable de los divinos consejos,  
 « se consuma en las tinieblas... *Cuan-*  
 « *do la noche estaba en la mitad de*  
 « *su carrera*, dicen los libros sagra-  
 « dos: cuando el poder de los césa-  
 « res *reducia al silencio todas las*  
 « *naciones* de la tierra: cuando una  
 « *paz profunda y universal* era como  
 « la señal augusta del grande aconte-  
 « cimiento que iba á cambiar todas  
 « las cosas en el universo; ved aquí  
 « que sin saberlo los dominadores del  
 « mundo, y en la oscuridad del mas  
 « miserable albergue, viene el Cristo  
 « del Dios vivo á coronar una espec-  
 « tacion de cuatro mil años, y con  
 « la *manifestacion de la vida eterna,*  
 « *que desde siempre habia residido en*  
 « *los resplandores del Padre*, cierra

« todas las vicisitudes y todos los es-  
 « pectáculos que se habian sucedido  
 « desde el principio del mundo para  
 « preparar esta grande revolucion.  
 « *María parió á su hijo primogénito,*  
 « *y le reclinó en el pesebre.* Este fue,  
 « ó Dios mio, el desenlace de todas  
 « aquellas escenas asombrosas que os  
 « hacian tan grande y tan temible en  
 « medio de vuestro antiguo pueblo.  
 « Así Abraan y todos los patriarcas,  
 « Moises y todos los profetas, Jeru-  
 « salen y toda la magnificencia de sus  
 « ceremonias y de su templo, toda  
 « aquella magestuosa y antigua eco-  
 « nomía, en la cual todo era tan res-  
 « petable, tan propio, tan divino; to-  
 « do aquel prolijo y rico aparato, to-  
 « da aquella sucesion de figuras y de  
 « oráculos, todo se encierra cumpli-  
 « do y consumado en aquella corta  
 « y humilde narracion de un Evange-

« lista: *Maria parió á su hijo primo-*  
 « *génito.....* Asi la morada del pobre,  
 « el triste retiro de aquellos que la  
 « indigencia los estraña del hospeda-  
 « ge, viene á ser el primer templo,  
 « que el Santo de los santos consagra  
 « con su presencia, y *el Deseado de*  
 « *las naciones* coloca en el seno del  
 « infortunio y de la humillacion las  
 « primicias de los dones y riquezas  
 « inefables con que iba á inundar el  
 « universo..... Gran Dios! cuando  
 « conduciendo á vuestro pueblo por  
 « inmensos desiertos, os poniais á su  
 « frente, temblaba la tierra y los  
 « cielos, y toda la naturaleza se disol-  
 « via ante la magestad formidable del  
 « Dios de Sinai. Pero aquí ni el cielo  
 « ni la tierra anuncian con el estruen-  
 « do de sus transportes á los reyes y  
 « á las naciones el milagro que ter-  
 « mina en Belen toda la serie de los

« designios del Todopoderoso; y los  
 « primeros confidentes de aquella  
 « grande nueva, que interesa á todos  
 « los hombres y á todos los siglos, se  
 « escogerán en el fondo de los cam-  
 « pos, y en la clase de los pequeños  
 « y de los pobres. A los inocentes  
 « pastores, que en el silencio y tinie-  
 « blas de la noche se ocupaban en  
 « guardar el rebaño, anuncia el cielo  
 « la venida del reino de Dios; y unos  
 « hombres ignorados en toda la tie-  
 « rra, son para la santidad del ser  
 « eterno mas grandes y mas dignos  
 « de entrar en el secreto de su sabi-  
 « duria, que todos esos depositarios  
 « temibles de la potencia romana, que  
 « tenian en sus manos la suerte del  
 « universo entero.

« Oh inocencia del campo! luego  
 « es cierto que en tu inculta sencillez  
 « eras mas propia que todos los pa-

« lacios suntuosos , que hermoSean y  
 « adornan las grandes ciudades, para  
 « ser la cuna de esta Religion adora-  
 « ble, que hace la riqueza y la gloria  
 « del mundo.

« Queridos hijos mios , por ines-  
 « plicable que sea la conducta de Dios  
 « con los hombres , puede en verdad  
 « decirse , que en esta dispensacion  
 « especial del grande don que su  
 « misericordia habia preparado por  
 « tanto tiempo á la tierra , la sola luz  
 « de la razon demuestra con su tes-  
 « timonio la profunda sabiduria, que  
 « oculta el adorable depósito de la  
 « salud del mundo, lejos de donde  
 « habita el lujo y las pasiones , y que  
 « no le revela sino á los sencillos , y  
 « á los pequeños. Muy justo era que  
 « bajando de lo alto de la gloria de  
 « Dios la santidad eterna , escogiera  
 « para su primera mansion lo que ha-

« llaba menos corrompido en la na-  
 « turaleza, y que hiciera brillar los  
 « primeros rayos de la vida eterna  
 « que ofrecia á todo el linage huma-  
 « no, en los corazones mas rectos é  
 « inocentes..... Sí, hijos mios , los  
 « campos son la residencia natural de  
 « lo que es santo ; es tan grande la  
 « conformidad y harmonía entre la  
 « belleza del espectáculo que presen-  
 « tan y la suavidad del espíritu de la  
 « Religion! Todo es en ellos tan plá-  
 « cido , tan inocente y tranquilo , y  
 « todo nos espresa y publica con tan-  
 « ta elocuencia la gloria y poder de  
 « aquel gran Dios , que ha hecho el  
 « cielo y la tierra! Todo nos habla de  
 « una manera tan persuasiva de la  
 « ternura de nuestro Padre inmortal,  
 « de los ausilios inagotables de su  
 « bondad , y de la vigilancia imper-  
 « turbable de su providencia!.... Ah!

« es de admirar que las inteligencias  
 « celestes hayan hecho repetir á los  
 « ecos de los peñascos y de las ca-  
 « vernas , mas bien que á las bóve-  
 « das de los palacios de los reyes, los  
 « sublimes acentos de aquel divino  
 « cántico ; *Gloria inmortal al Dios al-*  
 « *tísimo , y paz eterna á la tierra.*

« Sacerdotes de tan augusta alian-  
 « za ; carisimos y respetables colegas  
 « míos , á quienes vuestra humilde y  
 « tierna piedad confunde en este lu-  
 « gar santo con los últimos *de los que*  
 « *invocan el nombre del Señor ! An-*  
 « *torchas del mundo ! ¡ Mediadores*  
 « *sagrados y venerables , destinados*  
 « *á derramar en la comarca de los*  
 « *pobres de Sion los dones de la di-*  
 « *vina misericordia ! Qué funciones*  
 « *estan confiadas á nuestro sacerdo-*  
 « *cio ! . . . . Penetradnos pues , Señor ,*  
 « *de la grandeza de este ministerio ;*

« y pues os habeis dignado elegirnos  
 « para ser los apóstoles de estas man-  
 « siones solitarias , en donde tuvo su  
 « nacimiento vuestro Evangelio , re-  
 « vestidnos de aquella fuerza divina,  
 « que hace suscitar del seno de la po-  
 « breza la eterna familia del *Padre*  
 « *del siglo venidero . . . . . ¡ Cuán gran-*  
 « *des sois , oh pastores de los esco-*  
 « *gidos de Dios ! ofreceis al cielo un*  
 « *espectáculo digno de su atencion ,*  
 « *¡ cuando separados de las frivolida-*  
 « *des de un mundo profano , poneis*  
 « *toda la felicidad de vuestra vida en*  
 « *hacer brillar en las almas de los*  
 « *desgraciados y oprimidos aquella*  
 « *grande luz que eleva á los peque-*  
 « *ños sobre las dominaciones y los*  
 « *tronos ! ¡ Cuando penetrais en esos*  
 « *recintos oscuros y desprovistos , en*  
 « *donde en medio de todo el triste*  
 « *aparato de una vida laboriosa y affi-*

« gida, el *dedo de Dios* forma en si-  
 « lencio los gloriosos asociados de su  
 « inmortalidad y de su gloria! ¡y cuan-  
 « do haceis resonar la doctrina de la  
 « salvacion en esos templos rústicos,  
 « en los cuales *la sangre del Cordero*  
 « sella y consagra muchos mas esco-  
 « gidos, que delante de esos altares,  
 « tantas veces profanados por la fas-  
 « tuosa ostentacion del orgullo y de  
 « la opulencia! *¡Qué hermosos son en*  
 « *los montes los pies del que anuncia*  
 « *la paz, y publica la grande nueva*  
 « *de la libertad, y de la salud univer-*  
 « *sal!* En esta noble y enérgica ima-  
 « gen ha querido el Espiritu de Dios  
 « delinearnos el carácter mas sobre-  
 « saliente de la mision del Hombre-  
 « Dios. ;Y seria posible, Dios mio,  
 « que los depositarios de su sacerdo-  
 « cio y de sus misterios, conociesen  
 « jamas en el mundo una funcion mas

« honorifica que aquella, en que brilló  
 « el triunfo y la gloria de su laborio-  
 « so ministerio!

« Con efecto, queridos hijos, si  
 « seguís las huellas de este divino  
 « Maestro en la penosa carrera que  
 « pasó en la tierra para reunir y san-  
 « tificar á los ciudadanos del cielo,  
 « vereis que las campiñas fueron el  
 « principal teatro de sus tareas y pre-  
 « dicacion; y los pobres los obgetos  
 « mas caros y familiares de su celo y  
 « vigilancia. Enciérrase en las aldeas  
 « y lugares de Judea y de Galilea; y  
 « cuando quiere esponer aquella di-  
 « vina filosofia, tan superior á todos  
 « los descubrimientos de la sabidu-  
 « ria humana, se retira á la cumbre  
 « de una montaña para dar á la ver-  
 « dad que iba á manifestar por su bo-  
 « ca, un trono que fuese todo ino-  
 « cente y puro. *Subió al monte, y les*

« enseñaba, diciendo: bienaventura-  
 « dos los pobres de espíritu..... Si en  
 « los viages que emprende para reco-  
 « ger á las ovejas dispersadas de la  
 « casa de Israel, encuentra algunas  
 « veces á los grandes y ricos de la  
 « tierra, suspende, por decirlo así,  
 « delante de ellos toda la actividad  
 « de su ardor, y en su grave y profun-  
 « do silencio anuncia á cuanto le ro-  
 « dea, que los dichosos de este siglo  
 « no se hallan muy aptos á recibir el  
 « reino de Dios; y aun cuando se dig-  
 « na que oigan su voz, su language es  
 « corto y severo; y en las almas co-  
 « rrompidas por la prosperidad y a-  
 « bundancia, echa de menos un resto  
 « de rectitud y de verdad en que pu-  
 « diera hacer prender y brotar la doc-  
 « trina de la vida eterna.

« Pero en medio de los pobres,  
 « ah! allí se ve á un padre, que dila-

« ta su corazón en el seno de la na-  
 « turaleza. Qué agrado! qué cordial  
 « familiaridad! qué deliciosa efusion  
 « de afectos! todo lo que le pertene-  
 « ce es de ellos; y se les da todo,  
 « su felicidad, su reino, su eterni-  
 « dad, su unidad con Dios. Instrúye-  
 « los en las mas altas maravillas, los  
 « sostiene, los alienta contra las ten-  
 « taciones y contrariedades de la vi-  
 « da; los guarda como á la niña de su  
 « ojo..... Bien se conoce que se halla  
 « con su verdadera familia, y que de  
 « ella ha de sacar los coherederos de  
 « su gloria y de su inmortalidad.....  
 « ¡Oh amada y pequeña grey, que mi  
 « Padre ha confiado á mi vigilancia y  
 « á mi amor! les decia, mirándolos  
 « con la emocion de una alma que su  
 « celo devora: ¡preciosos y caros ob-  
 « getos de los mas grandes designios  
 « de un Dios! Ah! no temais nada de



« lo que pueda acaeceros de parte de  
 « los hombres, porque siempre tiene  
 « los ojos fijos en vosotros, y pone  
 « toda su complacencia en prepara-  
 « ros un reposo y una felicidad que  
 « jamas llegarán á perturbar los ma-  
 « los..... Ofrezca el teatro del mun-  
 « do á los otros hombres asombrosas  
 « vicisitudes; el Hombre-Dios parece  
 « que solo atiende al cumplimiento  
 « de su obra. Ni la novedad de los  
 « acontecimientos, ni las grandes re-  
 « voluciones de los estados, ni la  
 « magnificencia de las ciudades y edi-  
 « ficios, nada puede hacerle salir de  
 « aquel retiro magestuoso y profun-  
 « do, en el cual medita la salvacion  
 « de los que su padre le ha dado. La  
 « operacion invisible de su gracia en  
 « los corazones rectos y sinceros es  
 « el único espectáculo digno de mo-  
 « verle, y en todo el universo no ve

« otra cosa que sea comparable á la  
 « grandeza de una alma, á la que Dios  
 « ha manifestado su gloria. Despiér-  
 « tase entonces, por decirlo así, se  
 « suspende y admira; y transporta-  
 « do de un gozo puro y todo celestial  
 « esclama: *Oh padre mio! Rey inmor-  
 « tal del cielo y de la tierra*, que to-  
 « das las cosas os ensalcen y glorifi-  
 « quen en el universo, porque habeis  
 « ocultado al orgullo de los sabios los  
 « secretos de vuestra insondable sa-  
 « biduria, y los habeis revelado á la  
 « sencillez é inocencia de los mas pe-  
 « queños de los hijos de los hombres.  
 « ¡Cuán glorioso y amable es vues-  
 « tro destino, queridos hijos míos,  
 « en vivir, trabajar y santificaros en  
 « la tranquilidad del campo! ¡cuán  
 « afortunados sereis conociendo vues-  
 « tras ventajas y la riqueza de las es-  
 « peranzas y ausilios que se os ofre-

« cen!..... Y nosotros, caros y res-  
 « tables compañeros, ¡ cuánto debe-  
 « mos bendecir al cielo, de que nos  
 « haya llamado á la custodia de una  
 « porcion tan pura y preciosa de la  
 « grey del Señor! Henchidnos, Dios  
 « mio, del espíritu de tan alta voca-  
 « cion..... Ah! si entramos en el se-  
 « creto de la sabiduría divina, com-  
 « prenderemos que los lugares mas  
 « aislados y oscuros del universo son  
 « los verdaderos tronos del reino sa-  
 « cerdotal, y los pobres de la tierra  
 « los verdaderos trofeos del ministe-  
 « rio apostólico. ¡ *Cuán hermosos son*  
 « *en los montes!* (cuanto place y con-  
 « suela el repetirlo) ¡ *cuán hermosos*  
 « *los pies del que anuncia la paz, y*  
 « *la venturosa nueva de la salva-*  
 « *cion!*..... Ciertamente no somos no-  
 « sotros los que debemos quejarnos  
 « del peso de nuestro estado y de los

« obstáculos de las tareas pastorales;  
 « compadézcase mas bien á aquellos  
 « ministros del Evangelio, que han de  
 « predicar la penitencia en las cortes,  
 « y en el torbellino de las pasiones y  
 « grandezas humanas, y á quienes in-  
 « cumbe llevar el nombre y la doctri-  
 « na austera de un Dios crucificado  
 « ante esas reuniones, que anima el  
 « escandaloso fausto del orgullo, y  
 « que hasta en las miradas parece in-  
 « sultan á la santidad de la Religion....  
 « ¡ Empero los que estan confiados á  
 « nuestro celo, viven en una situa-  
 « cion tan cerca del *reino de Dios!*  
 « ¡ Predicamos á unos hombres tan  
 « dispuestos á gustar las verdades de  
 « la vida futura!..... Son como unos  
 « mártires, si es lícito hablar así, á  
 « presencia de los tormentos que los  
 « han de coronar, y toda su vida y  
 « todas sus obras solo piden de nues-

«tro ministerio aquel soplo evangé-  
 «lico que vivifica y consagra, para  
 «ser los héroes de la gracia y de la  
 «eternidad. Unicamente necesitan de  
 «simples purificaciones para ser co-  
 «locados como *pedras vivas* en el  
 «edificio inmortal establecido sobre  
 «el fundamento de los *Apóstoles* y  
 «de los *Profetas*; de suerte que ya  
 «encontramos en estas almas fran-  
 «cas y laboriosas, lo mas difícil de  
 «producir en el corazon de los otros  
 «hombres para reducirlos á su deber  
 «y salvarlos; y no nos resta otra co-  
 «sa, que transformar en penitentes  
 «de la Fe y del Evangelio á los que  
 «ya son los penitentes de la necesi-  
 «dad y del infortunio.

«Para un pastor virtuoso y sensi-  
 «ble una parroquia campestre es el  
 «espectáculo mas hermoso y hechizo-  
 «cero que puede ofrecer todo el gran-

«de teatro del mundo. Allí brilla la  
 «religion en toda la gloria de su triun-  
 «fo, y la viva é interesante imagen del  
 «reinado de Dios establecido entre  
 «los suyos, despierta sin cesar en su  
 «alma los recuerdos mas deliciosos,  
 «estendiendo una bonancible sere-  
 «nidad hasta el fondo de su retiro.  
 «Deléitanse sus ojos en los monu-  
 «mentos consoladores, que le ro-  
 «dean, del poder de la Religion pa-  
 «ra sostener á los desgraciados.....  
 «Aquí el labrador trazando los sur-  
 «cos con el arado junta su voz al sua-  
 «ve trino y gorgceo de las avecillas  
 «que revolotean sobre su cabeza, ha-  
 «ciendo resonar en los aires los *cán-  
 «ticos* de la gloriosa *Sion*. Allí el mo-  
 «desto artesano en su taller cobra  
 «ánimo contra la importunidad de  
 «sus trabajos con la vista de aquel  
 «Dios que lo ve todo, que nos tiene

« cuenta de todo , guardándonos el  
 « precioso depósito de nuestras bue-  
 « nas obras y de nuestras penas, que  
 « no tardará en recompensar con todo  
 « el colmo y peso eterno de su felici-  
 « dad y de su gloria. Aquí la madre de  
 « familia en medio de sus hijos eger-  
 « cita sus lenguas balbucientes en in-  
 « vocar al *Padre que está en el cielo,*  
 « y contempla en lo que ha salido de  
 « su seno, lo que vivirá eternamente  
 « en el de Dios. Mas allá el vendimia-  
 « der fatigado y sudando por aquellas  
 « abrasadas laderas, apaga la sed en  
 « el cristalino arroyuelo que se desli-  
 « za por sus pies en la campiña, y sus-  
 « pira ansioso por el *torrente de deli-*  
 « *cias preparado en la casa del Señor,*  
 « que embriagará para siempre á los  
 « que en la tierra fueren *probados por*  
 « *la tribulacion.* Por último el anciano  
 « no espirando sin zozobra ni remor-

« dimientos dentro de su cabaña, ben-  
 « dice con su desfallecida mano la ca-  
 « sa y tierna posteridad que deja en la  
 « tierra, diciendo: Oh hijos míos, que  
 « ahora creceis y os fortificais para en-  
 « trar en pos de mí en una triste y pe-  
 « nosa carrera, no os espante este des-  
 « tino! *Es cierto que como el autor de*  
 « *vuestros dias, vivireis en el trabajo,*  
 « *y en la pobreza. Pero ¡cuán ricos*  
 « *sereis vosotros si temeis al Señor y*  
 « *permaneceis fieles en la práctica de*  
 « *sus santos preceptos!..... Ah! noso-*  
 « *tros somos los hijos de los santos;*  
 « y á este título todo es nuestro en  
 « el cielo y en la tierra.....”

He aquí, amigo mio, en sustancia  
 la instruccion que he oido de la bo-  
 ca de aquel respetable sacerdote. Di-  
 ría muy bien como Telémaco: «Aun-  
 que yo no comprendia aun perfecta-  
 mente la sabiduria de aquel discurso,

no dejaba de sentir algo de puro y de sublime, enardeciendo mi corazón la verdad que brillaba en todas aquellas palabras." No, no es posible que yo me arranque de esta mansión encantada, pues una fuerza secreta me detiene y cierra el paso al salir de este recinto. Abdico de todo mi corazón la dignidad de filósofo, y sacrifico sin repugnancia todos los honores y laureles académicos á los sólidos y deliciosos deleites que aquí embriagan mi alma. Dentro de tres días voy á enlazar el destino de mi vida con el de la inocencia y de la virtud misma. ¡Qué dulce es seguir tan buena suerte! Abrese á mi corazón una nueva carrera llena de consuelos y esperanza. Mi esposa ha llevado consigo desde la cuna al único vástago de una familia virtuosa y pobre; ha educado con el esmero y

ternura de madre á esta interesante huerfanita, que llega ahora á los diez y ocho años de su edad. Alejandrina (este es su nombre) hace el consuelo y las delicias de la sensible bienhechora que la ha adoptado. Para formarse una idea de Alejandrina es necesario representarse todo lo que la naturaleza y la Religión pueden reunir en una criatura para hacerla admirable y completa. Llámamla en la parroquia *la Providencia de la comunidad*; y no va el pastor á llevar á la cabaña de un enfermo los auxilios de la humanidad y de la Religión, que no se le adelante Alejandrina. Está en todo; atiende á todas las cosas; y todo lo previene. *Este es mi punto de honor*, dice al sentarse junto á la cama de algun desgraciado, *no, no quiero cederte á nadie*. Llenaria un volumen, amigo mio, si hubiese de describiros

circunstanciadamente las acciones y virtudes de esta joven envidiable. ¿No debo pues considerarme por muy venturoso en que se digne aceptar una fortuna tan inferior á la que adquiero casándome con ella? Os amo bastante para deseáros de todas veras que caigais en igual locura. Cuando deseéis ver filósofos, y filósofos verdaderos, esto es, hombres felices, venid á visitar la hechicera soledad que yo he escogido para mi liceo, y para mi sepulcro.

Os dejo, mi amado Vizconde, para que de toda esta narracion saqueis las consecuencias que encierra, y decidais si la filosofía tiene con que compensar á los hombres de la pérdida de la Fe.

## DISCURSO OCTAVO.

*Licencia desenfrenada de los filósofos; causa del desorden de las costumbres públicas.*

Como San Pablo *hablase de la justicia, de la castidad y del juicio venidero* delante de Felix gobernador de la Judea, le impuso tanto la circunspeccion y severidad de aquel lenguaje, que *todo amedrentado* le dijo: *Retiraos por ahora, os llamaré cuando sea tiempo.*

Pero los Heraldos de la filosofía moderna, mi caro Vizconde, precaviendo con perspicacia igual suerte de que los ahuyentasen ignominiosamente, adivinaron con acierto el gusto de todos los libertinos del mundo. Nadie ignora que del seno de la filo-

circunstanciadamente las acciones y virtudes de esta joven envidiable. ¿No debo pues considerarme por muy venturoso en que se digne aceptar una fortuna tan inferior á la que adquiero casándome con ella? Os amo bastante para deseáros de todas veras que caigais en igual locura. Cuando deseéis ver filósofos, y filósofos verdaderos, esto es, hombres felices, venid á visitar la hechicera soledad que yo he escogido para mi liceo, y para mi sepulcro.

Os dejo, mi amado Vizconde, para que de toda esta narracion saqueis las consecuencias que encierra, y decidais si la filosofía tiene con que compensar á los hombres de la pérdida de la Fe.

## DISCURSO OCTAVO.

*Licencia desenfrenada de los filósofos; causa del desorden de las costumbres públicas.*

Como San Pablo *hablase de la justicia, de la castidad y del juicio venidero* delante de Felix gobernador de la Judea, le impuso tanto la circunspeccion y severidad de aquel lenguaje, que *todo amedrentado* le dijo: *Retiraos por ahora, os llamaré cuando sea tiempo.*

Pero los Heraldos de la filosofía moderna, mi caro Vizconde, precaviendo con perspicacia igual suerte de que los ahuyentasen ignominiosamente, adivinaron con acierto el gusto de todos los libertinos del mundo. Nadie ignora que del seno de la filo-

sofia han salido tantas obscenidades en que se ceba la escoria de todos los estados, y será este el único monumento indeleble de su amor á la felicidad de los hombres. Mas por su desgracia no á todos acomoda aquel brutal sistema de dicha y de ventura, y mientras que una juventud perversa y disoluta corre presurosa á tomar en aquellas producciones cenagosas el alimento y la seguridad de las pasiones mas infames, la porcion sana de la sociedad se estremece á la vista de una depravacion que no conoce diques ni reserva, y que conjura al cielo en su amargura, que aparte de ella y de sus hijos aquellos destructores de las costumbres, y azote inexorable de la virtud y del pudor.

puede decirse en verdad que este es el aspecto mas ignominioso pa-

ra la filosofía, y el colmo del oprobio del entendimiento humano. Desgraciado siglo el nuestro, si llega la posteridad á juzgarle por las almas perversas que ha producido y los escándalos con que se ha deshonrado. La osadía y desfachatez de un libertinage desconocido hasta la edad filosófica; la reputacion de ingenio superior, consignada á la bageza de los extravíos mas vergonzosos, y al menosprecio de los vínculos mas sagrados; una apatía general que petrifica las almas; el total abandono de la parte mas preciosa de nuestros conciudadanos, sumergidos en la embriaguez y envilecimiento de los sentidos; una aversion indolente á los deberes privados y domésticos; un carácter de inconstancia é inquietud que saca á todos del recinto de su estado, y les hace insoportable cuanto los su-



geta en el seno de su familia; la agitación, el descontento, la impaciencia de un corazón que nada puede fijarle ni satisfacerle: por último la disipación y las ilusiones de una imaginación que quisiera verlo todo, recorrer todos los lugares, y no dejar nada que no devorase; estos son los deplorables trofeos que hallamos en todas partes erigidos al genio de la filosofía, y el carácter que distingue la grande época del *progreso de las luces*; y esto es lo que subsiste de efectivo y permanente de las indagaciones y descubrimientos de aquellos hombres que se presumen hechos para sentarse en los tronos, y los solos dignos de conducir la obra de la felicidad pública. ¿Qué resultaría, decidme, de que los filósofos fuesen los árbitros del destino de los pueblos? Que uniéndose el poder supremo con

la malignidad de los vicios, se convertiría en una prepotencia y tiranía infernal que desolaría toda la tierra.

Un ministro que enviase el Monarca á verificar las reclamaciones y las quejas lastimeras, que no cesan de dirigir los filósofos á nombre de la patria y de la humanidad, pudiera á su regreso darle así cuenta de su importante comision: Señor, recorriendo los estados de V. M. he visto en efecto derramar amargas lágrimas y exhalar profundos suspiros; pero examinando de cerca la actual constitucion de las costumbres, he observado que una de las causas mas terribles de los males que afligen á los pueblos de V. M., es la corriente y el fomento que dan á la licencia y al libertinage esos mismos filósofos, que aparentan llorar y lastimarse del desorden de la economía social. He

visto por una parte ancianos cubiertos de canas, que maldecian el carácter sagrado de padre, viéndose reducidos á no ver en sus hijos, que hubieran sido toda su gloria, sino el deshonor y oprobio de sus últimos años. Dulces y caras prendas de una santa union, habian nacido con felices inclinaciones, y sus tiernas é inocentes almas se habian abierto naturalmente á todas las impresiones saludables de la virtud; mas en el momento en que el amor de los deberes iba adquiriendo aquel grado de consistencia que afianza su duracion, una juventud immoral y desenfrenada hizo presa de sus almas inespertas y sin defensa, y su ruina fue inevitable. Encenagada su imaginacion en las lecturas de que por tanto tiempo los habia preservado una sabia educacion, depraváronse sus corazo-

nes en los deleites obscenos que embrutecen al hombre, y de que una filosofía sin pudor hace alarde de presentarles pinturas detestables y peligrosas; temen, ó mas bien les es odiosa ya la misma vigilancia de sus padres; y apodérase de ellos un humor áspero y melancólico al considerarse en la dura precision de acogerse al asilo de la austera sabiduría. Desaparecieron los vestigios del antiguo candor, secáronse los gérmenes todos de rectitud y de verdad, y desvanecidas y borradas las ideas morales, y ahogados los sentimientos de la naturaleza, quedóles tan solo la espantosa capacidad para el desorden y los crímenes; y en su acerbo dolor aquellos padres desventurados, ni aun logran la esperanza de hallar en su sepulcro el término de tanta ignominia, y tiemblan de que los hom-

bres improperen á sus cenizas el haber dado á luz aquellos monstruos.

« Mas allá una esposa llora la avercion y los menosprecios del hombre, de quien esperaba la dicha y la ventura de toda su vida; y devorada de inquietudes, agitada de continuos sobresaltos, no puede bajar sus tiernas miradas á las inocentes criaturas que la rodean, sin que se sienta cruelmente despedazada de la negra desesperacion. Oprimen su alma la miseria y la afrenta, que amenazan á lo que tanto placer habia tenido de llevar en su seno y estrechar contra su corazon. Arrastrado su esposo por la corriente del eemplo y de la costumbre, sacrifica á la disolucion y desenfreno de las pasiones los bienes, el tiempo, la salud y el honor; y la desolacion que su estravio causa á la naturaleza, es un tributo que

se impone el que aplica sus labios á la copa filosófica.

« Por los confines de las provincias he encontrado en los campos una multitud de miserables sumidos en una espantosa indigencia, bajo el dominio voraz de los que debieran ser los órganos de la humanidad y beneficencia de V. M. en medio de la porcion mas laboriosa y necesaria de su pueblo. Hombres henchidos de ambicion y avaricia, sumergidos en el lujo, en el ocio y la adulacion; que solo anhelan por los deleites sensibles, en suma filósofos, y que por consiguiente en nada tienen ni aprecian el resto de los hombres.

« Por todas partes la juventud militar es indolente, afeminada, sin robustez ni vigor. Creyérase que la filosofia se le ha asociado mas estrechamente para recoger todas las in-

mundicia s con que ha infestado la nacion y envilecido la gloria de las letras. Las plazas militares son de ordinario el teatro de los vicios ; en ellas se propagan con increíble rapidez las producciones obscenas y escandalosas que desacreditan nuestro siglo; en ellas la ignominia, la viudez y horfandad afligen á las familias mas virtuosas ; en ellas horrorizan en los semblantes pálidos y ajados ya desde su primavera las vergonzosas huellas de los últimos escesos de la corrupcion; en ellas unos hombres que por su destino á ser el sosten y salvaguardia del estado, debieran caminar hácia la austeridad de costumbres, que sola puede formar las grandes almas, y alimentar aquella noble intrepidez que hace volar á la muerte y á la gloria ; estos mismos hombres se ensangrientan con ferocidad

unos contra otros para disputarse la posesion de unos viles obgetos del menosprecio público , y envilecen una sangre tan cara y respetable á la patria, porque solo debiera correr bajo los estandartes de la victoria.

Facil me seria , querido Vizconde mio , poner os á vuestra vista un cuadro mas estenso de los estragos de la licencia filosófica ; mas no dudo que estareis ya convencido , de que si acaso no se han propuesto los filósofos directamente precipitar á los hombres en su mayor degradacion y última desventura, por lo menos se han valido de los medios mas aptos para conseguirlo. Es muy imperceptible la diferencia que distingue á un filósofo de un perverso , para que sea muy honorífico hacerse filósofo.

A mas de esto ¡la modestia y circunspeccion no convienen á todos

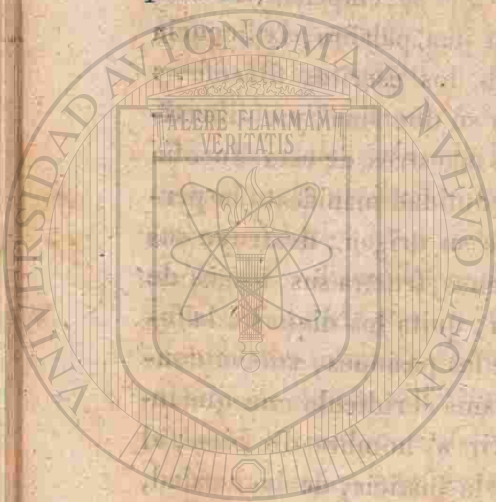
los estados? ¿Y qué carácter requiere mas dignidad y decoro que el de preceptor del género humano? Un magistrado, lo hemos dicho, es el discípulo, el alumno de un filósofo. ¿Pues qué austeridad de sabiduría y de costumbres no exige el mundo de los que tienen en sus manos los bienes, la vida y el honor de sus conciudadanos? Sacerdotes de la justicia, por valermé de las palabras del Señor d'Aguesseau, su conducta aun fuera de su santuario, y en su trato familiar y doméstico, no debe desmentir la santidad y grandeza del sacerdocio tremendo que egercen. Viéndolos los hombres incorruptibles en su vida, precisamente los han de creer lo mismo en su administración, porque todos saben que las costumbres sensuales y libertinas enervan al alma, alteran la solidez del carácter, relajan

los resortes del entendimiento, apagan el celo del bien público, y debilitando todas las potencias, hacen al hombre aborrecer el retiro y el trabajo. Y con todo ¿qué es un magistrado comparado con un filósofo? El magistrado no es mas que el hombre de sus conciudadanos; un filósofo es el instituidor de todas las naciones; el uno es el intérprete de las leyes de su pais; el otro el reformador nato de las leyes divinas y humanas, el órgano universal de la naturaleza y de la verdad; el primero es meramente una luz pasagera de su siglo; el segundo subsiste la antorcha de todas las edades, el árbitro del destino de las generaciones venideras, y el único depositario del secreto de la prosperidad de los imperios. ¿Hay algun magistrado que pudiera decir á todos los reyes de la tierra: que de-

ben sus tronos á la inversion de las ideas sanas; y que la razon reclama en favor de ellos y de sus iguales aquellas mismas coronas, que la estravagancia de las costumbres humanas ha hecho descender sobre unas cabezas acaso inhábiles para ceñirlas? Y á unos hombres de un destino tan elevado y extraordinario ¿les puede convenir ni se les debe disimular el aturdimiento y la friivolidad? ¿De qué manera prevendrá los ánimos para recibir la doctrina que desean cimentar el tono de bur'a y de mofa con que se anuncian? ¿Cómo pueden combinar sus augustas funciones con el charlatanismo y con sus indecentes sátiras y sarcasmos? En el teatro se dejan para los farsantes la pedanteria y truanismo de que hacen gala. ¿Cómo osan presentarse como propagadores de la ilustracion con una conducta tan te-

nebrosa? No podemos esperar saludables efectos de un sistema de enseñanza, sino produce buenas costumbres en los que se empeñan en sostenerle. En una palabra, la licencia sin freno de los escritos filosóficos desacredita su doctrina, y el libertinage de los maestros de esta filosofía de la Incredulidad manifiesta la perversidad de su origen, destruye sus mismos planes, frustra sus deseos de corrupcion, quita los diques á la fogosidad de las pasiones, vuelve contra ella misma el ridículo con que intenta cubrir al hombre de bien, al amante de la justicia, de la verdad, al verdadero cristiano; y concediendo todo desahogo á las pasiones, cebando la imaginacion voluptuosa con lecturas obscenas, rompiendo los vínculos mas sagrados de la sangre y de la sociedad, y despreciando los de-

heres todos de la Religion, es la causa primordial y el manantial mas perenne del desorden de las costumbres públicas.



## DISCURSO NONO.

*Indecencia y dureza de las calumnias con que la Incredulidad porfia en deshonrar la Religion.*

**M**e preguntáis ahora, Señor Vizconde, qué es lo que yo digo á todos esos terribles argumentos, que el fanatismo religioso ha suministrado á los incrédulos contra la santidad del Cristianismo. Digo pues á todo esto, que es preciso que nuestros filósofos tengan una prodigiosa confianza en su reputacion, ó bien que cuenten hasta lo sumo con la imbecilidad de aquellos que los escuchan, para haberse atrevido á presentar con seriedad este racionio, el mas absurdo y estúpido que ha salido jamas de la

heres todos de la Religion, es la causa primordial y el manantial mas perenne del desorden de las costumbres públicas,



## DISCURSO NONO.

*Indecencia y dureza de las calumnias con que la Incredulidad porfia en deshonrar la Religion.*

**M**e preguntáis ahora, Señor Vizconde, qué es lo que yo digo á todos esos terribles argumentos, que el fanatismo religioso ha suministrado á los incrédulos contra la santidad del Cristianismo. Digo pues á todo esto, que es preciso que nuestros filósofos tengan una prodigiosa confianza en su reputacion, ó bien que cuenten hasta lo sumo con la imbecilidad de aquellos que los escuchan, para haberse atrevido á presentar con seriedad este racionio, el mas absurdo y estúpido que ha salido jamas de la



boca de los mismos que ciega el odio de la verdad: *Millares de cristianos se han degollado: son sacerdotes los que han suscitado las turbulencias y estragos que manchan y afean la historia de la nacion: luego el Cristianismo es una Religion cruel y sediciosa.* Ciertamente os dejaría atónito, si llegase alguno á deciros en tono grave y enfático: *La conducta de los hombres no puede dejar de ser la práctica de su religion; y en la determinacion y egecucion de los mas atroces designios, todos los malvados de la tierra no consultan sino el espiritu y enseñanza del culto en que han nacido.*

De este principio tan extravagante se ha de valer la filosofía para sacar partido contra la Fe en el cuadro que le ofrece el fanatismo. ¿Podeis concebir, hablando ingenuamente, có-

mo ha podido venirle al pensamiento á un hombre que goza de su sano juicio, oponer á la sabiduría del Evangelio unos crímenes, cuya idea ha nacido del mas profundo olvido de sus preceptos, y que á los foragidos que los perpetran, fulmina la Religion todos sus anatemas.

Montesquieu era un filósofo, que sin contradiccion valia tanto como los de nuestro *grande siglo de luces*; ni menos ignoraba las deplorables catástrofes de las épocas de vértigo y de fanatismo; sin embargo se ha guardado bien de descubrir en el espíritu y leyes del Cristianismo los principios del desorden y desolacion; pues era muy grande hombre para ver los males que han afligido al estado fuera de su verdadero origen, y muy hombre de bien para prestar su pluma á la iniquidad y á la calumnia.

Unos verdaderos cristianos, nos dice, serian ciudadanos sumamente ilustrados en sus deberes, y los animaria un grande celo en cumplirlos. Cuanto mas creyesen deber á la Religion, mas creerian deber á la patria..... Cosa bien admirable. El Cristianismo que parece no tener otro obgeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha y ventura en esta <sup>1</sup>.

Son sacerdotes, dicen, los que han derramado la sangre humana á nombre del Dios de la paz. Lo concedo, porque quiero dejarles toda la ventaja de esta asercion histórica; pero estos sacerdotes eran esencialmente así como nuestros filósofos, unos desertores y apóstatas del Evangelio, y consiguientemente capaces

<sup>1</sup> Espíritu de las Leyes.

de todo mal; estaban animados del espíritu cuya tradicion conserva con tanto esmero la filosofia, y pudiera tambien reclamarlos como á sus patriarcas y profetas. Cuando en nuestros dias por egemplo un sacerdote en una historia en verdad muy filosófica nos enseña con la mayor claridad y en el tono mas solemne, que el mismo embrutecimiento de la inteligencia humana nos hace creer unos dogmas incomprensibles y nos somete al despotismo de los reyes; cuando despues de haber discutido doctamente en otra parte las causas de la revolucion que libró las colonias de la América septentrional del yugo de la dominacion británica, decide que todas las otras naciones han venido á tener las mismas razones de mostrarse agradecidas á los que las han dominado, y aspirar á la misma

independencia <sup>1</sup>; es facil discurrir en qué fuentes ha tomado máximas tan nobles, y si es el espíritu de la Fe, ó el de la filosofía, el que debe preciar de tan sublimes y saludables descubrimientos; y aquí podemos representar el espectáculo que nos ofrecería el mundo, si intentase hacer servir para su felicidad esas preciosas dádivas de la benignidad y tolerancia filosófica.

Todavía hay otro fanatismo mas monstruoso, pudiera decirse á los filósofos, y mas feroz que el que haceis recaer sobre el Cristianismo, y este es el vuestro. Nadie os aventaja en carácter díscolo y turbulento; como se diese oídos á vuestra detestable doctrina, y se siguiese vuestros torcidos pasos, bien presto se viera

<sup>1</sup> Revolucion de la América.

la discordia en el seno de los pueblos, y la combustion por todo el universo. Los antiguos fanáticos eran unos filósofos imperfectos, solo sabian sublevar su pais, y su vista no se extendia mas allá de su siglo; y habiéndoles cabido una corta porcion del espíritu, de que habeis hallado vosotros la perfeccion y la plenitud, fueron un mero bosquejo de lo que hoy puede llegar á ser todo el género humano, si quiere practicar vuestras abominables lecciones. ¿Qué haceis pues vosotros cuando os deleitais en sacar á lucir de tantas maneras las escenas horrosas, en que la Religion ha servido de pretexto á un furor insano? Envi-  
 leceis vuestra propia genealogía, y cubris de ignominia á los primeros precursores del ministerio filosófico: removeis el cieno que ha engendrado todos los sistemas escandalosos y

turbulentos de que habeis inundado el mundo. En el reinado del fanatismo, así como en el de la Incredulidad, siempre es el vicio el que bajo diferentes formas lucha contra el orden y contra la verdad, disfrazándose con el colorido que toma del tiempo y de las circunstancias. Abroquelóse con la señal de la cruz en un siglo en que veia fermentar los negocios de la Religion, y como entonces era la edad de las convulsiones filosóficas, se aprovechó del gusto que dominaba por las luces y los nuevos descubrimientos, y propalando librar á la razon de sus preocupaciones, logró desconocerla, hizo vacilar toda autoridad, y aun los principios que la cimentaban, confundiendo y trastornando el orbe entero con el falaz aliciente de sus péfidas promesas. El que escriba la historia

crítica del orgullo y del espíritu de independenciam, hará descender de aquí en linea recta cuánto ha salido en el mundo de dañoso á su quietud; y la Incredulidad no dejaria de figurar en un punto de vista, en que no podría improperear al fanatismo su nacimiento; porque ambos son hijos de una misma familia; y por una y otra parte siempre es la depravacion humana la que se agita y atormenta bajo diversas apariencias, llamándose en un tiempo *celo de la Fe* y en otro *amor de la Verdad*. Todo es abuso y exceso, cuando logra la perversidad apoderarse de los entendimientos y disfrazar su deformidad y designios; salen de su esfera las ciencias y las virtudes; y los sentimientos mas loables y sagrados estan sujetos á degenerar en los corazones de mas sana intencion, y superando

los límites por el soplo hipócrita de los malos, hacen derramar lágrimas y sangre á la sociedad.

Habiendo apurado todos los recursos de su antigua clemencia, han creído sin duda nuestros filósofos que podían desacreditar con su propia corrupción la santidad de la Fe, sobresaliendo en sus altares el horror de los desórdenes en que se habían precipitado aquellos hombres, seducidos é inspirados también por otros espíritus inquietos, sediciosos é interesados en desconcertarlo y perderlo todo, y que hoy serían las águilas del horizonte filosófico. Luego que dieron este paso, observóse una entera y pronta transformación en sus procedimientos; pues la precisión de calumniar y de exaltarse ha descolorido su estilo y apagado su carácter, dando á su lenguaje cierta aspereza

y rusticidad que se comunica á sus producciones mas indiferentes. Esta es la época y el origen de esa literatura áspera, sombría y fuliginosa que no se había conocido hasta entonces, que ha pervertido el gusto, descastado todas las reglas, oscurecido los principios, desfigurado los talentos, confundido todos los géneros de conocimientos, y cuyos efectos contagiosos é indelebles atestiguarán á todas las edades, que el espíritu filosófico es no menos la ruina de la razón, que el sepulcro de todas las virtudes.

Al estruendo de sus esplosiones y declamaciones virulentas, abrieron todos los ojos sobresaltados. Qué hombres! exclamaron mirándose con asombro, ¡y cuan terribles son las luces, si esto son las luces! ¡Y esta era aquella filosofía tan benigna,

tan blanda, que la comparaban á aquellos arroyos saludables que fertilizan sus márgenes? ¿Cómo un manantial tan puro se ha convertido repentinamente en un torrente implacable que amenaza inundarlo todo, y espumoso é irritado combate contra los diques que no puede derribar?

Y esta ha sido también otra falta de destreza, prevision y conocimiento de los móviles del corazón humano, que ha desbaratado todo el plan, y que ha acabado de revelar toda la miseria de la filosofía. ¿De dónde sino han dimanado tantos tropiezos y dieterios, después de haberse anunciado con un carácter tan grande y magestuoso? Unos hombres que debiera escuchar el mundo con tanto respeto y docilidad, ¿cómo han podido desconocer la indispensable necesidad de mostrarle unas almas su-

blimes, inalterables, y sobre todo inaccesibles á las convulsiones vulgares del temperamento y exaltación? Filosofía! si no podeis absolutamente curaros de la manía de mudar el aspecto de la tierra y de regenerar el género humano, presentadnos por lo menos la apariencia de las virtudes que inspiran confianza, y procurad imitar con mas propiedad la voz y la actitud de la verdad. Entended que esta no es sombría ni colérica, porque está superior á todo; no es grosera ni impetuosa, porque todo lo pesa y lo previene; y no es inquieta ni impaciente, porque es eterna y sobrevive á todas las cosas; y así con vuestra moderación y agrado dareis importancia y dignidad á vuestra enseñanza. Si conoceis bien el carácter de la debilidad de los hombres, no esperareis de ellos sino

las contradicciones y la resistencia; y su indocilidad misma, lejos de inspirar enfado y aspereza á un filósofo, le dan motivo para mostrarse mas generoso y magnánimo. En la contemplacion deliciosa, y dulce posesion de los secretos que la verdad le revela, se consuela el verdadero filósofo de la ceguedad de los hombres, y de la inutilidad de los esfuerzos que emplea para ilustrarlos y hacerlos felices. Ella nos manda espresamente, que aspiremos con energía á establecer su imperio sobre la tierra, mas no á espensas de su propia gloria, la cual siempre sufre menoscabo de un celo precipitado y lleno de amargura. Si quereis hacerla triunfar de la ignorancia y de la preocupacion que la rechazan, haced que os vean afortunado en vuestro íntimo comercio con ella. Haciendo depender vues-

tro reposo de la docilidad y respeto de los hombres desestimais su poderosa influencia, y la haceis decaer del aprecio que se merece, porque el mundo que no la conoce, solo gradúa su valor y mérito por el carácter y demas cualidades que os comunica. Así pues, si os mostrais como el comun de los hombres, sugetos á las agitaciones del genio, á la pueril vivacidad de un corazon incesantemente inquieto y descontento, y á las inconsecuencias del mal humor, todos os temerán, y huirán de la luz por no semejaros, y tambien por no llegar á ser tan turbulentos y tan infelices.

Pasemos mas adelante: habeis sido educado como nosotros en los principios de la Fe, y no podeis desentenderos de amar y adorar los vínculos que nos unen á ella. ¡Y cuan

escusables somos en esta estrecha é indeleble adhesion! ¡Nos hace caminar en una luz tan hermosa y apacible! ¡Nos abre una carrera tan dilatada, tan gloriosa y tan hechicera! Si os hubiesen conducido la prudencia y la humanidad, ¡con qué insinuaciones y por qué gradacion imperceptible nos hubieseis desprendido de una perspectiva y de una esperanza que eran las delicias de nuestra vida! Entended pues que esa Religion que habeis ultrajado á nuestra vista con tanta crueldad, es para nosotros el obgeto mas sagrado en todo el universo; desde nuestra infancia estamos acostumbrados á mirarla como el centro y el vínculo de todas las cosas; como el alma, sustentáculo y gloria principal del mundo; que nada apreciamos sin ella; que toda la naturaleza, todos los hombres y to-

das las cosas que han existido y existirán hasta el fin de los tiempos, no tienen á nuestros ojos otro valor, que el que les da esta Religion eterna que todo lo comprende, y á la cual se reune y tiende todo en el cielo y en la tierra; que apagando su antorcha en mi alma, me abandonais á todo el horror de la nada, me encuentro aislado y tengo miedo de mí mismo; y que de cuanto tiene relacion conmigo solo he podido saber, que soy el mas desgraciado y debil de todos los seres que contiene en su seno la naturaleza; que solo debo aguardar dolores, penas y terrores en el corto intervalo que separa la cuna en que despedí el primer gemido, hasta el sepulcro, cuya proximidad acibara todos los instantes de mi existencia, y que dentro de pocos y breves dias vendrá á devorarme y á tragarme.



Penetraos bien del sentimiento y lágrimas que debe costarme necesariamente el renunciar á una Religion en que me considero tan grande, y que me explica con tanto consuelo y tanta claridad todos los tristes misterios de mi mortalidad; y os lastimareis de nosotros en lugar de amedrentarnos con el estrépito de una cólera que no merecemos; y os acercareis á nosotros con la compasion que inspira la vista de un desventurado, á quien van á anunciarle la nueva mas lamentable. No es de un buen corazon oprimir con el peso de la indignacion y del vilipendio á los infelices, que va á sumirlos en la desesperacion la terrible verdad que vamos á descubrirles. Siendo así que tomais la odiosa comision de decirnos que son vanas todas nuestras esperanzas, y que jamas lograremos esa felicidad á que

aspiramos con tanto anhelo y ardor, ¿por qué no os mostrais con una alma mas sensible y candorosa, que os concilie nuestro afecto y nuestra confianza? Desempeñaríais así mejor vuestro lúgubre encargo, y no con la inconcebible dureza de insultar el sueño encantador y seductivo que nos hacia pasar momentos tan deliciosos. ¡Qué medidas se toman de precaucion para sacar de su lisongero engaño al que se habia tenido siempre por el hijo de los reyes, y se le ha de manifestar que no ha sido mas que un sueño, y que su destino no son los cetros ni las coronas!

Jesucristo que habia venido á traer al mundo tan ricas promesas, y que tenia cosas tan grandes que revelar-nos; Jesucristo que nos anunciaba que nosotros éramos de la familia de Dios; que nuestro reino, no menos

que el suyo, no era de aquí bajo; que el universo con todas sus grandezas y tronos, y el cielo con sus inmensos espacios y todos sus mundos, no eran mas que un grano de polvo en comparacion de la escelencia y esplendor de una alma inmortal. Jesucristo que nos enseñaba que todo subsistia para el hombre justo; que la muerte del último de los escogidos seria la seña magestuosa y augusta del fin de los tiempos; que entonces los cielos, la tierra, todos los imperios y las potencias todas se aniquilarian, y nosotros, mas preciosos que todos esos grandes espectáculos, saldriamos gloriosos del seno de sus enormes ruinas para lanzarnos y vivir eternamente en nuestro inmutable origen. Jesucristo, digo, que tenia derechos de un carácter tan extraordinario, para la aceptacion y res-

peto de los hombres, lejos de irritarse de la dureza de sus corazones y de su ciego apego á unas tradiciones falaces, los cautiva con su mansedumbre, se los atrae y gana para sí insinuándose con toda delicadeza; los instruye y los escucha con paciencia, con moderacion y con una bondad de que hombre ninguno habia dado jamas egeemplo. Si llega alguna vez á reconvenirlos ó quejarse de ellos, templa siempre su aspecto severo con algunos rasgos de sensibilidad, y acompaña con lágrimas y suspiros la prediccion de las desgracias que amenazan á los enemigos de su doctrina, obligándolos á confesar que no le mueve su propia gloria, y que en todo se propone el interes y felicidad de los hombres. Nada estraña ni le aturde, porque conoce profundamente la miseria humana; son imper-

turbables la igualdad de su agrado y la serenidad de su alma, porque él mismo es la verdad que anuncia, y la vida eterna que promete. Bien se conoce que dentro de sí mismo, y en la plenitud de la ciencia y sabiduría que viene á comunicarnos, descubre áquel *alimento invisible* y precioso, que como llama él mismo, *no conocen los hombres*, y que le inspira aquella superioridad enteramente divina que le consuela de todo, elevándole sobre los tiros de la contradicción y de la mala voluntad; y siendo bastante fecundo y rico de su propio caudal, no le aflige lo que le falta de parte de los hombres, como aquellas almas mezquinas que las consterna su escasez, pues todo lo han de recibir de los otros. Toda la Judea conspirada contra su persona y contra su enseñanza, no entibia ni menoscaba su celo y su

amor á sus compatriotas: no muda jamas el tono de *su voz*; su lenguaje es constantemente del *padre* mas tierno; del *pastor* mas vigilante; del *amigo* mas ingenuo y generoso. Ocúpale el solo deseo de *dar su vida por ellos*; y á este deseo le da el nombre de *deseo de los deseos*; este deseo le abraza, le devora, le consume; este deseo absorbe todos sus pensamientos y todas sus acciones; este deseo le oprime y le *cierra* el corazón. No hay uno de los prodigios que obra para convencer al mundo de la verdad de su misión y de la divinidad de su doctrina, en que no resplandezca la beneficencia mas afectuosa; dirígenle todos á remediar las necesidades, á consolar á los desgraciados; dar hartura á los menesterosos y enjugar las lágrimas, infundiendo la vida y el gozo en el seno de la naturaleza cons-

ternada; el cual es el carácter que menos sabe imitar ni sostener la filosofía.

Me he aprovechado, amado Vizconde mio, de las ocasiones que se han presentado de hablaros de Jesucristo, porque en verdad no le conocéis; pero contemplando su espíritu y su corazón, no podeis dejar de descubrir toda la perversidad de sus enemigos.

No es mi ánimo entrar aquí en una prolija esplicacion de la conducta que observaron los primeros Apóstoles de la Fe. Sabemos que San Pablo era violento y perseguidor mientras fue filósofo, esto es, el enemigo de la verdad, el protector de la hipocresia, el instrumento del orgullo y de la intolerancia farisaica. Convertido en Apostol de Jesucristo se desprende de aquella fiereza, y una caridad ina-

gotable y sin límites es ya el carácter esencial de su corazón; ni el peso de las cadenas, ni el fuego de las persecuciones, ni el veneno de la calumnia, pueden alterar por un solo momento la mansedumbre de sus sentimientos y de su lenguaje. Lleno de los secretos divinos, y en posesion de toda la *profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de de Dios*, se presenta á los hombres sin ostentacion y sin arrogancia; no le sorprende su ignorancia ni le exaspera su endurecimiento. Si las abominaciones de la idolatría le hacen *estremecer de celo y horror en medio de Atenas*, contiene aquel estremecimiento *dentro de si mismo*; y sin otras *armas* que las *de la paciencia y de la mansedumbre*, emprende engrandecer el nombre de Jesucristo entre las naciones, *anunciarle delan-*

te de la magestad de los Césares , y plantar la cruz sobre las ruinas de todos los templos y de todos los cultos del universo. No insulta los simulacros , ni declama con dureza contra los insensatos que se postran ante la *obra de la mano de los hombres*; antes bien lo conduce todo con aquella suavidad que distingue al verdadero sabio, procediendo siempre sin violencia ni precipitacion en su enseñanza; y como la prudencia y discrecion le proporcionan las ocasiones de ser escuchado favorablemente, una inscripcion grabada en un altar le ofrece materia para una instruccion llena de energía y de nobleza. Para aprovechar las mismas preocupaciones, y para interesar á los idólatras en la doctrina que les anuncia, aduce en testimonio los escritos de sus poetas, y parece no se propone otra cosa si-

no reducirlos al verdadero sentido de sus tradiciones. Con igual sabiduría se conduce con los judíos, partiendo siempre de lo que hay de mas venerado en su nacion; y Abraan, Moises, los Patriarcas y los Profetas son los que por su boca atestiguan que Jesucristo es el hijo de Dios, y el Mesías prometido á sus padres.

Estos modelos debieron consultar los filósofos, mas como si Mahoma les hubiese inspirado su alma y su índole tiránico y fogoso, hubieran querido talar, destruir y aniquilarlo todo, y subyugarnos con el espanto y la fuerza. Y aun este tiene la ventaja sobre ellos de haber dejado subsistir alguna veneracion á Moises y á Jesucristo, pues conoció la necesidad de respetar los antiguos hábitos, y se penetró mejor que los novadores de nuestro siglo del verdadero

principio y movil de las disposiciones humanas. Así es que cuando alguno necesita persuadir é inclinar á otros á que le sigan en climas y regiones ignoradas y salvages, dictale la prudencia hacer esperar á los que se comprometen en la misma expedicion, que hallarán todavía personas humanas, y aun algunos conocidos antiguos de su propia patria.

En esta razon se fundan los que no desesperando ver á la filosofía salir todavía victoriosa de los golpes mortales que ella misma se ha asestado, desean que los filósofos se desprendan de esa aspereza orgullosa y ceño caballeresco que los hace tan ridículos y aborrecibles. Conviene sobre todo que conciban con claridad, que calumniar la Religion y vomitar atrocidades contra sus ministros, ni es discurrir ni enseñar; sino añadir á

la prueba del delirio del entendimiento, la de la pequeñez y perversidad de su corazon; que el furor de las declamaciones y de las injurias suena muy mal, señaladamente en ciertos hombres, que se presumen tan precisos é importantes en la sociedad humana, que no pueden concebir que los reyes no recurran á ellos en el gobierno del mundo; que todo escritor que se respeta, debe imponerse silencio en cuanto ceda en descrédito del Cristianismo, porque es una ley del estado, y un detractor público de la religion de su nacion, es un ciudadano peligroso y punible; que debe respetarse el clero, porque la patria le honra; porque reconoce en su seno varones apreciables que han contribuido á su gloria; porque entre sus individuos admira los mas fieles súbditos de su príncipe, y los mas celo-

sos conservadores de los principios que aseguran la tranquilidad pública; y finalmente porque solo es propio de unos hombres inmorales, sin educación, infatuados y disolutos, hablar con ligereza de un ministerio público, y con vilipendio de las personas que le egereen.

Cuando los filósofos reconozcan esta injusticia, ó si así se quiere, salgan de este error tan funesto en sus consecuencias, aconsejadles, Señor Vizconde, que reparen el tiempo que han perdido en declamar contra la doctrina y las rentas del clero, y que cooperen con el mismo clero en sus fatigas, para lograr lo que indisputablemente es útil á los hombres y á la sociedad. Lo que ya está bien, debe confirmarse; y así se procede con buen consejo, y se alivia y simplifica el trabajo. ¿Puede darse una po-

litica mas falsa y mal entendida que abrazar siempre y preferir lo quimérico é impracticable? ¿que emprender la reforma de todos los sistemas? ¿que intentar torcer mas bien que cambiar el antiguo régimen de los gobiernos, y únicamente presentar ideas de trastorno y destruccion? ¿No es una filosofía mas sensata, grave y respetable no alterar, innovar ni menos destruir sino lo menos posible? ¿rectificar todas las cosas sin que parezca tocarlas? ¿hacer á los hombres mejores y mas felices, sin escitar conmociones violentas? ¿y por medio de resortes imperceptibles convertir al bien general los mismos defectos y vicios de la constitucion actual de las sociedades? Los obispos y sacerdotes, sean cuales fueren sus cualidades personales, enseñan una moral y predicán virtudes que todos los princi-

pes del mundo tendríanse por dichosos de verlas en toga en sus estados, interesando altamente á todos los pueblos de la tierra, que permanecieran grabadas en el corazón de sus reyes. ¿Por qué no se unen primero con los ministros de la Religión para inspirar á los hombres el amor de lo que es justo, honesto y útil? ¿Y por qué no juntan todos los anatemas de la razón, de la humanidad y del honor, á los que el Cristianismo fulmina contra el libertinage, intemperancia, insensibilidad, avaricia, egoismo y todos los vicios, que en el seno de los imperios son otros tantos gérmenes de depravacion y decadencia? ¿Bástales á unos hombres que arden en la apariencia en deseo de salvar á la humanidad y á la patria, declamar eternamente contra los abusos? Disertadores inútiles! aprove-

chad lo que hay de sano y razonable en la doctrina de ese clero, que execrais inexorablemente, sin que jamas haya causado ningun perjuicio á los hombres, y entonces os presentareis con mas decoro á reformarle, ya que absolutamente quereis la reforma; y le hallareis tambien mas dispuesto á respetar vuestras luces, á admirar vuestra sabiduría, y á someterse á vuestra censura, cuando le hubiereis honrado con vuestra aprobacion y estima en los puntos en que es irreprehensible, y en que verdaderamente ha servido á la humanidad.

Ah! ¿y os afrentareis de participar con los ministros de los altares del inestimable placer de hacer bien á vuestros semejantes, y de ilustrarlos acerca de sus verdaderos intereses? ¿Es generosidad desear la felicidad del mundo con la condicion de



qué vosotros habeis de ser los únicos que se la proporcioneis? ¿Creeis por ventura que el carácter de obispo y de sacerdote sea incompatible con el celo y las inclinaciones de un virtuoso ciudadano? Tended la vista por toda vuestra circunferencia, y decidme si no descubris en parte alguna las huellas, la atestacion de la capacidad del orden eclesiástico para el glorioso encargo de hacer bien á los hombres? Y entre todos esos monumentos inmortales y augustos de beneficencia, que veis erigidos por todas partes, ¿creeis que no se halle ninguno que la Religion pueda reivindicar como el fruto de su inspiracion, y que la miseria pública no deba á los sacerdotes? Oh! ¡cuán injusto seria pretender, que todos los recursos que subsisten para las necesidades de la porcion menesterosa y afligida de la

humanidad nos dimanen de la filosofia! la enfermedad, la vegez, la indigencia y la infancia, que hallan tantos asilos cómodos y seguros en el recinto de la inmensa capital, como hasta en el centro de las mas remotas provincias, á otros hombres y no á unos filósofos tienen que bendecir y reconocer como á sus bienhechores.

## DISCURSO DÉCIMO.

*Conclusion.*

**D**e todas estas reflexiones resulta, mi querido Vizconde, que la filosofía de este siglo no es otra cosa, que la aversion premeditada de la verdadera sabiduría; y que no hay que pensar que pueda ser jamas buena y util á los hombres, cuando por su carácter esencial es ella la que desconcierta de raíz cuanto puede servir para hacernos mejores y mas felices; debemos mas bien temerla y evadirnos de su seduccion, pues aun lo que parece tener á primera vista de sano y laudable, es el artificio de una refinada hipocresía, que bajo la apariencia de la buena fe oculta el designio de alucinarnos y corrompernos;

que afectando celo por el bien público, forma y alienta el proyecto criminal de destruir toda autoridad, de borrar todos los principios de los deberes humanos; ofrece ilustrarnos, para oscurecernos y cegarnos mas á su salvo; medita nuestra persecucion y esterminio revistiéndose de clemencia; pone en movimiento todos los resortes del disturbio y de la sedicion, cuando solo respira la paz y predica moderacion; y si la fuerza igualara á su perversidad, llevaria la muerte al seno de los estados, y por último los sentimientos, las máximas y las costumbres que inspira, han producido constantemente la decadencia de las sociedades y la ruina del orden público<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Siempre es peligroso mantener á los hombres en ideas de libertad é independen-

Es tan universal la persuasión de la malignidad del espíritu y de los sis-

cia, y quanto mas ascendiente logren los filósofos en el espíritu de los pueblos, tanto mas comedidos deben proceder en materias que estan espuestas á grande abusos. ¿Cómo será posible suponer una intencion virtuosa en esos escritores que hacen alarde incesantemente de diseminar máximas republicanas en el seno de una nacion que reconoce sumisa un gobierno monárquico? Podemos con razon mirarlos como espíritus turbulentos y orgullosos, que no apartan la vista de las revoluciones favorables á las en presas de la vanidad y de la licencia. Los escritos de un filósofo, verdaderamente amante de su patria, jamas deben dar lugar á que imagine el pueblo que puede ser gobernado de otra manera. Todas las formas de gobierno estan sujetas á inconvenientes; y lo peor de todo consiste, en que no se pueda impedir que unos hombres que únicamente son responsables á la patria del tributo personal de respeto y obediencia á la autoridad, fascinen

temas de los incrédulos, que la palabra *filósofo* solo se toma ya en un mal

á los pueblos con males inevitables, haciendo servir las imperfecciones y desventajas, inseparables de todas las constituciones humanas, al descrédito del régimen nacional, y á debilitar y aun extinguir el amor patriótico en el corazon de sus conciudadanos.

*Los antiguos filósofos de la Grecia, añaden, ¿qué no han hecho, dicho y escrito para conservar la libertad de sus ciudades erigidas en repúblicas? Así los novadores mas peligrosos han procurado condecorar sus malignos ardidés con la autoridad de los grandes hombres de la antigüedad, bien que sea tan ridícula la comparacion de los filósofos griegos con los nuestros. Y pues se nos presenta la oportunidad de confirmar lo que hemos dicho de la falsedad de su celo por la prosperidad pública, recordemos aquí cuales eran las miras y el espíritu de aquellos antiguos sabios, á los cuales se comparan tan impávidamente nuestros Licofrones mortales.*

sentido, habiendo cundido su descrédito con increíble rapidez. Apropian-

Los filósofos de la Grecia eran excelentes ciudadanos, pareciendo increíble lo que nos cuentan los escritores de la historia antigua, de su celo en conservar la constitucion política de su país. Mas para compararlos con los filósofos de nuestros días era preciso antes convencerlos, que solo se habian afanado con tanto teson en sostener la libertad republicana, porque es mas facil de hacerla degenerar en licencia que cualquiera otra forma de gobierno. Era natural que se sintiesen inspirados por el espíritu democrático unos hombres que tenian que instruir y mejorar aquellos pueblos que habian nacido bajo aquel régimen. Porque en verdad cualquier filósofo que se propone miras, cuya egecucion requiere grandes mudanzas, debe reputarse por uno de los soñadores delirantes inútiles, que se alimentan de las ilusiones de la fantasia; y si se dedica á producir la fermentacion en los ánimos, y en que sus ideas adquieran un séquito y una aceptacion con

dose este dictado los enemigos de la Religion, le han envilecido hasta temer

que precisamente ha de desmerecer á los ojos de la nacion el carácter de su gobierno, es el enemigo mas nocivo y peligroso que una sociedad puede mantener en su seno. La sabiduria no consiste en querer producir de nuevo, sino en hacer bueno lo que ya existe. Genofonte, que conocia tan bien como cualquier otro filósofo el precio de la libertad, daba personalmente la preferencia á la monarquía sobre todos los otros gobiernos; mas no por eso era menos ardiente y eficaz que sus compañeros en fomentar entre los griegos el espíritu republicano. Su tratado sobre el gobierno de Lacedemonia, es una de las producciones mas bellas y mas perfectas de política que ha salido hasta ahora de la pluma de un filósofo. A la vista perspicaz de aquel vasto genio, el arte de gobernar no es ciertamente el arte de meditar, proponer y dirigir grandes revoluciones; sino el arte de formar á los hombres cuales deben ser, animarlos del espíritu que

injuriar á los verdaderos sabios llamándolos filósofos: ¡ tanta fuerza tie-

conviene á su situacion política, y amalgamarlos por decirlo así, con la forma de gobierno que los rige, y que deben mirar como necesario, único é inmutable. Nadie elogió mas dignamente á Licurgo que Genofonte, porque supo mejor que otro ningún filósofo penetrar el espíritu, y sondear la profundidad de los principios de aquel grande legislador. Temia Genofonte en los griegos lo mismo que hoy haria el triunfo de nuestros filósofos; es á saber, el supremo abuso de la libertad, el olvido de toda religion, y el menosprecio de las buenas costumbres. Para corroborar mas y mas en ellos la estimacion y la práctica de las virtudes graves y austeras, aplicábase este filósofo á conservar entre ellos aquella disposicion de desden y aversion á las costumbres afeminadas y voluptuosas de los asiáticos, que eran reputados por toda la Grecia como los mas viles de todos los pueblos. Sabido es lo que se esmeró en reproducir en Atenas el

ne el abuso de los títulos mas respetables para que se miren con tedio y

amor á la virtud, al trabajo, á la sobriedad, y á todos los ejercicios propios á formar columnas y defensores de la patria. Con haberse seguido sus consejos, fuera Atenas otra Lacedemonia, y estas dos grandes repúblicas, en lugar de chocarse y empecerse la una á la otra por su índole incompatible y encontrados intereses, hubieran sido capaces de oponer en su reunion una fuerza invencible á todas las empresas que se hubiesen intentado contra su libertad, y tal vez mantener indestructible el estado de la Grecia. Empero mientras que Lacedemonia, austera en sus costumbres, inmutable en sus máximas, inapeable en sus designios é inalterable en sus fatigas, ofrecia los egemplos mas patentes de lo que puede producir un pueblo imbuido en los principios de la grande y sólida filosofía; la falsa, esto es, una filosofía enteramente semejante á la nuestra, corrompia y afeminaba á los atenienses; á quienes nada les repugnaba abandonar la

desconfianza! Cuando se dice que alguno *ni teme á Dios ni á los hombres;*

ciudad al saqueo y al incendio, en el mismo tiempo en que delante de sus ojos inmolaban los espartanos egereitos enteros de bárbaros á la conservacion de la libertad comun.

Los filósofos de nuestros dias no hablan incesantemente sino de libertad, ó lo que es lo mismo, bajo un nombre inocente, pero que se ha hecho sumamente equívoco en su pluma, aspiran á disgustar á los hombres aun de la sugesion necesaria á todas las formas de administracion. Pero los antiguos que con mas razon eran los amigos de los pueblos, lejos de inclinarlos á estender el círculo de la libertad republicana, y de hacer servir sus luces para desenfrenar el espíritu de independenciam, reunian todos sus esfuerzos contra la propension natural de las repúblicas hacia la anarquía, y mas bien las encaminaban á la severidad de una dependencia entera y universal, que no favorecian la relajacion de la independenciam. Aplicábanse á imprimir en las leyes, escri-

*que todo lo atropella, menos los medios de proporcionarse su felicidad*

tas con sencillez y en corto número, un carácter de magestad y de rigidez, que las hacia, si era posible, tan fuertes, inflexibles é imperiosas como la autoridad soberana de la monarquía mas absoluta. Quanto mas libres eran aquellos pueblos, tanto mas creian aquellos filósofos que era necesario establecer en ellos sobre los mas sólidos fundamentos, las reglas de las costumbres y de la sociedad. Pitágoras, Tales, Anaxágoras, Sócrates, Arquitas, Platon, Aristóteles y una infinidad de otros, llenaron la Grecia de los mas bellos preceptos, con aquel espíritu de celo, adhesion, desprendimiento y de patriotismo, con aquella *civilidad* que entonces no se ceñia á significar la suavidad de las costumbres que hace á los hombres sociables; un hombre *civil* era un buen ciudadano, acostumbrado á considerarse á sí mismo y á toda su familia como parte de un cuerpo mas grande, que era el del estado; que educaba á sus hijos en aquel mismo espíritu, instruyéndolos

*personal* ; naturalmente responden: *luego ese es un filósofo*. En nuestros

desde la cuna á amar y respetar á la patria como á la madre comun, á la cual pertenecian mas aun que á los autores de sus dias. *Tambien hubo, en verdad, dice el Señor Bosuet, algunos estravagantes, que tomaron el nombre de filósofos: mas solo lograban séquito, los que enseñaban sacrificar el interes particular, y aun la misma vida al interes general y á la salud del estado; y era máxima muy comun entre los filósofos, que debia uno separarse de los negocios públicos, ó no mirar en ellos otro que el bien general.*

Empero ; cómo degeneran las ideas y se transforman por el transcurso de las edades! Entre los antiguos la palabra de *libertad* encerraba la precision de comprometerse y sacrificarse por la salud del estado; el amor de la libertad hacia á todos los particulares esclavos de las leyes mas penosas y severas, inmолando todos los intereses del individuo al interes de la libertad pública; y hoy este nombre solo escita y reproduce ideas de

dias hemos visto infelices condenados al suplicio, que rechazaban hasta el último momento los ausilios de la Religion, insultando al espirar el celo de un sacerdote, que á su lado derramaba amargas lágrimas por su obcecacion; y al salir de aquella espantosa escena los espectadores decianse unos á otros: *eran unos filósofos*. Así es como todas las clases de hombres, de cualquier estado y condicion que sean, y los desgraciados todos, pueden obtener ahora y efectivamente obtienen el *grado filo-*

*egoismo*, insubordinacion, libertinage y de impunidad. A este van á parar todos esos apóstrofes eruditos, todas esas máximas griegas, todas esas sentencias platónicas, que comunican tan noble vigor á los escritos de nuestros Licurgos modernos, y que repiten con tanta galanteria en las tertulias nuestros acicalados filósofos.

*sófico*. Ya no son las ciencias de la física, ni de la moral, ni de la política las que deciden de la aptitud para esta denominacion que á tan pocos hombres se aplicaba en otro tiempo, sino que cualquiera titulado ó noble ignorante, que con ademán de superioridad y tono enfático, prohíbe al preceptor de sus hijos que les hable de Religión, y que los lleve á la iglesia; cualquiera hidalgo que en su despacho lee algun folleto libertino, y saca burla neciamente de los que van á la misa ó al sermon; cualquiera casquivano que hace alarde de engañar á su padre, y de no creer en Dios, ni en que hay infierno; cualquiera criado de los que se aplauden y vanaglorian de las intrigas y embustes para ganarse la confianza de su amo, de la que abusa impunemente, preciándose de no tener equidad ni re-

ligion ni conciencia; á todo esto se llama *filósofo*, y realmente lo es en la propiedad de la significacion que ha contraido esta palabra despues que con nuevas luces camina todo á su desarrollo y perfeccion<sup>1</sup>,

1 Un profeta que hubiese hecho esta prediccion: *Vendrá un tiempo en que las palabras significarán cosas contrarias: á las que habian significado hasta entonces: las acciones producirán un efecto opuesto al que debian producir: cuando se predique la licencia, se creerá que se trata de subordinacion; cuando se arme al fuerte contra el debil, al bribon contra el hombre de bien, al criado contra su amo, clamarán: viva la Justicia! Cuando en aquel trastorno general alentando á todos los vicios se romperán todos los vinculos de la sociedad, clamarán á una voz: llegó el restablecimiento del orden, todos los hombres van á ser felices!* Este profeta hubiera pasado por un insensato; y sin embargo este insensato hubiera predicho puntualmen-



Hay sin embargo ciertas personas muy distantes de emprender la defensa de semejante secta, y que dificultan creer que se le pueda suponer el designio de quitarnos el freno de las costumbres y de corromper á los hombres. *Basta, dicen ellos, precaver á los entendimientos contra la doctrina de los filósofos, y hacerles ver que conduce á unas consecuencias sumamente desagradables. Un designio como este no se halla en la naturaleza, y carece de toda verosimilitud.* No me propongo explicar cómo puede tener una intencion tan desordenada y tan inconcebible el que me

te, así los efectos mágicos de la moderna filosofía que fascina los entendimientos, como la docilidad de los entendimientos que se dejan fascinar por la filosofía moderna. *Siglos literar. Disc. prel.*

perjudica y me pierde con una conducta, cuyos efectos son esencialmente y con toda evidencia nocivos y ruinosos; pero tengo la convicción del hecho mas visible para fundar mi creencia acerca de este misterio de perversidad. Supongamos, mi caro Vizconde, que alguno os digera: hay en París ciertos aventureros que con el nombre de médicos acabarían con nosotros si los escuchásemos, y siguiéramos sus preceptos y nueva doctrina. Jáctanse de probar con las mejores razones, que hasta ahora no se han tenido ideas exactas y verdaderas de la manera de conservar la salud. Dicen que la abstinencia, la sobriedad, el uso moderado de todas las cosas, que se miraban como la basa del bien estar físico del hombre, son precisamente el manantial de casi todas las enfermedades que le afli-

gen; y que su vida es tan corta y tan llena de penas y de dolores, porque se sujeta á unas reglas de templanza y de precaucion, que perturban y desconciertan toda la economía animal. La dieta, segun ellos, es mortal á todos los hombres, y cuantas veces nos imponemos una privacion, aumentamos un grado nuestra disposicion á perecer, siendo la grande máxima de aquellos nuevos Esculapios, que para formarse una constitucion robusta é invulnerable, conviene necesariamente usar de todo sin discernimiento ni medida; hartarse, si es posible, de cuanto lisonjee nuestro apetito, y mantenerse en este estado de saciedad y plenitud, el cual, dicen ellos, que constituye el verdadero resorte de la salud y de la vida. Si alguno pues os hiciera esta narracion, ¿no tendriais por una burla el

que otro le replicase con seriedad? *Ciertamente no es prudente adoptar el régimen de esos doctores; pero no se puede dudar que en todo eso llevan buenas miras, y creen prestarnos servicios muy provechosos é interesantes. Sin imponerles la nota de mal intencionados, basta advertir al mundo que no se fie de su método; que podria tener malas consecuencias.*

Así nuestros filósofos son tan á las claras los malhechores del género humano; aun mas: son los espectadores de la desastrosa revolucion que ha producido el espíritu filosófico en las costumbres, y han de convenir por precision en que jamas ha estado la juventud mas disoluta, ni se han menospreciado mas las leyes, ni las obligaciones han estado mas olvidadas, ni se ha violado con mas

descaro la fe conyugal, ni desconocido la autoridad paterna, y por consiguiente los cimientos de la sociedad no han estado jamas tan amenazados y vacilantes, como desde que un entusiasmo frenético ha puesto en boga sus extravagancias. Y esta experiencia de los males que han producido ya sus sistemas, ¿los ha hecho mas circunspectos y comedidos? Vestigios tan palpables de los estragos de la filosofía, ¿han hecho retroceder á los filósofos? ¿Han mudado de direccion, ó concebido otro plan, desistiendo de un método que tan mal les habia salido, y que aun habia hecho á los hombres mas falsos, mas engañosos, y en una palabra, mas insociables? Al contrario; este espectáculo de una corrupcion tan radical é irremediable ha alentado mas su osadía para sumirnos en el abismo,

y ciegos ya en todas las materias, exasperarnos contra toda autoridad, é inspirarnos el disgusto y el tedio á nuestras obligaciones. Pues si tales hombres, Vizconde amado, nos dañan y nos pervierten con la intencion de hacernos bien, necesario es que confesemos, que esta intencion en ellos es mucho mas inconcebible y fuera de lo *natural*, que la de causar nuestra perdicion.

*Basta, dicen, demostrar que la doctrina de los filósofos conduce á consecuencias muy peligrosas. Pero si estas consecuencias estan tan identificadas con la misma doctrina que las contiene, que es imposible se oculte á los filósofos á donde llevaria á los hombres la práctica de sus sistemas; si á mas de esto, las ilaciones mas horrorosas y temerarias que se puedan deducir de la ense-*

ñanza de la filosofía, se hallan ya de manifiesto y espuestas con la mayor claridad á la vista del público por la misma filosofía, ¿no es un absurdo querer suponerle miras inocentes y motivos de beneficencia? ¿Qué consecuencia puede concebirse que sea mas atroz que esta? *El hombre no se debe á otro mas que á si mismo, él es su Dios. Puede y debe emplear sus facultades en la destruccion de toda fuerza que quiera sugetarle. No hay verdad, principio ni deber que no esten subordinados á su interes, y la naturaleza misma le arma contra el cielo y la tierra, y contra los altures y los tronos, si encuentra potestad alguna que le dispute su dominio soberano sobre sus acciones.* Y no es esta una de aquellas consecuencias-recónditas en una doctrina que parece sana á primera vista, ó que se recogen laboriosamen-

te de mil pasages esparcidos á fuerza de inducciones y de analisis, sino unas máximas reconocidas por nuestros filósofos, los cuales las ofrecen al público, no para que se aplique á comprenderlas, sino como axiomas de la verdadera moral, y verdaderos principios de la felicidad humana. No habreis olvidado, Señor Vizeconde, los monstruosos rasgos que os he referido poco hace, y así creo poderme dispensar de añadir otros nuevos<sup>1</sup>. Si ciertas almas pacatas en demasia se resisten á la evidencia de los hechos que justifican el descrédito de la filosofía, atribúyase á su pusilánime benignidad; yo no tengo un interes especial en agravar los yerros de esa secta, que no necesita mas que dejarse ver para que se la

<sup>1</sup> Véase el fin del discurso quinto.

aprecie en lo que vale. No tengo de que quejarme personalmente de ningún filósofo, antes bien estoy reconocido á aquellos de quienes he leído los escritos, ú oído los frenéticos discursos en las reuniones, de haberme ilustrado mas de lo que estaba sobre la necesidad de la Religion, y la infelicidad de los que la abandonan; pero insistiré siempre en que los filósofos solo se declaran con encono, y conservan ogeriza contra lo que reprime la licencia, y no se proponen sino pervertir á los hombres!

*1 Diga cuanto se le antoge una falsa sutileza, dice el Abate Trublet, la Religion es un freno que impide muchos crímenes; es el fundamento mas sólido de las sociedades, suministra los motivos mas poderosos de probidad, y sin ella los demas motivos, que no pasan de la esfera de humanos, no tienen una firme subsistencia. La pérdida de la Fe*

así los veo yo, y el horror de tan negro carácter no puede oscurecer la verdad de las pruebas, que nos obligan á acomodarle á los detractores del Cristianismo. ¡Y que semejantes hombres hayan subyugado esa grande porcion de nuestros conciudadanos!

Dicen no obstante que el reinado de la filosofía llega ya á su término;

*induce espontaneamente la de los sen'imientos de honor; el que no teme á Dios, porque no cree en él, menós temerá á los hombres que mira con desprecio, mirando sus juicios como efecto de la preocupacion, y menos aun temerá á las leyes, temiendo menos la muerte. La Religion aumenta este último temor, y es uno de los efectos mas útiles respecto á la sociedad. De donde concluye este escritor, que es imposible conciliar la probidad con el sistema de la Incredulidad. La esperiencia confirma esta prueba.*

que esta era una crisis que como las otras debia tener su período, y que ya todos se van desengañando sensiblemente del ciego entusiasmo que habia enagenado los entendimientos.

Así debemos desearlo muy de veras, mi querido Vizconde, para honor de nuestra nacion y reposo de nuestros compatriotas. Pero es de temer, que aun cuando la filosofía aterrada y confundida á la vista de los precipicios á que se ha abalanzado, se cure del furor de publicar escritos impíos y sediciosos, se sentirán por largo tiempo los malignos efectos de la revolucion deplorable que ha promovido en los entendimientos y en las costumbres. Vense por todas partes los infaustos indicios de la profundidad y duracion de la llaga que ha producido en todos los estados de la sociedad, siendo una fatalidad bien lasti-

mosa, que basta un solo momento para destruir lo que servia para la enmienda y felicidad de los hombres, y que siglos enteros no pueden estirpar lo que los pervierte y hace desgraciados. Los escritores virtuosos, aquellos verdaderos bienhechores de la humanidad mueren, y sus obras se eclipsan con ellos, ó no sirven mas que para ocupar los estantes de las bibliotecas. Pero los escritos escandalosos sobreviven á los hombres perversos que con ellos han depravado el mundo, y los autores de los malos libros son los únicos malvados que desde el fondo de sus sepulcros egercen todavía el espantoso poder de corrompernos y de perdernos. Estos libros cobran, por decirlo así, la reputacion de clásicos en las tertulias ociosas; y se emplean todas las formas para disfrazar dorando el ve-

neno que encubren; y la tipografía apura y saca á lucir todo su lujo y toda su magnificencia para decorar los despreciables monumentos del desahogo de las pasiones, que ha preconizado todos los vicios y envilecido todas las leyes. Précianse de tributar una especie de culto doméstico hasta á la sombra de lo que ha escandalizado al universo entero; y las paredes de nuestras habitaciones, en donde la vista de nuestros padres encontraba con tanto placer los simbolos inocentes y respetables de sus eternas esperanzas, participan ahora con nosotros de la afrenta de nuestra degradacion, y solo ofrecen á nuestros ojos el simulacro del genio malféfico, que ha cerrado nuestro corazon á la verdad y á la sabiduría.

¡Qué funestos presagios para lo venidero, mi querido Vizconde; ¿y

qué hombre de bien no se estre-  
 mece solo con pensar lo que será  
 esa juventud del dia, esos seres in-  
 domables, sin freno, sin costum-  
 bres, sin religion, y sin ningun  
 principio de orden y de conducta,  
 que han de ser los padres de fa-  
 milia de la generacion que nos su-  
 cede, que han de tener en su ma-  
 no la balanza de la justicia, que han  
 de tomar parte en los afanes y aten-  
 ciones del ministerio público, que  
 han de egercer la autoridad sobre  
 nuestras provincias, y decidir del  
 destino del pobre y del desvalido?  
 ¿No es tratar con sobrada ligere-  
 za el grande y serio interes de las  
 costumbres públicas, consolarse del  
 estrago que han causado los siste-  
 mas impíos, con la fria esperanza  
 del descrédito, que tarde ó tempra-  
 no hará caer la manía filosófica, y mi-

rando la estimacion y valia que logra la Incredulidad , como una de aquellas modas que pasan rápidamente, sucediéndoles otras fantasías? Semejantes máximas dimanar necesariamente de esa inaccion é indolencia universal en que ha sumergido á todos los estados el espíritu de nuestro siglo. Si algun viento aciago arrojase á nuestras costas enjambres de insectos dañinos , que talando los campos y viñas , nosotros y nuestros hijos hubiésemos de temer los horrores de aquella plaga ; si las academias movidas de los infortunios que nos amenazan , destinasen coronas al físico que descubriera la mejor operacion para limpiar y ahuyentar de nuestras campiñas aquella raza desoladora , y se adjudicase el premio al que nos dice que *conviene dejar pasar aquella avenida* , y que degemos á la

fuerza destructiva del tiempo á que disipe aquella maldicion ; en semejante resolucion y discernimiento, ¿podria consolarse y esperar mucho la salud pública? Me conoceis bastante para no dar á esta comparacion una interpretacion contraria á mis sentimientos y principios. Vitupero una intolerancia estremada, así en los defensores como en los enemigos de la Religion , y nadie como yo desaprobaria el celo que provocase el rigor de la autoridad contra nuestros filósofos ; pero observo que la impropiedad y quejas de los hombres de bien se ven espesadas con un desaliento y frialdad , que harian creer que los males que nos affigen son efecto necesario de un destino inevitable. Aquellos mismos que al celo del bien juntan el poder de concurrir á procurarle , se contentan con unas



medidas tan inciertas , indecisas y oscuras , que jamas de ellas puede resultar una reaccion verdadera que contenga los progresos de aquel calamitoso contagio.

¿Qué hariais pues si tuvierais poder? me preguntareis. Ah! querido Vizconde mio , no hay nadie que no diga: *Si yo tuviera la autoridad haria esto, desharia aquello*; y todos deciden del uso que harian del poder para destruir y extirpar los abusos, por el que mas los afecta personalmente! Pero el hombre que realmen-

t El compositor de libros , que se presume que los libreros le han engañado, dice: *Si yo fuera Rey, ya pondria orden al latrocinio tipográfico. Y yo, dice el litigante que ha perdido el pleito, castigaria á los tribunales de justicia, porque no la administran con rectitud. Y yo, dice el filósofo irreligioso, haria de modo, que no quedasen ni*

te se halla revestido de aquel poder con que nos parece que nosotros obrariamos mejoras y reformas tan estupendas , como no está ostigado como nosotros por los mezquinos intereses de la situacion y de las circunstancias , párale á cada paso la imagen de las contradicciones y de continuos estorbos. Cuanto mas libre se siente de las pasiones que agitan á los particulares, logra mas facilidad

*sacerdotes ni biblia ni iglesia. Y yo, dice el fanático, desterraria ó haria encerrar á todos los incrédulos.* A estas ineptias se reducen generalmente todas las profundas reflexiones de nuestros políticos *en el rincón del hogar.* Somos muy niños en creer que todo iria perfectamente dirigiéndose por e-  
interés personal ó local que nos atañe, siendo la conveniencia ó conformidad de las cosas con nuestros deseos particulares, la única base de la idea que formamos del orden general. ®

y tranquilidad para obrar con prudencia, y preve las consecuencias y dificultades que se oponen y embarazan el egercicio del poder. La autoridad imaginaria reforma, corta y trincha á discrecion, porque en la especulacion todo es posible; pero el poder verdadero y práctico ve con frecuencia el mal público en aquello mismo, que á nosotros nos parece tan conducente y aun necesario al bien comun. Necesita combinar la utilidad de las prohibiciones con la facilidad de las transgresiones, los inconvenientes de las precauciones, la necesidad siempre penosa de los castigos frecuentes; tiene que consultar la disposicion actual de las cosas, el espíritu del tiempo, la naturaleza de los recursos, de que puede valerse para sugetar el éxito de sus providencias, porque desmerece y decae la

autoridad en la falta de acierto; y siempre es á espensas de su firmeza y dignidad, si se espone á la necesidad de ceder á la fuerza mal prevista de las congeturas: consideracion imperiosa, que por sí sola hace difícil y acerbo el egercicio de toda especie de superioridad. El abuso de las letras y de la filosofia no es el que ofrece menos obstáculos al celo de los depositarios del poder. Expida por egemplo el tribunal supremo órdenes severas para la proscripcion de los libros peligrosos, y persecucion de los que los han escrito. La publicidad del castigo impuesto al primero que las infrinja, pondrá sin duda freno á la osadía de los que quisieran imitarle; pero á mas de que este aparato deja en su vigor el vicio radical que ha producido los escándalos, resulta tambien infaliblemente un desorden,

que no será menos funesto á la armonía pública que el que se ha propuesto evitar, á saber, una division mayor y un odio mas irreconciliable entre la filosofia y el sacerdocio. Bien pronto los sacerdotes serán tenidos y representados por los familiares de la secta como los enemigos de los literatos, atribuyendo á su intolerancia y á sus fraudes las trabas que sugeterán la libertad filosófica. Se exaltarán los ánimos; y el mismo silencio que se imponga á unas lenguas poco acostumbradas á guardarle, señalará la época, y se transformará en manantial de una separacion mas escandalosa entre el liceo y el templo. No podrán contener su resentimiento los aturdidos celadores de la filosofia, vendrá la fermentacion, las sordas sugeriones, las tramas subterranas; saltarán chispas de conspiracion por

todos los puntos, sentiránse las explosiones, y todos los dias habrá rebeldes que castigar.

La porcion virtuosa de nuestros conciudadanos posee en su seno, Señor Vizconde, una fuerza mas victoriosa de lo que piensa, contra el progreso de la desolacion de que ella misma se lamenta. Atendiendo al número, calidad y aprecio de las personas y corporaciones respetables que vemos todos los dias postradas desde la aurora delante de los santuarios, ó recogidas ante las cátedras evangélicas, no podemos menos de concebir, que una clase tan elevada y distinguida, puede producir en la opinion la revolucion saludable para la permanencia de la Fe y restablecimiento de las costumbres. No debe dirigirse este impulso al trono, que no es preciso intervenga en una re-

forma de este género ; sino á nuestras academias y sociedades literarias , que se honran con la estimacion de los hombres de bien , y que pueden contener con mas celeridad y eficacia el curso de los sistemas escandalosos ; que toda la solemnidad de los edictos mas severos. Los que se ocupan en los medios de alejar de nosotros la epidemia que se apodera de nosotros y nos corrompe sin remedio ; empleen en esto todas las tentativas de su celo. Estos son los tribunales , á quienes incumbe ejercer esa autoridad especial , que requiere la proscripcion sólida y radical del espíritu de irreligion ; estos son los jueces de los escritores , los árbitros del mérito , los apreciadores de los talentos y los remuneradores de los trabajos ; porque nada en verdad inspira con mas violencia á un autor,

que se prepara á enriquecer la república de las letras con un nuevo libro , como el deseo de obtener los aplausos y los elogios de esas sociedades justamente respetadas por la superioridad de sus luces ; y que lo fueran mucho mas todavía , si hubiesen estado en todo tiempo solícitas en reprimir los desbarros de una filosofía arbitraria. Si se cubriese de oprobio al que osa desacreditar la Religion ; si se desestimase los talentos sin el amor de la verdad y de la sabiduría , y si las academias tuviesen irrevocablemente cerradas sus puertas al que una vez hubiese tiznado su pluma con las blasfemias de la impiedad , no habria un solo escritor que no temiese aun el dar lugar á que sospechasen sobre sus principios ; porque entonces la sabiduría en las producciones haria parte del buen

gusto, sintiendo deshonrarla con pasar por impío, así como ahora se siente parecer trivial ó inepto. Como los literatos jóvenes se deciden á un género y á una materia con preferencia á las otras conducidos por la ambición de agradar á los conoedores: proponiéndose escribir en las ideas de los que deben juzgarlos; conviene que estos comuniquen á su celo contra el abuso de los talentos y las tentativas de una filosofía desenfadada, toda la importancia, toda la publicidad de que han carecido hasta el día. Establecidos en medio de esta inmensa ciudad para hacer que las luces, la elocuencia, las artes y las ciencias sirvan para la utilidad pública, á ellos debe confiar la autoridad la vigilancia en cortar y ahuyentar los escándalos y estragos, cuyo fomento y origen se hallan en su imperio. A

ellos incumbe poner delante á todo escritor, que propenda á la licencia ó al descrédito de la Religión, la amarga perspectiva de la censura é infamia indeleble, y de una incapacidad irremediable para todos los honores literarios. Las letras no salen de la esfera de un pasatiempo frívolo, de una esteril y vana recreacion, cuando no sirven para hacernos mas virtuosos, y no nos aficionan á nuestros deberes: y desacreditan á los ojos de todas las naciones y de todas las edades á los que las cultivan, si en sus manos se transforman en el instrumento del vicio para ruina de todas las reglas del bien obrar. ¿Quién restablecerá el orden y la disciplina hollada en el imperio literario, sino los tribunales destinados á garantir y conservar el depósito de los verdaderos principios, y contener dentro de los

límites del gusto, de la sobriedad y de la verdad todo entusiasmo que intenta desviarse? Pero la república de las letras, dirán, es un estado libre, y á nadie en ella debe imponerse la sugesion de guardar tanto comedimiento. ¿Acaso una máxima tan equívoca y tan vulgar puede autorizar á que se abandone lo que hay de mas sagrado en la tierra á la discrecion del aturdimiento mas indomable? ¿Y es acaso egercer una tiranía odiosa contener una filosofia que se remonta ciegamente sobre su esfera atropellando por todo? ¿Qué libertad es esa que lo agita, perturba y conmueve todo en torno nuestro, y que deseara entregar á una general depredacion la santidad de las leyes, del culto y de las costumbres de toda una nacion entera?

Nuestras academias, á mas, tie-

nen un interes muy vivo y personal en oponer una resistencia pública á los esfuerzos de la audacia filosófica, y no pueden olvidar que su espíritu y sentimientos se mirarian con desconfianza, sino clamaran contra abusos tan enormes y tan evidentes, calificándose entonces su indulgencia de una conivencia ó complicidad criminal. Estas corporaciones se hallan largo tiempo en posesion del respeto y deferencia, que tan justamente se deben á la reunion de los grandes talentos y de las grandes virtudes; y esta condescendencia, y aun su mismo silencio, les haria participar con los escritores turbulentos y disolutos de la responsabilidad de unos escándalos tan denigrativos. ¿Qué oprobio para las letras, si en el seno de unas sociedades, que nuestros soberanos fundaron con tanto

celo y munificencia para reglar el buen uso de los talentos y de las luces, se descubriese un dia el foco del disturbio y de la desolacion pública! Vuestros predecesores, podria decirse á los académicos de nuestros dias, aquellos hombres, cuyos escritos immortalizaron su siglo, y cuyos nombres inspiran el reconocimiento y una tierna veneracion, salian con denuedo á la palestra en sus juntas mas solemnes, y se declaraban contra la incertidumbre misma, que se encaminaba á oscurecer ó hacer vacilar en los principios del culto y de la moral; y presentando como incontrastable á los ojos de toda la nacion la incorruptibilidad de sus sentimientos y de su filosofia, imponian á todos los talentos la saludable necesidad de respetar en todo el depósito inviolable de la Fe y de las

costumbres. Así los escritos impíos eran raros; y el público que los miraba con horror, los arrojaba con vilipendio al cieno que los habia producido; y en nuestros dias han resucitado al favor del frenesí ó demencia general que ha dado en adoptarlo todo, y que todo lo admira, lo aeoge y lo aclama; y en tanto vosotros habeis cerrado los ojos á unos abusos y á unos atentados, contra los cuales vuestros antiguos predecesores hubiesen fulminado todos los anatemas de la razon, del honor y del gusto. Los hombres de bien, que aguardaban las reclamaciones de vuestro celo por la verdad, y de vuestro amor á vuestros conciudadanos, observan con asombro vuestro constante silencio, en medio del desorden y de la confusion en todos los ramos confiados á vuestra direccion; y con esta condescendencia,

mas orgullosa y engreída la licencia, ha dicho y escrito, redactado, reunido y publicado tales abominaciones, que bien se puede desafiar á los siglos venideros, á que jamas llegarán á superarlas, pudiéndose presentar á todas las edades como la suma de los horrores posibles á la perversidad humana. ¿Necesitábase tanto para que naciese contra vosotros la preocupacion mas funesta á la gloria de las letras? ¿para que se desconfiasse de la sabiduría de vuestras miras, se desacreditasen vuestros juicios, se desestimasen vuestras augustas funciones, y se hicieran menospreciables ó ridículos los títulos que os distinguen? Injustamente os han creído los protectores de una filosofía maléfica; pero vuestro descuido, vuestra apatía, y acaso la falta de prevision, ha escusado en cierto grado esta injus-

ticia, cuando no ha escitado vuestra indignacion, cuanto el odio de la verdad y de la sabiduría puede inventar para corromper y deshorrar vuestro siglo. En vuestra mano teneis, por decirlo así, el alma y la pluma de todos los que escriben, y no hay uno solo que no espere de vosotros su mas lisongera recompensa, ó que á lo menos no tema vuestro desagrado ó vituperio, como el precipicio de su reputacion; ¿y no tomareis parte en una causa que tan esencialmente es de vuestra incumbencia, y en la que debeis influir con una autoridad tan absoluta y decisiva? Leed vuestros propios anales, y vereis si los ilustres y virtuosos académicos que os han precedido, creyeron que el interes de la Religion fuese ageno del designio de los institutos académicos. Y los grandes ministros, cu-



yos nombres resuenan tan debidamente en todas vuestras juntas, los cuales al mismo tiempo que daban la existencia y las leyes á vuestros establecimientos para hacer renacer la gloria de las letras y la emulacion de los talentos, derramaban tambien á manos llenas sus beneficios sobre esas sociedades, para asegurar así la perpetuidad y el acierto de la enseñanza de la Religion; estos grandes hombres, digo, ¿hubieran jamas previsto, ni aun sospechado remotamente, que entre estos dos ramos naciera un día el espíritu de oposicion que los haria odioso el uno al otro, mirándose en ciertas correlaciones á un académico y á un teólogo como los dos extremos de la filosofía y de la insensatez? La Religion era todavía entonces tan incontestablemente el punto de reunion de todas las cien-

cias y de todas las artes, que el primer académico <sup>1</sup> que fundó el premio de elocuencia, exigió que los discursos se compusieran sobre textos de la santa Escritura, y que terminasen por una deprecacion.

No por eso, Señor Vizconde, desapruuebo yo la supresion de los sermones y de las pláticas que se hacian entonces en las sesiones académicas, pero traigo á la memoria aquel uso, para que observeis que en un tiempo, en que el templo de las musas nos ofrecia espectáculos casi tan santos como el de la Religion, los corifeos de la literatura hubiesen sin remedio desconocido, y por el honor de la corporacion, hubiesen extrañado de su seno al que con sus escritos hubiera escandalizado á los

<sup>1</sup> El Señor Balsac en la Sorbona.

hombres de bien; y hubiesen corrido grande riesgo los que aspiraban á la palma, por poco que se hubieran desviado de los principios respetados, ó tenido la inadvertencia de presentar como descubrimientos filosóficos los caprichos y ligerezas de su loca fantasía. Mucho han perdido los académicos modernos, y el orgullo filosófico ha cobrado un nuevo vigor, desde que suprimiendo el homenaje público que tributaban á la Religión, y que oponía un dique tan fuerte y poderoso á los ímpetus fogosos y tentativas del espíritu de novedad, han caido en el extremo opuesto, dejando sin uso insensiblemente cuanto tenia referencia con la Religión, hasta retirarlo al fin del santuario de la elocuencia, cual suele hacerse con las formas góticas, que ya no se adaptan con el gusto mo-

derno. A tal punto han llegado las cosas en el dia, que no se reputaría por académica una pieza de literatura ó de filosofía, que dejase ver algunos toques ó coloridos evangélicos, ó que presentase ideas que se hermanaran con las de la Fe; esta falta de estilo, no haya miedo que la disimularan los artistas. Creyérase cualquiera transportado en el Areópago, si asistiera á aquellas graves arengas en que todos los dioses de la fábula enlazados con la patria, la libertad y la humanidad, divinizadas tambien, ofrecen escenas que no pueden ser ni mas griegas ni mas misteriosas. No es decir por eso que un santo no reciba tambien á veces en ellas algun tributo de alabanza, como los hombres célebres de las otras clases; mas para presentarle le desnudan, por decirlo así, del traje de santo, mues-

tran solo el hombre, y rinden á la naturaleza los honores de sus virtudes. Así al hablar poco hace de *San Vicente de Paul*, creían los asistentes que se trataba de algun héroe ateniense ó romano.

En esta decadencia del espíritu religioso entre los literatos que fijan el gusto de los otros, facil es concebir cómo el espíritu de licencia y de Incredulidad se ha ido sacudiendo el único freno que podia contenerle; y esta ha sido la época deplorable de esa asombrosa libertad de hablar y escribir, de que estaba reservado á nuestro siglo dar el primer ejemplo.

Hemos visto escritores que su propia inclinacion hubiera reducido dentro de los límites de la sobriedad y de la sabiduría, y han creído lisongear á estos grandes maestros con su descaro; y la idea injusta de que una

corporacion establecida para guiar y discernir los talentos, favorecia los sistemas de la impiedad, se ha radicado tan profundamente en los entendimientos, que el vulgo de los incrédulos busca un sustentáculo en la autoridad de nuestras academias, así como los fieles de la Religion reclaman la de sus pastores. ¡Tan funesto es á la gloria y á su buena reputacion el exceso de indulgencia en un ministerio, que confia cierta inspeccion sobre los gustos y las costumbres de los hombres! Toda asociacion que debe su existencia al puro amor público, se hunde en una horrorosa sima de oprobio y vilipendio, implicándose en lo que siempre ha causado el escándalo y el infortunio de los hombres.

Reflexionen pues nuestros académicos sobre este exceso en las preo-

cupaciones que han contraído contra el inconveniente de parecer muy devotos ó supersticiosos ; como si pudiese haber ni dignidad ni filosofía en el afectado estudio de apartar toda idea de Religion , y como si en el Cristianismo todo fuera tan misterioso y tan ageno del filósofo ó del literato , que sea preciso prohibirse hasta la apariencia de lo que pertenece á la revelacion , ciñéndose á una manera enteramente gentilica de ilustrar á los hombres y de formar las costumbres. El Evangelio, aunque tan profundo é impenetrable en los dogmas que propone á nuestra adoracion , presenta al que le contempla con sinceridad un aspecto civil y patriótico , que le pone en el resorte de toda función instituida para la instruccion de los hombres y prosperidad de los estados. Que nos digan esos filósofos que

nos hablan eternamente de virtud y de moral , á que quieren que se atribuya el esmero con que evitan en todo la Religion , y el temor de descubrir que deben algunas luces á la profunda sabiduría de su doctrina. La supresion de todo homenaje á la excelencia de la Fe , ¿ ha contribuido mas de lo que ha sido perjudicial á la perfeccion de la elocuencia y de la filosofía ? Esta cuestion merecia que la academia reservase una bella palma para aquel que la tratase con mas sabiduría , energía y verdad. Entre tanto podemos decir , que aun cuando el sistema de la Fe fuera una mera ficcion , ofrece á la filosofía vistas tan estensas y profundas , y espectáculos tan ricos y maravillosos á la elocuencia , que no debe apartar jamas de ella su entendimiento ni su imaginacion el hombre que medita ó

escribe por el honor de la verdad. Nuestros oradores y nuestros filósofos acostumbran realizar sucesos, y dan vida á personajes quiméricos, para engalanarse con los adornos de los autores que les han precedido en la carrera; y los héroes de Homero y de Virgilio, y los interlocutores de Richardson y Shakespeare; finalmente todos los actores y todas las aventuras de las novelas antiguas y extranjeras, se citan, se recogen y son proclamadas como los únicos modelos y los depósitos inagotables de las bellezas por escelencia. Todo es oráculo, todo es Evangelio, fuera del verdadero; y al parecer no entra á figurar en las producciones modernas con todos los otros escritos antiguos, porque no es fabuloso como ellos. Y después de esto ¿será extraño que haya quien sospeche que nuestros acadé-

micos, que debieran ser los conservadores del gusto y de las reglas, han caído también en el lazo, y son ya burla del charlatanismo filosófico?

Debiera haberse ofrecido á nuestros escritores la reflexión tan obvia como convincente, de que los ingenios célebres del último siglo, cuyas obras nos llenan de admiración, eran unos hombres que adoraban el Evangelio, se honraban con estudiarle, meditarle y con proponerle, á los que se conocían llamados á escribir para la instrucción y felicidad de los hombres, como el verdadero manantial de las luces puras. ¿Qué filósofo, qué poeta, qué orador de nuestros días no sacrificaría todas sus pretensiones y todos sus proyectos al honor de haber compuesto un libro como el *Telémaco*? Esta producción que todas las naciones y todas las lenguas

del mundo han acogido y adoptado como una dádiva que dispensaba el cielo á todo el género humano; este libro tan maravilloso, tan divino, que sobrevivirá tantos siglos á todos esos tristes y áridos escritos que inundan este en que vivimos, supone sin duda en su autor el conjunto armonioso de cuanto la naturaleza tiene de mas rico en sus tesoros para formar las almas superiores y extraordinarias. No temo pues añadir que un genio igual al de Fenelon, no llegaría jamas á la altura de su filosofía y de su elocuencia, si se dedicase en su trabajo á repeler las luces que le ofrece la revelacion, ó si conmoviese menos su corazon la belleza y la magestad de la Religion. Cercenando de este libro lo que le han comunicado las ideas y las miras de la Fe de su magnificencia y riquezas; ¿ qué resul-

taria de esta variacion? Que no sería ya el Telémaco del grande Fenelon; y aunque presentaria siempre un bello monumento de imaginacion, la obra del inmortal Arzobispo de Cambray perderia enteramente aquel carácter íntimo y grandioso que le distingue entre las producciones mas admiradas del mismo género, que la reviste de una superioridad de interes tan vivo sobre los poemas de Homero y de Virgilio, formándole como un rio caudaloso de luces, cuya dulce claridad y calor del todo celestial, harán de edad en edad el encanto de los entendimientos nobles y las delicias de los buenos corazones. No faltan lectores que ni desean ni pueden descubrir en este modelo de perfeccion las bellezas y los rasgos de grandeza con que solo la Religion pudo enriquecerle; pero el que junte

á la dicha de ser sincero un conocimiento algo estenso de las divinas Escrituras, á cada paso advertirá leyendo el Telémaco, que estaban siempre presentes al espíritu del autor, y que ha bebido en su manantial aquel gusto sublime de la verdad, aquella moral tan noble, tan interesante, tan universal, aquellas ideas tan altas y tan santas del supremo Hacedor; en suma, lo que eleva su poema á un grado único de solidez y escelencia. Permitidme que os traiga á la memoria el primer egeemplo que se ofrezca á mi vista al abrir este escrito: sea este pasage del libro cuarto: *Hazaël conversaba con Mentor de aquel primer poder que formó el cielo y la tierra; de aquella luz infinita é inmutable, que se comunica á todos sin dividirse; de aquella verdad soberana y universal, que ilustra á todos los entendi-*

*mientos, así como el sol ilumina á todos los cuerpos. Aquel que no ha visto jamas esta luz pura, añadia, se halla como un ciego de nacimiento; pasa la vida en una profunda noche, como los pueblos que no ilumina el sol en muchos meses del año; créese sabio y es un insensato; presume verlo todo y no ve nada, y muere sin haber visto jamas cosa alguna; divisa á lo mas algunas falsas y ópacas luces, sombras vanas, fantasmas que no tienen realidad. Así son todos los hombres que se dejan llevar del deleite de los sentidos y del hechizo de la imaginacion. No hay en la tierra otros verdaderos hombres, que los que consultan, aman y siguen esta razon eterna. Ella nos inspira cuando pensamos bien, y ella tambien nos reprende cuando pensamos mal. Recibimos de ella la razon no menos*

que la vida, siendo como un grande océano de luces, y nuestros entendimientos como unos arroyuelos que salen de ella y vuelven á perderse en su insondable piélago. Qué riqueza, qué elevacion de ideas! Todo el fuego de Homero y toda la pompa de Virgilio no escitan un interés de tanta eficacia. Leed ahora, mi querido Vizconde, la magnífica y noble entrada del águila de nuestros evangelistas, y sorprendido de la unidad de espíritu y de language, os parecerá no ver en el poeta, sino el órgano y el intérprete del genealogista del Verbo de Dios.

¡Qué magestad, qué imágenes, qué prodigio de elocuencia en el discurso de Bossuet sobre la historia universal! Asombró, dice Voltaire, aquella fuerza magestuosa con que ha descrito las costumbres, el gobierno,

el engrandecimiento, y la caída de los grandes imperios; aquellos rasgos rápidos de una verdad enérgica, con que pinta y juzga las naciones... Este discurso no ha tenido ni modelos ni imitadores; su estilo solo ha encontrado admiradores. Con efecto fue un fenómeno maravilloso, que despues de haber transcurrido tantos siglos sin que nadie osara aspirar á la gloria de los Cicerones y de los Demóstenes, apareciese por la primera vez un escritor que atravesando de un salto este grande intervalo, se colocase al nivel de aquellos genios extraordinarios, y aun se remontase por encima de los mayores oradores de la Grecia y de Roma. Algo mas es esto que el triunfo de la elocuencia humana, y Bossuet no debe solo á la fecundidad de su brillante imaginacion, aquel vigor, aquella pompa, aquella



opulencia, y sobre todo aquel carácter augusto é imperturbable de una dignidad y de una sabiduría en que creemos ver resplandecer todos los rayos de la misma Divinidad. Digamos, Vizconde mio, una verdad, que es menester cerrar voluntariamente los ojos para no verla; y es que los altos pensamientos de la Fe tienen una fuerza admirable para comunicar á los grandes talentos el esplendor del prodigio, y para llevar al verdadero genio á un grado soberesaliente de elevacion. Bossuet ha contemplado en el lleno de luces de la Religion, esto es, desde la altura de la inteligencia infinita, el grande teatro del mundo, y toda la sucesion de las revoluciones de los imperios; y mostrándonos el designio de una sabiduría eterna y profunda en medio de las vicisitudes que agitan y que cam-

bian la faz del universo, nos hace admirar en el cuadro de todos los reinos de la tierra, y de todos los acontecimientos humanos reunidos en un solo espectáculo, una economía, en la que todo se mueve, se choca, se derriba y se levanta por unos resortes divinos, y en la que todas las historias del tiempo no son sino los preparativos de la historia de la eternidad y del imperio indestructible *establecido sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas.*

Montesquieu, otro genio que pareció poco despues de Bossuet, y que la naturaleza muestra haberle suscitado cerca de nosotros para atemperarnos por esta graduacion á la dura necesidad que nos aguardaba de caer de grandes hombres; Montesquieu presenta en el fondo al que le estudia y sigue en sus profundas me-

ditaciones, la misma alma y el mismo vigor de espíritu del célebre Obispo de Meaux; que equivale á decir, que en el uno como en el otro sorprende la superioridad de inteligencia que sabe reunir y reducir á un resultado simple é interesante para todas las edades, la variedad infinita de las revoluciones esparcidas en la inmensidad de los tiempos. Enciérrase Montesquieu en el período de las cosas humanas, y no se estiende á mas su designio; pero Bossuet arreglando sus meditaciones por un plan mucho mas vasto, ha querido enlazar, si es permitido decirlo así, toda la economía del mundo presente con el sistema eterno de la sabiduría suprema. Nos circunscribe el uno en el círculo de las leyes, de las costumbres y de las pasiones de los hombres para descubrirnos los resortes de los grandes

acontecimientos, y explicarnos la formación, el engrandecimiento, la decadencia, y la ruina de los imperios. El otro nos hace contemplar en medio de todo el movimiento de los intereses humanos y del enorme fracaso de los imperios y de los tronos, que se levantan, se encuentran y caen los unos sobre los otros, un poder invisible y eterno, que por entre todas estas agitaciones y estas ruinas conduce en silencio un designio de orden superior, y con una profunda providencia hace servir todas las vicisitudes y todas las escenas de los reinos y de las generaciones que pasan para el acrecentamiento y gloria del imperio que ha de permanecer eternamente. El primero no sale de la historia de los gobiernos, para señalarnos los principios de los grandes estremecimientos que han alte-

rado tantas veces el destino del linage humano, y nos deja en medio de este vasto universo, en donde todo vacila y se sucede, sin instruirnos ni darnos luz acerca del último desenlace de tantos espectáculos diversos. El segundo lo hace remontar todo á su manantial eterno, y nos presenta mas allá de los tiempos la hechicera y deliciosa perspectiva de un mundo permanente é incorruptible que levantará sobre las enormes ruinas de este globo que habitamos, y en el que todo se transformará en el esplendor y la inmutabilidad del Ser infinito. Así es como estos dos genios, con que se hubiera engraido el siglo de Augusto, se han asemejado tanto sin igualarse, y la elocuencia ha dejado la palma en la mano de Bossuet. ¡Oh y qué fecundidad y estension no abre la Religion

á todo entendimiento, que sabe contemplarla en la verdadera luz de su magnificencia y de su magestad! No, ella sola puede formar las inteligencias extraordinarias, elevar al genio sobre sí mismo, y hacer que se lance fuera de los límites prescritos á todo lo que es humano. Engrandece todas las esferas, dilata todos los obgetos, poniendo el infinito, en lo que no parece nada á nuestros ojos. Sola ella posee el don de vivificarlo todo; multiplica los prodigios por do quiera que los hombres dejan brillar su antorcha; imprime en todos los talentos, como en todas las virtudes, el sello de lo sobrenatural y divino, y produce á los grandes hombres, así como hace á los grandes santos.

No hay estado ni orden de cosas, que no tenga que deplorar la desgracia que le ha cabido á nuestro siglo

de escuchar á los detractores de la Fe. La misma llaga que el espíritu de irreligion ha abierto en las costumbres públicas, ha desecado la verdadera savia de la elocuencia, y desnaturalizado todos los géneros útiles á la sociedad. Restablézcase la Religion en el lugar de honor y de preeminencia que ocupaba antes en todos los establecimientos y ministerios del estado, y de que aun hoy dia se quisiera, digámoslo así, desalojarla hasta en el recinto de sus propios santuarios; y entonces será tambien el alma universal de toda nacion que se honre con los títulos del Cristianismo á la faz del universo. Bien pronto recobrará así su antiguo ascendiente sobre nuestros entendimientos y sobre nuestros corazones, y veremos renacer el reinado de los grandes talentos con el de aquella probidad in-

genua, sólida y delicada, que sola la Religion puede inspirarnos, porque ella es la *sabiduría* pura y sublime, que viene de lo alto, y que nos trae con ella todos los bienes; que estien- de nuestras luces, infunde vigor á nuestros pensamientos, el discerni- miento á nuestro gusto y juicio, la prudencia á nuestros consejos, la dignidad á nuestros empleos y ocu- paciones, y la realidad á nuestra vi- da; ella forma los verdaderos sabios, depura nuestros conocimientos, com- pleta y fija todas nuestras ideas de orden, de gusto, de belleza, de jus- ticia, de utilidad, y que al fin reduci- rá todas nuestras ciencias, todas nues- tras profesiones, todas nuestras ar- tes y todas nuestras inteligencias á una unidad y un concierto que nada puede alterar.

Os he presentado estas conside-

INDICE  
DEL TOMO PRIMERO.

*Proemio del Traductor.* Pág. i  
*Prólogo.* xv

DISCURSO PRIMERO.

*Espiritu y designio de los filósofos irreligiosos de este siglo.* 1

DISCURSO SEGUNDO.

*Frivolidad de las razones que empeñan en el partido de la Incredulidad.* 15

DISCURSO TERCERO.

*Perversidad del origen y de las miras de la Incredulidad.* 29

DISCURSO CUARTO.

*Continuacion del antecedente.* 62

DISCURSO QUINTO.

*Carácter destructor y sedicioso  
de la Incredulidad.* 91

DISCURSO SEXTO.

*Division de los filósofos. Nul-  
dad de los recursos que pre-  
tenden substituir á los de la  
Fe.* 130

DISCURSO SÉPTIMO.

*Continuacion del antecedente.* 175

DISCURSO OCTAVO.

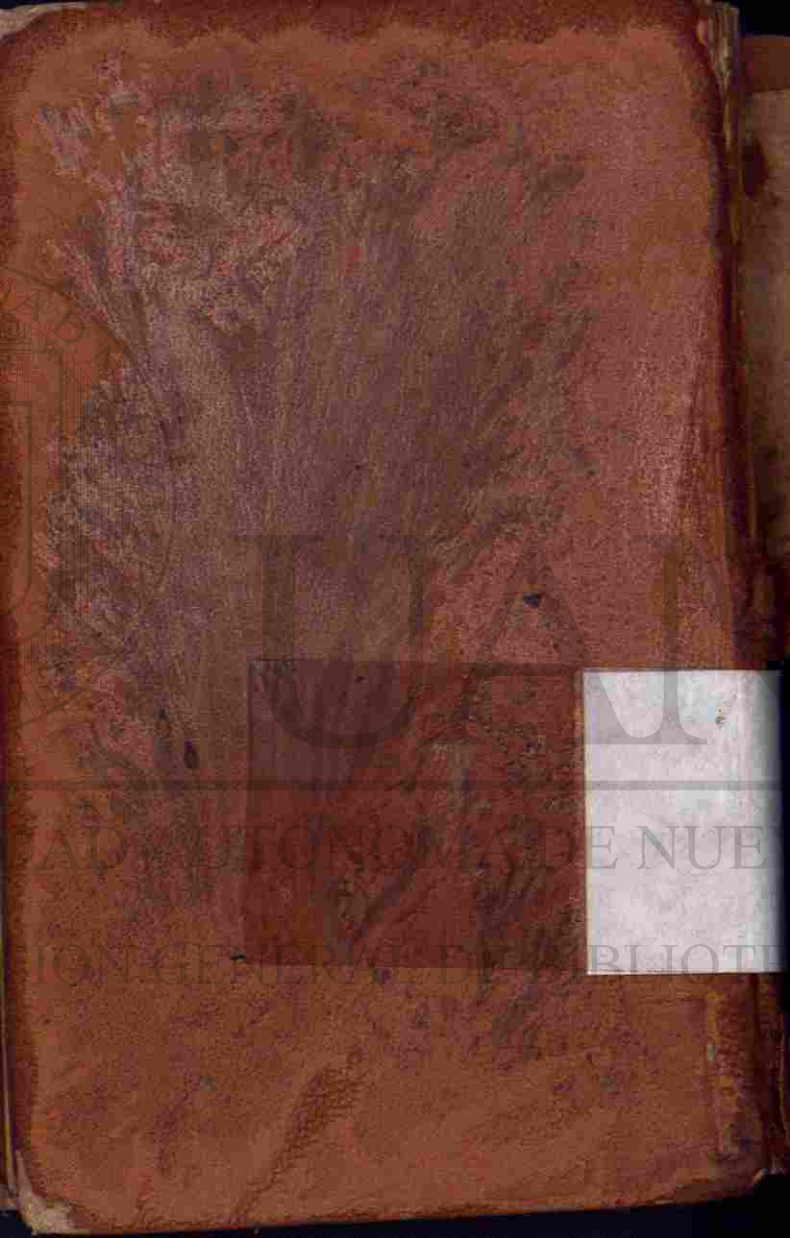
*Licencia desenfrenada de los fi-  
lósofos; causa del desorden  
de las costumbres públicas.* 243

DISCURSO NONO.

*Indecencia y dureza de las ca-  
lumnias con que la Increduli-  
dad porfia en deshonrar la  
Religion.* 259

DISCURSO DÉCIMO.

*Conclusion.* 294



U  
AD, AUTONOMA DE NUE  
ION GENERAL DE B  
RIOTE